



Alf Manz



TINIEBLAS





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
- » 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
- » 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
- » 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
- » 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- » 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- » 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- » 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
- » 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- » 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- » 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- » 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)
- » 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
- » 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- » 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
- » 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
- » 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO. por Alf Manz. (2.ª edición.)



J. Edgar Hoover

*Director Federal Bureau of Investigation
United States Department of Justice.*

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 - » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
 - » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 - » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 - » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 - » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 - » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
 - » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 - » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 - » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 - » 32.—NUEVA YORK - SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 - » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 - » 34.—MUERTE EN EL CARIBE por Alar Benet.
 - » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 - » 36.—EL DUENO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 - » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 - » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 - » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 - » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 - » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 - » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.

En preparación:

ESPIAS EN LA NOCHE

PRÓLOGO

ALECCIONADOR EJEMPLO DE VOLUNTAD:

JOHN EDGAR HOOVER

La voluntad, la constancia en el afán de superarse a sí mismo, sin reparar en sacrificios ni privaciones, es el motor que impulsó a los grandes hombres de la Historia. De poco sirve la inteligencia sin voluntad; vale más la constancia en el esfuerzo que la inteligencia enmohecida por falta de actividad. Una y otra gota de agua llegan a horadar la roca.

La historia del Federal Bureau of Investigation es la de un hombre de férrea voluntad encaminada a luchar y a vencer.

En el día de Año Nuevo de 1895 nació en Washington el único hijo del matrimonio Hoover; fue bautizado con el nombre de John Edgar. Después no fue un niño de inteligencia precoz, ni mostró cualidades extraordinarias; en la escuela pública era uno de tantos.

Al ingresar en la escuela superior apareció el primer destello de su verdadero temperamento: aunque era el más pequeño, se hizo el «capitán» de sus condiscípulos. Lo que le faltaba de estatura lo tenía de poder en la voz, enérgica y persuasiva, y en sus movimientos ágiles e impetuosos: le llamaban «Speed», veloz.

Agravóse la situación económica en su casa, y entonces John Edgar se propuso llegar a la meta de sus ambiciones: estudió, se aplicó y terminó los estudios con notas inmejorables, siendo el primero de su curso.

Le atraía la carrera de Derecho, y no tenía dinero para costearse los

estudios; no se acobardó; tampoco renegó de su desgraciada suerte. Decidido a triunfar, consiguió un empleo de catalogador en la Biblioteca del Congreso, y por las noches asistía a la Universidad de Jorge Washington, sin concederse un instante de reposo, robando horas al sueño y entregando a su madre el dinero ganado durante el día.

Aprobó todos los cursos, se doctoró y fue admitido en el Foro. Aquel día su madre y él —su padre ya había muerto— supieron de las mieles de la victoria y olvidaron los sufrimientos pasados en tantos años.

Consiguió ingresar en el Departamento de Justicia, y fue destinado a la sección que examinaba legalmente los casos de espionaje en Estados Unidos durante la primera gran guerra, en 1917. Adquirió experiencia en tan delicados asuntos.

Por su apreciable labor, en 1919 lo designaron Ayudante especial del Fiscal general, y dos años más tarde, ya conocido por sus inmejorables cualidades y su extraordinaria capacidad de trabajo, fue nombrado Ayudante del Director del Federal Bureau of Investigation.

El

F. B. I.,

era entonces un verdadero desastre en todos los sentidos; la desorganización, la desmoralización y la corrupción de los agentes, hacían de la Policía Federal un organismo incapaz de acabar con la cada vez más creciente ola de criminalidad y «gansterismo».

Hoover, sin la máxima autoridad, luchaba desesperadamente por salvar al

F. B. I.,

de la ruina. Pero sus esfuerzos resultaban estériles: los políticos, las recomendaciones, los sobornos y los anticuados métodos de investigación aceleraban el desmoronamiento. Los ciudadanos obedecían y pagaban impuestos a los «gángsters» como si ellos fuesen el Gobierno; en efecto, ellos eran la «autoridad». Los chiquillos jugaban a los «buenos» y a los «malos»; a los más torpes y cobardes les correspondía hacer el «papel» de agentes del

F. B. I.

La Providencia quiso que en aquellas fechas ocupase el puesto de Fiscal general un hombre probo y enérgico, Harlan F. Stone, que más tarde llegaría a ser Presidente del Tribunal Supremo de Justicia de los Estados Unidos.

Stone llamó un día a John Edgar Hoover a su despacho. Durante unos momentos observó detenidamente el Fiscal general al joven; a éste le perjudicaban sus escasos veintinueve años y la corta estatura. No obstante, en sus ojos se leía una energía indomable.

—Hoover —inició el Fiscal, áspidamente—: Hay que construir un nuevo. Durante meses he estado buscando al hombre que pudiese realizar tan gigantesca tarea: usted es el hombre.

F. B. I.,

John Edgar quedó perplejo, sorprendido por la inesperada designación. Luego manifestó muy lentamente, sin que la voz le vacilase:

—Señor Stone: Yo tomaría a mi cargo esa tarea, con la condición de poder expulsar del Cuerpo a los políticos y a los «enchufados» por ellos.

Stone, de aspecto imponente por su gran estatura y aún más grandes ideas, se puso en pie y tendió su mano al joven que «exigía la Luna» en tiempos de corrupción política, diciéndole:

—Joven: Ésa es la única condición necesaria para encargarse de esta tarea; empiece a trabajar.

Aquel mismo día comenzó la limpieza en el

F. B. I.,

y un nuevo orden fue establecido.

A los agentes que admitían el soborno y la recomendación los puso en la calle o en la cárcel. El trabajo a base de sospechas fue suplantado por una investigación científica. La olvidada identificación por huellas recobró su importancia. Los jefes de la Asociación Internacional de la Policía, que habían despreciado a los predecesores de Hoover, proporcionaron a este

810 000

huellas de conocidos criminales. Hoy, en la División de Identificación del F. B. I.,

hay registradas más de 65 millones de huellas.

Hoover eligió a sus agentes especiales con la minuciosidad de un seleccionador deportivo. Les exigía excelentes condiciones físicas y espirituales. Tenían que ser abogados, peritos contables o poseer estudios superiores.

La primera época de la dirección de Hoover en el

F. B. I.,

fue de pesadilla para él, por la obstrucción y el zancadilleo de los políticos profesionales; no encontraba ayuda ni comprensión en ningún sitio. Se sumaban las dificultades, lo criticaban en la prensa, lo calumniaban y lo amenazaban de muerte. Él, impertérrito, seguía trabajando incansablemente, sin desmayar un solo instante. Muy a menudo permanecía días y días, sin dormir siquiera, en su despacho, luchando denodadamente contra el fracaso que pendía sobre su cabeza. Daba órdenes, castigaba, alentaba, organizaba, investigaba y, a veces, montaba en cólera cuando los obstáculos puestos por sus arteros enemigos parecían infranqueables. Entonces ponía en juego su voluntad, hombre de temperamento sanguíneo, se dominaba y contenía sus nervios, y de nuevo se lanzaba a la palestra con la firme decisión de vencer.

Durante algunos años a los agentes del

F. B. I.,

no les estuvo permitido llevar armas de fuego, justamente cuando el más insignificante «gángster» se vanagloriaba de su arsenal de revólveres, automáticas y ametralladoras. El

F. B. I.,

no podía perseguir a los secuestradores ni a los asaltantes de Bancos, y tampoco a cierta clase de delincuentes que caían bajo la jurisdicción de las policías locales.

A despecho de los desalentadores obstáculos y de las ásperas críticas de los elementos subversivos, Hoover prosiguió adelantando, extirpando el cáncer que corroía el Cuerpo, y cerrando siempre los ojos a lo que no fuese avanzar y avanzar en su noble empeño.

Poco a poco, los «padres de la Patria» empezaron a darse cuenta de lo estúpido de su posición respecto al y desecharon su creencia de que pudiera convertirse en una policía de terror. Sin embargo, tuvo que ocurrir el secuestro del hijo de Lindberg, que John Dillinger, ametralladora en mano, hiciese temblar a los habitantes de Chicago, y Nelson, «Cara de Bebé», impusiera su «ley de gang

F. B. I.,

», para que el Congreso votase veintiuna leyes que permitirían a los Agentes Especiales, entre otras concesiones, llevar armas de

fuego, intervenir en determinados secuestros, poseer autoridad en toda la Federación de Estados, violar sin autorización judicial los domicilios y disparar contra los delincuentes cuando fuese necesario.

La burla y el menosprecio fueron sustituidos por la envidia a los primeros éxitos de John Edgar Hoover. Llegaron a tacharle de cobarde, criticándole que era muy fácil enviar a la muerte a sus «muchachos», mientras él se quedaba cómodamente, y a salvo, en su despacho. Dio la réplica a su estilo, tajante y contundente; por entonces los «G-Men» tenían cercado, en una casa de Nueva Orleans, a Alvin Karpis, un famoso y cruel forajido. Hoover tomó el avión a Nueva Orleans y demostró de una vez para siempre que su propia vida le interesaba bien poco cuando se trataba de defender a la Justicia^[1].

Después, en el transcurso del tiempo, los éxitos han ido acumulándose, los niños prefieren ser Agentes Especiales, el Cine y la Prensa exaltan la magnífica labor del

F. B. I.,

y en la última guerra mundial Hoover ha demostrado la eficiencia de su organización: la primera bomba de los japoneses cayó en Pearl Harbour a la una hora y treinta minutos de la madrugada; en las siguientes veinticuatro horas el

F. B. I.,

había detenido en Estados Unidos a 1771 espías. No puede exigirse mayor prueba de eficiencia.

Tras el triunfo conseguido, victoria individual y nacional a la vez, John Edgar Hoover no cesa en su actividad. Es el primero en llegar a su despacho en el quinto piso del Departamento de Justicia de Washington, y también es el último en abandonar el trabajo. En los días de descanso se dedica al deporte para mantenerse ágil; sus preferencias van al tenis, en que es un maestro.

Sentimentalmente, John Edgar tiene rasgos particularísimos. Adora a los niños, está deseando que vayan a visitarle para enseñarles los métodos científicos de investigación y hablarles del Deber y del amor a la Patria. Sin embargo, gustándole tanto los chiquillos, no tiene hijos. Permanece soltero, porque el mayor

amor de su vida es su madre, la mujer que le animaba en los instantes de desesperación, cuando todo parecía ponersele en contra. Oigamos una declaración suya sobre este particular:

—Si a los cincuenta y tres años aún no me he casado, es porque ya lo hice con la profesión más apasionante y más difícil —y cambiando su tono serio por otro humorístico, finalizó—: La realidad es que me asusta menos luchar con los espías que pelear en casa.

Y John Edgar Hoover continúa al frente del Federal Bureau of Investigation, sirviendo ejemplarmente a Estados Unidos y sacrificándole sus ilusiones íntimas. No se piense que sus dificultades han cesado: siguen calumniándolo y criticándolo.

Hace escasamente un mes, un tal Max Lowenthal, abogado neoyorquino, a quién agradecería que la Policía Federal embotase sus armas, ha publicado un libro atacando despiadadamente al Director del John Edgar Hoover ha explicado al organismo que compete, el oculto y verdadero motivo de esas calumnias. Muy bien pudiera haber resumido la explicación con la cierta frase F. B. I.;

: «Ladran, luego cabalgamos».

Hombres como John Edgar Hoover hacen Patria.

I

J. E. HOOVER. EN PELIGRO



N Washington, el sol del mediodía esparcía su luz deslumbradora por la diafanidad de la atmósfera; ni una sola nube empañaba el cielo. La M Street mostraba su habitual aspecto pueblerino por la ausencia de tráfico, la hilera de árboles de cada acera y la armonía de las fachadas de sus casas, casi todas ellas construidas antes que se impusiese la línea repelente de los edificios modernos.

Con la trasera pegada a la esquina con la Calle 42, un coche cerrado y de largo motor, pintado de verde, permanecía quieto junto al bordillo. Desde él se dominaba toda la M Street y se divisaba el fondo de la Avenida Delaware, por dónde cruzaban en

sentidos opuestos automóviles, autobuses y peatones diligentes, que volvían a sus oficinas después del *lunch*, tomado en cualquier restaurante. En la acera de la derecha, a mitad de la M Street, dos coches permanecían también a motor parado frente a la puerta de un local cuyo rótulo indicaba su calidad de restaurante. Y, delante de estos dos vehículos, un individuo trasteaba los mandos de una poderosa motocicleta «Norton», pretendiendo, tal vez, arreglar alguna avería.

En el interior del sedán verde había tres extraños pasajeros; extraños, por tener medio corridas las cortinillas de las ventanas, y por sus gestos y palabras. El que estaba sentado al volante, sin dejar de mirar a través del parabrisas, en dirección a la puerta del restaurante, se llevó el cigarrillo a la comisura izquierda de los labios, y comentó:

—Mucho están tardando. No hay cosa que más me reviente que esperar. Prefiero llegar, soltar «el paquete» y arrear enseguida, antes que la «bofia» se entere de lo que ha pasado.

—Eso quisiéramos todos —manifestó el individuo sentado junto a él en el *baquet*, tipo de cejas peludas y frente estrecha, que movía las mandíbulas rítmicamente, masticando «chicle»—. Pero cualquiera es el guapo que se mete en la ratonera para «liquidar» a un «poli» de la categoría de Hoover.

—Como que esto es una locura —aseveró un joven de rostro menos encanallado que el de los otros dos, sentado en el asiento posterior—. Sólo a un loco se le ocurre mandarnos esta faena, y nada más que tres locos como nosotros se atreven a obedecer. ¡Matar a Hoover es firmar automáticamente nuestra sentencia de muerte! ¡Menudo revuelo se va a armar! Los del

F. B. I.

terminarán agarrándonos, no os quepa duda.

—¡Estás asustado, Zach! Tienes la misma cara que un difunto. Nunca te había visto flojear como ahora —afirmó el masticador de «chicle».

—Hacen falta muchas agallas para intentar este golpe —intervino el conductor, pasándose el cigarrillo a la otra comisura—. Yo tampoco estoy muy alegre, como comprenderás. Meterse con el director del

F. B. I.,

es presentar la candidatura a cadáver seguro. Claro que eso no quiere decir que el Hoover de los diablos sea distinto a los demás hombres y unas balas no puedan matarlo. Lo quitaremos de en medio, y ya veremos lo que pasa. Vosotros apuntad bien, y yo me ocuparé del volante. Sin embargo, Zach tiene algo de razón en estar preocupado. Supongamos que damos bien el «golpe», y, luego, ¿qué? ¿Adónde vamos que no nos huelan los *G-Men*? Removerán cielo y tierra para sentarnos en la silla eléctrica, después de despellejarnos, por eliminar a su director.

—¡Bah! Por lo que me dijo Davi, el jefe lo tiene todo preparado: con los bolsillos llenos de dinero, nos largaremos al extranjero, hasta que pase la furia de la persecución. También lo sabéis vosotros —finalizó el del «chicle».

—Del dicho al hecho, hay mucho trecho —sentenció el llamado Zach, revolviéndose, inquieto, en el asiento—. Os repito que este asunto no me gusta nada; he venido por lo que he venido, por lo mismo que vosotros.

Durante unos momentos, los otros dos apartaron su vista de la distanciada puerta del restaurante para clavarla en el compañero sentado atrás. Lo miraban con asombro. Por último, el conductor preguntó, con acento de sorpresa:

—¿Tú, también?

—Sí. Como con dinero no pudieron convencerme, Davi me amenazó por orden del jefe. Si yo conociese al *boss*, le habría hecho tragarse la amenaza. Él tiene algo que me compromete mucho. Y me imagino que a vosotros os pasará igual. No le ha importado enviarnos al matadero, porque estar aquí, esperando a hacer lo que estamos esperando, es sentarse en la «silla».

Los otros dos cruzaron sus miradas significativamente; se les notaba preocupados, nerviosos; pese a su encanallamiento y maldad, no dejaban de reconocer el grave peligro, que los acecharía desde el mismo instante que tiroteasen a Hoover; además, la famosa personalidad del director de los agentes especiales, les intimidaba, como intimida o sobrecoge el hombre que se acerca rodeado de una aureola de admiración pública, cualquiera que sea la actividad en que destaque.

El del «chicle», arrugando su fea frente en un gesto de preocupación, aclaró:

—No es un caso tan desesperado, después de todo. «Ojos de Rata» está allí, con la «moto», y nos ayudará a escapar. Si afinamos la puntería, las pistolas se portarán bien, y más con el silenciador.

El conductor no pareció convencerse del todo, y por ello giró la cabeza para conseguir el asentimiento de Zach, quien no había disimulado su conato de rebeldía al misterioso jefe criminal.

—¿No sería mejor dar una excusa, decir, por ejemplo, que Hoover no vino aquí a comer, o que se metió en el coche de rondón, y ya no pudimos dispararle, por llevar un automóvil blindado? El jefe tendría que tragárselo, en cuanto los otros dos se pusieran de acuerdo con nosotros, porque supongo que ellos estarán también con el agua al cuello.

—Sería una buena solución —convino Zach.

—¡No digáis estupideces! —estalló, coléricamente, el masticador de «chicle». ¡Parecéis críos razonando! ¿Es que no habéis oído hablar bastante del *boss*? Yo creo que es un demonio de los mismísimos infiernos. Está en todas partes, todo lo sabe, y hasta casi juraría que, por algún aparato de los suyos, de esos que él inventa o consigue, nos ha oído la conversación. Se enteraría de la verdad, y ya podíamos contarnos entre los muertos. Nos tiene bien cogidos, a cada uno por una cosa. No nos queda más remedio que obedecer; es la única probabilidad de librar el pellejo.

Callaron los otros dos. Zach presentaba desencajadas las facciones, y lívido era el tinte de su piel, y nerviosos eran sus movimientos al llevarse el cigarrillo a los labios, al que daba largas chupadas.

En el interior del sedán verde se estableció un silencio siniestro; sus tres ocupantes se consideraban suicidas, más no les quedaba otro remedio, en virtud de ataduras férreas, que les obligaban a obedecer a un misterioso y desconocido criminal que había dado la orden de matar a John Edgar Hoover, el director del *Federal Bureau of Investigation*.

La puerta del restaurante se había abierto varias veces para dar entrada y salida a distintos clientes. El hombre de la motocicleta seguía maniobrando en su mecanismo, con las manos llenas de grasa y renegando entre dientes, a la vez que dirigía miradas furtivas a la puerta del restaurante.

El sol comenzaba a apartarse del cenit, y sus rayos tomaban una

ligera oblicuidad, más no por ello disminuía la luminosidad en la calle. Algunos vecinos, en las ventanas de las fachadas que comenzaban a quedarse en sombra, estaban asomados, curioseando, leyendo, fumando o charlando, síntoma de lo apacible del lugar. El ruido de «cláxones» y motores continuaba llegando, en *crescendo*, de la avenida transversal, al fondo de la M Street.

En el interior del sedán verde proseguía el embarazoso silencio entre sus tres ocupantes. Aspiraban el humo de los cigarrillos y se secaban la sudorosa mano en el pañuelo, como si quisieran tenerla bien seca para...

El masticador de «chicle» anunció súbitamente, con voz rota por la emoción del acecho, señalando al frente:

—¡Mirad! ¡Ahí está Pearson! ¡Ya van a salir! ¡Pon el motor en marcha! ¡Prepara la pistola, Zach, y ve bajando el cristal!

A través del parabrisas se distinguió a un hombre delgado y de escasa estatura, bien trajeado, que había salido del restaurante y en la misma puerta se ponía el sombrero, gris y de alas rígidas, quitándoselo a continuación y mirando dentro, como si la badana interior le molestase. Luego volvió a cubrirse la cabeza y se alejó de la puerta del restaurante, a grandes zancadas. ¡Aquella era la señal convenida!

Zach comenzó a dar a la manivela del cristal de la ventanilla derecha, bajándolo con la mano izquierda, mientras con la diestra sacaba de la axila una pistola automática, de gran calibre, con un silenciador ajustado a su cañón, que restaba toda belleza de líneas al arma. El masticador de «chicle» hacía igual operación, y el conductor, con su sempiterna colilla en los labios, había dado al encendido y el motor comenzaba a resoplar suavemente.

De pronto, y con gran estrépito, se oyeron los estampidos del tubo de escape de la motocicleta situada más allá del restaurante. Su dueño parecía haber conseguido ponerla en funcionamiento.

Frente al establecimiento, pegado a su acera, sólo quedaba un coche esmaltado en negro, cuyos niquelados reflejaban con destellos hirientes a la vista, el resplandor solar.

Se abrió la puerta del restaurante y un hombre alto, de cara enjuta y de expresión astuta, salió a la calle, mirando a un lado y a otro, y abrió con llave la portezuela del coche negro. Salió otro individuo con lentes, de cabellera canosa y ondulada, volviendo la

cabeza para charlar con alguien a quien aún no se veía. Esta persona apareció bajo el dintel: más bien bajo, de anchos hombros bajo una chaqueta de ligero tejido gris verdoso, sobre los que destacaba su cabeza, grande, de facciones macizas y conjunto que recordaba algo a un *bulldog*, pese a la sonrisa que curvaba en aquellos momentos sus gruesos labios. Contribuían también a esta impresión de hombre de presa, de fiera que agarra y no suelta hasta arrancar el bocado, sus dientes blancos, lobunos, la ancha y aplastada nariz, y el brillo de sus ojos, de mirar penetrante e inteligente, cuyo blanco se destacaba en la tostada piel por el ejercicio físico al aire libre.

Los ocupantes del sedán verde reconocieron en aquel interesante tipo, al director del

F. B. I.,

el hombre que había sido sentenciado a muerte por el *boss* que daba las órdenes desde la sombras del misterio. El masticador de «chicle» gruñó sordamente, como pretendiendo ocultar el temblor de su mano derecha empuñando la pistola:

—¡Ése es! ¡Vamos allá! ¡Seguid las instrucciones que nos dio Davi!

El sedán verde se puso en marcha, bordeando la acera, dirigiéndose rectamente hacia la trasera del coche negro, que comenzaba a ser ocupado por el individuo alto y de rasgos acusados que había salido primeramente del restaurante. El del pelo canoso tenía puesta la mano en el pomo de la portezuela de aquel lado para abrirla, mientras seguía charlando con John Edgar Hoover, el director del

F. B. I.

Ambos, ignorantes del peligro inmediato, dialogaban, ausentes del lugar. Ni siquiera logró distraerlos la cercana motocicleta con sus fuertes estampidos.

—¡Calcula para seguir volando en cuanto hagamos fuego! ¡No vayas a estrellarnos a última hora! —recomendó el masticador de «chicle» al chófer, a la vez que elevaba el cañón de su arma, y sin dejar de observar a la futura víctima.

El hombre del pelo canoso había abierto la portezuela y en aquel momento se inclinaba para entrar en el coche, quedando solo Hoover en la acera, esperando que su acompañante tomara asiento.

—¡Acelera! —ordenó el masticador de «chicle» sibilantemente—. ¡Preparado, Zach! ¡Ésta es la ocasión!

Zach, mordiéndose los labios, nervioso, apoyó el cañón de su automática en el borde del cristal bajado y apuntó al pecho del director del

F. B. I.

Súbitamente, en su cerebro hubo como un estallido de luces rojas, algo le atenazó el corazón, un sentimiento extraño, y apartó el punto de mira, apuntando al rótulo del restaurante. Apretó el gatillo dos veces; sonaron opacas las detonaciones, a la vez que el sedán se apartaba de la acera para rodear el coche negro y enfilarse libremente la calle.

Se vio a Hoover quedarse un instante inmóvil, sorprendido, y cuando el masticador de «chicle» apretaba el gatillo de su arma, Hoover ya se había zambullido de cabeza en el interior del coche, salvándose de una muerte certera gracias al premeditado error de Zach, que le sirvió de aviso. Los proyectiles disparados por el otro llegaron tardíamente y se hundieron en la puerta del restaurante.

Una blasfemia horrorosa se escapó de los labios del masticador de «chicle» al darse cuenta del fallo del «golpe». Roncamente, descargando en vano su pistola contra los cristales irrompibles del vehículo del

F. B. I.,

ordenó al conductor, sentado junto a él:

—¡Acelera aunque nos matemos! ¡Nos perseguirán!

El «chófer» pisó a fondo el acelerador y el coche dio una arrancada de corcel encabritado, y entonces, los acontecimientos se desarrollaron a una celeridad pavorosa. El hombre de la motocicleta, perteneciente a la banda de forajidos también, creyendo terminada su misión, rodaba por en medio de la calle, alejándose del restaurante. Vaciló al oír cercano el motor del sedán de sus compinches, intentó echarse a la derecha, pero no pudo evitar que una aleta le golpease fuertemente, despidiéndolo a la acera; la motocicleta, a todo gas, se estrelló contra la pared, quedando su conductor tendido en tierra, exánime, con la cabeza deshecha al ser lanzado por encima del manillar.

El sedán corría velozmente hacia la calle del fondo. El masticador de «chicle», que ignoraba el fallo premeditado de Zach,

se volvió a éste, para decirle:

—Si ves que nos persiguen rompe el cristal de la ventanilla y tírales a las ruedas con cuidado. Tenemos que burlarlos antes de llegar al otro coche que nos espera.

Tembloroso, Zach miró por la ventanilla trasera y vio que el automóvil negro despegaba entonces de la acera, emprendiendo la persecución. El pánico se apoderó por completo del joven; su cerebro no razonaba y ya fue un hombre a la deriva, poseso del miedo más espantoso. Furiosamente, rompió a culatazos el cristal de la ventanilla, disponiéndose a cortar la persecución en cuanto el vehículo negro se le acercase lo suficiente.

Un griterío de lamentos, lanzados por voces agudas, le hizo mirar al frente. Materialmente se le erizó el vello de la piel al presenciar un espectáculo horroroso. El conductor, obligado por el masticador de «chicle», había intentado pasar a la avenida Delaware, para fundirse en el nutrido tráfico, cuando una doble columna de chiquillos de corta edad, probablemente alumnos de algún colegio, cruzaba la calle de acera a acera. El sedán, con el parachoques y el «capó» había causado una verdadera *massacre* en la columna de niños, golpeándolos, arrollándolos y destruyéndolos, estando a punto de pasar con sus ruedas por encima de los caídos.

—¡Adelante! —gritó criminalmente el masticador de «chicle».

—¡Para! ¡Para! —gritó a su vez Zach, temblando de pies a cabeza. ¡No mates más inocentes! ¡Para!

Y como el conductor no obedeciese, Zach, enloquecido, fuera de sí, levantó la pistola, que aún empuñaba en la derecha, y disparó a la nuca del «chófer». Éste levantó los brazos en alto, sacudido por el latigazo de la muerte instantánea, y cayó a continuación sobre el volante.

—¡Echa el freno! —Mandó chillonamente Zach al masticador de «chicle».

El forajido, también sugestionado por los gritos de los niños atropellados, más asustado por las consecuencias y la rara acción de su joven compañero, reaccionó contrariamente, demostrando estar asimismo enloquecido. Mascullando una maldición, elevó su pistola por encima del asiento y clavó la última bala del cargador en el pecho de Zach. Éste sintió el dolor de la herida en la parte izquierda, pero en su furia demoniaca, aún tuvo fuerzas para

disparar por tres veces. Con la cabeza destrozada, el masticador de «chicle» terminó allí su carrera de crímenes, a manos de su compinche.

Zach, malherido, trató de incorporarse para hacerse con el volante del coche, que avanzaba en zigzags, amenazando estrellarse contra un autobús que cruzaba en aquel momento. Llegó al volante, evitó el choque, pero sólo consiguió detener el hacha de la muerte un instante. El sedán dio un «coletazo», se enderezó y fue a empotrarse violentamente en el tronco de un árbol. A la sacudida, el cuerpo de Zach fue proyectado adelante y su cabeza se clavó en el parabrisas; los puntiagudos cristales rotos lo degollaron.

Cuando, unos segundos más tarde, la gente se arremolinó alrededor del vehículo, el sedán había perdido la belleza de sus líneas aerodinámicas para convertirse en un ataúd de lujo conteniendo tres cadáveres.

La llegada del próximo policía de tráfico y de John Edgar Hoover y sus acompañantes, demostró al público que la autoridad tomaba inmediatas medidas de orden policial.

II

HACE FALTA UN HOMBRE ESPECIAL



intento de asesinato del director del F. B. I.,

IEZ días después del

John Edgar Hoover, y Austin Tarleton, jefe de la División Extranjera, se hallaban en el despacho del primero, a media mañana. El sol penetraba a raudales por la gran ventana, proyectándose la silueta del fornido director sobre el encerado suelo. Hoover parecía nervioso, contemplando a través de la cristalera el vasto patio del Palacio de Justicia, con su bella fuente

de surtidor en el centro y los tapices de verde y cuidado césped, alegrado por flores y arbustos. Numerosos vehículos permanecían estacionados o rodaban por las amplias bandas asfaltadas que contorneaban las aceras, y la serie continua de edificios, con sus majestuosos pórticos de líneas neoclásicas.

Austin Tarleton, individuo de elevada estatura y de nariz encorvada, se aproximó a su director con pasos lentos, llevando en los dedos un cigarrillo encendido.

—No tardará en llegar, señor Hoover. Ya habrá salido del aeródromo.

—No me preocupa eso, Tarleton —declaró Hoover, girando sobre sus talones y fijando la mirada de sus grandes y expresivos ojos en su subordinado—. Lo que me inquieta es si Reynold Skye podrá llevar a cabo tan difícil tarea. Su expediente es inmejorable, pero ha estado mucho tiempo, excesivo, en el extranjero, y me temo que actúe a su modo, olvidado ya de nuestra organización interior y de cuanto se ha progresado en todos los métodos de investigación. Recordará usted mi entercamiento en no enviar siempre al extranjero a los mismos agentes especiales. Viven fuera de nuestra vigilancia directa, se acostumbran a una independencia algo peligrosa y olvidan que el

F. B. I.,

ha de ser un equipo armónico y aunador de esfuerzos, y no un conjunto de individualidades.

—En este caso concreto, señor Hoover, tal vez nos convenga un individuo así, que no necesite de los demás para, llevar una misión a cabo. Usted me solicitó un hombre que no fuese conocido en Washington y yo...

Uno de los muchos teléfonos que había sobre la gran mesa de despacho comenzó a llamar. Hoover, con pasos firmes y largos, se acercó al aparato, tomándolo. Escuchó unos instantes, repuso con unos monosílabos y volvió a cortar la comunicación. Dirigiéndose a Tarleton, le dijo:

—Reynold Skye está subiendo por la escalera secreta. No recuerdo su cara siquiera; sigo opinando que es un error tener meses y meses a un agente en la División Extranjera. No me basta leer el expediente, necesito tener en la cabeza hasta los gestos de cada uno de mis hombres.

—Reynold Skye es un muchacho excepcional aseguró Tarleton.
—En cuanto le eche usted la vista encima, se acordará de él. Fue el primero de su promoción y ha realizado servicios magníficos. Es un poco raro...

Sonó un timbre levemente. Hoover pulsó uno de los botones blancos que destacaban en un cuadro de la mesa y comenzó a abrirse una puerta acolchada, secreta. En el umbral apareció un joven de estatura rayana en los siete pies, casi rozaba su negra cabellera con el dintel, vistiendo un traje gris claro de tejido liviano, que cubría elegantemente el cuerpo de un atleta. El tinte bronceado de su piel revelaba su permanencia en países cálidos. Tenía rasgos acusados, y las largas patillas acentuaban el trazo enérgico de su mandíbula inferior.

Se mantuvo inmóvil, como una estatua, hasta que Hoover, saliendo a su encuentro, le invitó a pasar:

—Adelante, señor Skye. ¿Cómo está? ¿Buen viaje?

—A sus órdenes, señor director —saludó Skye, con voz grave y fría, sin matices, entrando en el despacho con movimientos elásticos, de felino, sin que sus pasos resonasen en el piso. Estrechó vigorosamente la mano de Hoover, y ambos hombres se miraron fijamente a los ojos, pretendiendo, tal vez, calar en la psicología del otro—. En cuanto recibí su llamada, me apresuré a venir.

El viaje ha sido rápido; era un avión excelente.

Al observar Reynold Skye la presencia de su jefe directo, Tarleton, soltó la mano de Hoover y estrechó la de Tarleton, saludándole también:

—A sus órdenes, jefe.

—Bienvenido, Skye. ¿Qué tal se ha pasado en Indochina? Viene usted moreno y fuerte. Aquel clima le prueba, ¿no?

Reynold Skye sonrió por vez primera, y la sonrisa tuvo la virtud de borrar el gesto duro de su expresión, que cambiaba radicalmente al sonreír, en una extraña transformación.

—Me encargó usted una misión tan agradable, que me pasaba la mayor parte del día en la playa. Hay pocas misiones como ésta. En realidad, han sido unas vacaciones agradables. Estoy intrigado por saber a qué obedece su llamada. El asunto de la linda francesita no ha quedado terminado. Es muy precavida y no se fía de nadie, aunque yo estaba en camino de conseguirlo.

—No lo dudo, Skye —admitió Tarleton, sonriente—. Con sus dotes de galán conquistador, cualquier mujer le revelaría el más importante secreto de Estado.

Parpadeó Reynold, confuso, algo intimidado ante la presencia del director del

F. B. I.,

al que sólo había visto en dos ocasiones. Hoover no dejaba de examinar al recién llegado. Intervino para proponer:

—Sentémonos, y tratemos de la cuestión ahora mismo. Usted, Tarleton, busque un buen sustituto al señor Skye, aunque no sea tan conquistador.

Apenas hubo repartido unos cigarrillos, y estuvieron sentados en el tresillo, situado a la izquierda de la habitación, entró de lleno en la materia:

—Entérese de estos informes y de estas declaraciones, y opine.

Hoover seguía su costumbre de no exponer anticipadamente sus opiniones sobre un determinado caso, sino que planteaba al agente el problema, le daba los datos imprescindibles y le hacía razonar, con el fin de conocer la valía del elegido para una misión. Reynold no debía ignorar este método del director, porque relejó los informes cuidadosamente, mientras sus jefes le contemplaban, en silencio, observándole hasta el más leve gesto.

Cuando esperaban una disertación, se vieron sorprendidos por una pregunta de Skye:

—¿Cómo no le extrañaron a usted las explosiones de la motocicleta, al salir del restaurante, señor Hoover? Está prohibido por el reglamento de tráfico y...

Hoover le interrumpió, sonriendo, satisfecho de Skye:

—El senador

O'Connor

y yo hablábamos calurosamente de la nueva asignación para el

F. B. I.,

solicitada al Congreso. Cometí el error de fijarme sólo en las canas del senador. Lleva usted razón en pensar que el ruido de la motocicleta tenía que haberme puesto en alerta. Dígame ahora lo que opina sobre las averiguaciones hechas.

Reynold Skye meditó antes de responder:

—Los tres del coche y el de la motocicleta eran forajidos

registrados en nuestros archivos, pero ninguno de ellos había sido capturado por el

F. B. I.,

por sus delitos anteriores. A ninguno de ellos se le encontró una pista que condujese al hombre que los había enviado a matarle, señor Hoover. No llevaban nada encima. Cabot, Avery y Canfield no tenían familia, y eran más que conocidos entre la gente del hampa. Las detenciones de sus amigos conocidos no han conducido a nada positivo. Zachary Bartlett tenía una novia, que, interrogada por mis compañeros, ha manifestado no saber nada de nada. El coche y la motocicleta, habían sido robados una hora antes; las armas eran de importación clandestina. El asunto no presenta buen cariz.

—Bien por la explanación de los hechos, Skye. Suponga que nosotros le encargamos del caso. Comience a deducir. ¿Qué haría usted? ¿Por dónde empezaría?

Era evidente que Hoover estaba examinando al agente, poniendo un ejemplo que, desgraciadamente, era cierto. Reynold, hablando con lentitud, ordenaba pensamientos y frases:

—Deducciones: Alguien tiene interés en eliminarlo a usted. Ese alguien no es un cualquiera; tiene dinero y poder para lanzar a cuatro hombres a un suicidio. Ese alguien tiene un odio particular contra usted, y, además, está loco de remate. Está loco, porque una persona normal no intentaría vengar en usted algún antiguo castigo recibido del

F. B. I.;

está loco, al no pensar que, aunque usted muriese, el

F. B. I.,

seguiría trabajando al servicio de la ley.

Hoover aprovechó la pausa de Skye para mirar significativamente a Tarleton, también orgulloso del agente de su División. Reynold continuó exponiendo:

—Medidas que yo tomaría: Revisar uno por uno todos los expedientes de los capturados por el

F. B. I.,

desde que usted entró a dirigir el Cuerpo, haciendo dos grupos: casos en los que usted intervino personalmente, mostrándose duro, y los casos en los que usted dictaminó indirectamente, rigiéndose por los informes de los agentes. Daría preponderancia en el examen

al primer grupo y haría una selección y procedería a vigilarlos. Esta medida la ejecutarían otros agentes, y yo iría a charlar un largo rato con la novia del tal Zachary Bartlett. Hay pocos hombres que resisten la tentación de pavonearse ante la mujer que aman. El arte estaría en hacerle hablar, y hay un detalle muy importante, que ayudaría a conseguirlo. Después de tener el cabo del hilo en la mano, llegar por él hasta el ovillo con pasos de equilibrista.

Al callarse Skye, Hoover tomó la palabra, mientras se pasaba los dedos por el ondulado cabello, en un movimiento maquinal de persona que medita. Luego, concisa y rápidamente, con su peculiar estilo de batallador, dijo:

—De completo acuerdo, Skye. ¡Usted es mi hombre! Tome la dirección de esa muchacha, y adelante. Ordenaré que investiguen en los expedientes. Si se consigue algo positivo se le comunicará; es una labor pesada. No vuelva a aparecer por aquí, cambie de nombre y recoja el dinero que le entregará Tarleton después. Llámeme cuando tenga la pista, al teléfono mío directo. Recuérdelo: siete mil ciento diecisiete[2]. Explíquese a medias y sin dar nombres.

Empiece diciendo «Operación», y no revele nada hasta oír mi voz contestándole «Azul»; utilizaremos así el nombre del restaurante. Ya ha leído en esos informes que no se consiguió nada de los mozos del restaurante, y también, las sospechas de que alguno de los nuestros no nos es fiel. En cuanto necesite ayuda, pídamela. Puede retirarse. Tarleton: dele el dinero que necesite. ¡Buena suerte, Skye, y sea precavido!

John Edgar Hoover estrechó fuertemente la mano de su agente especial, clavó durante un momento la mirada en los ojos negros de Reynold, infiltrándole su combatividad, y se dirigió a la mesa, abriendo el dictáfono:

—Ya pueden darme las comunicaciones.

Y Hoover se puso a la tarea cotidiana, agobiadora, que le retendría en el despacho horas y horas, recibiendo comunicaciones telefónicas desde cada una de las Divisiones del

F. B. I.,

esparcidas por los Estados, del extranjero, de las Policías Metropolitanas, de los políticos, y los informes de los distintos y perfectos laboratorios de investigación del

F. B. I.

Hoover resiste mayor peso de trabajo que ningún otro hombre del mundo. No tiene más recompensa que la satisfacción del deber cumplido.



Ha salido una publicación infantil, de dibujos,
moral y amena:

AVENTURAS DEL F. B. I.
¡ENCANTARA A TUS HIJOS!

III

UNA MUJER DESCONCERTANTE



ERÍAN aproximadamente las cinco de la tarde cuando Reynold Skye llamaba a la puerta del apartamento de Eve Mains, la novia del difunto Zachary Bartlett, según los informes obtenidos por el F. B. I.

Presto el dedo índice a pulsar de nuevo el botón del timbre, Reynold miró a ambos lados, observando la extremada pulcritud del suelo del corredor al que daban las puertas de los restantes apartamentos del piso. Calibró enseguida, por la carencia de lujo,

que la novia de Zach no había dispuesto de mucho dinero. Pensó que una oferta tentadora podía también ofuscar a la muchacha. El joven agente especial se la imaginaba rubia, de cuerpo cimbreante, maquillada, provocativa, seguramente empleada de modelo o de corista en algún *night-club*. Raro era el forajido que no tenía una amiga de vida escandalosa; la psicología del *gángster* lo exigía como complemento de lo que ellos consideraban la «buena vida».

Al continuar la puerta cerrada y no oírse señales de vida en el interior, apretó el pulsador por segunda vez, largamente. Por instinto de precaución se puso fuera del campo circular de la mirilla.

Necesitó de una tercera llamada hasta sentir que alguien movía lentamente la chapa detrás de la enrejada ventanilla.

—¿Quién es? ¿Qué desea? —se oyó preguntar a una voz femenina, débilmente, temerosa.

—Soy amigo de Zachary Bartlett. Sé lo que le ha ocurrido y vengo a hablar con su novia —repuso, en tono natural, el agente especial del

F. B. I.

A continuación se oyó desear un cerrojo, sonó el tintineo de los eslabones de una cadena, y la puerta se entreabrió, no dejándose ver nada del interior por estar a oscuras. Reynold no perdió el tiempo en más diplomacias, sino que preventivamente, y de una manera disimulada, adelantó el pie derecho con el fin de que la puerta no pudiera ser cerrada, dándole con ella en las narices. Sabía que la mujer de la voz temerosa estaba detrás.

—¿Me permite entrar?

—Pase, pase —se oyó decir, más no apareció nadie.

Aquello no gustó nada al agente especial, que desconfiaba hasta de su propia sombra. Había recibido peligrosas encerronas, durante su larga y experimentada carrera policial, y no quería meterse en otra.

—No veo absolutamente nada. ¿Quiere dar la luz? —Pretextó, a la vez que se llevaba la mano a la pistola automática, colgada en la sobaquera izquierda, mientras con la mano de este lado sostenía el sombrero.

Se hizo la luz al momento, viéndose un corto pasillo de entrada, sin ninguna ventana, cuya otra salida estaba obstaculizada por una

cortina.

Reynold dio un paso adelante, mirando enseguida detrás de la puerta. Una joven, cuya edad no pasaría de los veinticinco años, de figura deliciosa, de cabellera castaña recogida atrás, de tez pálida y ojos grandes, aún más por su expresión de asombro o miedo, le miraba con fijeza, como perro callejero que teme palos de todos los viandantes.

—¡Buenas tardes! —saludó cortésmente Reynold, que, con fundamento, tenía fama de ser uno de los más amables agentes, sobre todo con las mujeres, en contraposición a otros, que, envanecidos de su cargo, echaban a un lado las vanas, pero agradables, fórmulas de cortesía—. Desearía ver a la señorita Eve Mains.

—Soy yo —musitó la joven, aún detrás de la entreabierta puerta, con la cabeza levantada para poder mirar al alto Reynold.

Éste, extrañado, comprobando lo erróneo de sus suposiciones respecto a la presencia de la novia del forajido Zach Bartlett, observó con más detenimiento el no bello, más sí agraciado, rostro de facciones menudas, sin pintura alguna, de expresión tímida y recatada.

—Quisiera hablar con usted, señorita, respecto a su... al que era su novio. ¿Puede concederme unos momentos?

Ella tardó bastante en responder, interrogando a su vez:

—¿Quién es usted? ¿De qué conocía usted al pobre Zach?

A la pregunta, contestó otra:

—¿Estamos solos?

Ella vaciló, y terminó por decir, con su dulce voz de colegiala:

—Sí, señor.

Entonces, Reynold cerró la puerta y con un gesto solicitó que la joven le invitase a entrar en otra habitación. La siguió por el pasillo, pasaron las cortinas y se halló el agente en un cuarto de estar, amueblado sencillamente, al que daba, otra puerta más, de cristales esmerilados. La sala recibía la luz de una estrecha ventana, que daba a alguna calle, a juzgar por las fachadas que se distinguían al frente.

—Siéntese, señor —invitó ella, señalando una silla que quedaba a espaldas de la puerta de cristales.

—Gracias; aquí mismo —dijo Reynold, sentándose en la silla

más cercana, porque nunca a él le había gustado tener detrás puertas desconocidas.

Ella tomó asiento también, y entrecruzándose los dedos de las manos, que colocó en el regazo, interrogó, quedamente:

—¿Qué deseaba decirme?

—Me enteré por los diarios de la muerte de Zach. En tiempos fuimos muy buenos amigos. Luego, nos separamos y no volvimos a vernos hasta hace cosa de un mes, aquí, en Washington. Me habló de usted, me dio esta dirección, para que viniese a visitarle cuando yo regresase otra vez a esta ciudad. Vivo en Detroit, ¿sabe usted? Vine anteayer, en viaje de negocios, y en un periódico atrasado leí la noticia. Como aún llevaba en la cartera su dirección, vine a expresarle mi condolencia y a ofrecerme a usted para cuanto pudiera necesitar. Quería mucho a Zach. Era un buen muchacho a pesar de sus locuras. Digo locuras, porque me habló algo de un negocio que le ocupaba, un negocio fructífero y que requería poco esfuerzo. Por desgracia, sé que el dinero sólo se consigue trabajando mucho. Soy viajante en herramientas y me cuesta bastante ganar honradamente los dólares necesarios para vivir. No obstante, como sé que él la quería mucho, vengo a ponerme a su disposición, señorita. Si en algo puedo servirle... Dinero, algún favor especial; en fin, no sé...

Con gran sorpresa por parte de Reynold, a los ojos de la joven asomaron unas lágrimas que se deslizaron suavemente sobre la delicada y pálida piel de sus mejillas. Reynold pasaba de asombro en asombro. Cuando imaginaba encontrarse con una mujer frívola, que ya tendría olvidado al amigo muerto y casi suplantado por otro, se enfrentaba a una muchacha que lloraba al recuerdo del difunto. Reynold entendía de mujeres; no tenía inconveniente en asegurarlo, aunque afirmaba en ocasiones que cada mujer era un misterio y a cada una había que tratarla con especial táctica. Era duro de sentimientos, un perfecto cínico en el trato con las mujeres, desconfiaba automáticamente en cuanto veía llorar a una, pero aquellas lágrimas furtivas, escapadas de unos ojos de mirar tan bondadoso, le conmovieron. Escuchó con respeto las palabras de la afligida joven:

—No, gracias; no necesito nada. Voy a marcharme otra vez a mi pueblo, en Montana, con mis padres. Además, unos amigos de Zach

vinieron a verme después de su muerte, y me dieron algún dinero, y hasta me ofrecieron una colocación.

Estas palabras de la joven pusieron en alerta al agente especial. «Los amigos de Zach» ya habían tomado contacto con Eve Mains; ella los conocía. El truco de no presentarse como policía federal le había valido de algo. Continuó la farsa:

—Me satisface que usted no haya pasado privaciones; pero, si me lo permite, le aconsejaría que no tuviese relaciones de ninguna clase con los amigos de Zach, con esos amigos. Ellos fueron los que le llevaron a dar tan mal paso. Por los diarios supe cómo había muerto, y eso es horrible. ¿No lo cree usted así? Y fueron las malas compañías. Zach era un buen muchacho, pero se dejaba llevar por el último que le hablaba.

Impulsivamente, sin meditar esta vez, la joven asintió:

—Es cierto. Yo sé lo dije también —y súbitamente, hubo una transformación, rara en ella. Cambió totalmente, se endureció la línea de sus labios, para decir, con rencor—: Los periódicos mintieron. Lo mataron los policías, esos del

F. B. I.

Lo mataron, junto con los otros, de una manera canallesca, valiéndose de que eran muchos. Bien podían haberles dado ocasión de defenderse ante un jurado. Los mataron porque se habían atrevido a asesinar al director del

F. B. I.

Reynold sonrió levemente, deduciendo que aquellas falsas afirmaciones se debían a las arteras noticias dadas por los «amigos» de Zach. No era momento de despertarla de su error. Atacó verbalmente por otro flanco:

—Eso lo ignoraba, señorita Mains; aunque no dejará usted de reconocer que el intento de matar es poco digno de alabanza. Reconozca que el camino tomado por Zach dejaba bastante que desear. Yo juraría que lo engañaron y lo metieron en un atolladero. Tanto es así que, como buen amigo que era de Zach, pienso dedicarme durante unos días a tratar de poner las cosas en claro, y supongo por adelantado que...

Reynold se interrumpió al observar que algo se había movido tras el cristal esmerilado de la puerta que tenía enfrente, una sombra, algo indiscernible, pero con vida propia. Olvidando la

comedia, de un salto y con la pistola en la diestra, llegó hasta la puerta de cristal y la abrió de un golpe, empuñando el pomo con la izquierda. El grito de la joven no le detuvo.

Quedóse quieto en el umbral. Vio una alcoba de mujer, los detalles de adorno lo evidenciaban. Sobre la colcha del lecho, un individuo estaba echado, vestido completamente, con los ojos cerrados, como durmiendo. Avanzó la cabeza, con precaución, y se cercioró de que no había nadie más en la estancia, y tampoco otra puerta. El individuo de la cama fingía dormir; había estado escuchando a través de la puerta, y al oír levantarse al visitante, él corrió a echarse.

El «durmiente» estaba bien trajeado, era relativamente joven, y sólo su corbata de colores y dibujos atrevidos indicaba al «*dandy*» actual.

Reynold Skye, aún con la automática en la mano, se volvió en parte, a preguntar a la joven:

—¿Quién es éste?

Ella tartamudeó y parpadeó al contestar:

—Un primo mío, venido del pueblo ayer mismo. Sabía que yo estaba aquí, y como venía en busca de trabajo, lo alojé hasta que encontrase.

La explicación no podía ser más burda. Para Reynold quedaba clara la tardanza de Eve Mains en abrir la puerta del apartamento. Rápidamente fraguó un plan: fingirla creer la inverosímil explicación, se despediría al rato y llamaría al

F. B. I.,

a fin de que estableciese una vigilancia alrededor de la casa y siguiesen al individuo hasta identificarlo. Con simulada ingenuidad exclamó:

—¡Ahí! ¡Sí! ¡Qué estúpido he sido! Como usted me dijo que estábamos a solas, oí aquí un ruido y el mismo miedo me puso nervioso. Le ruego que no diga a nadie que llevo pistola; me meterían en la cárcel por unos cuantos años. Como a veces cobro yo mismo las ventas, acostumbro a llevar armas desde que una vez me quitaron el dinero.

Y con naturalidad, dio dos pasos atrás, cerrando la puerta de cristales esmerilados, y regresó a la silla. Habiendo observado que la alcoba no tenía más salidas, el individuo no podría escapar

furtivamente.

A la vez que enfundaba de nuevo el arma, pero con la mano presta a actuar, interrogó, reanudando la conversación:

—Entonces, ¿cuántos días piensa usted permanecer en Washington? Lo pregunto por si consigo averiguar algo interesante, para comunicárselo...

—Unos días; aún no sé...

—Por favor, ¿tiene teléfono? Recuerdo ahora que he de llamar a un cliente mío...

—Lo siento, no tengo.

Esta respuesta tranquilizó a Reynold, que se dispuso a partir, con el fin de poner en aviso a Hoover, seguro el joven de que desde el apartamento no podrían comunicarse. Interiormente llevaba una extraña contrariedad, si no desconsuelo. Había creído en la sinceridad de Eve Mains, y luego... aquel hombre...

Se puso en pie y recogió el sombrero con la mano izquierda, sin perder de vista la puerta de cristal esmerilado.

—Señorita Mains: vendré a visitarla un día de éstos. No dude en pedirme la ayuda que necesite. Yo tengo aquí muchos conocidos. Por cierto, ¿no la ha molestado mucho la Policía?

—Sí —repuso ella, levantándose del asiento—. Hasta los del F. B. I.,

me sometieron a un fuerte interrogatorio. Estaban empeñados en que yo tenía que saber quiénes eran los amigos de Zach. Contesté con la verdad: que yo llevaba aquí muy pocos días; el mismo Zach me buscó este apartamento hasta que nos casáramos, que no tardaría mucho. ¡Los del

F. B. I.,

lo mataron! —Finalizó la joven, acentuando su tono rencoroso.

—No piense más en ello. Hay que olvidar —recomendó Reynold, adoptando las formularias frases en tales circunstancias.

Precedido por Eve Mains, se encaminó hacia el pasillo. Atravesaron las cortinas, y estaba ya la joven con la mano en la cerradura de la puerta de salida, cuando una voz masculina, dura y amenazadora, sonó a espaldas de Reynold:

—¡Quieto ahí! ¡Te tengo encañonado! ¡Levanta los brazos!

El agente especial se maldijo a sí mismo mentalmente por su inexcusable torpeza: ¡Había sido cazado estúpidamente! Obedeció la

orden y giró sobre sus talones, a la vez que observaba el gesto asustado de la joven, respaldada en un rincón.

Reynold se enfrentó al individuo que antes fingía dormir en el lecho; ahora tenía levantada la cortina con el brazo izquierdo, mientras en la otra mano esgrimía un revólver de gran calibre. Su faz torva delataba sus sentimientos criminales; no le temblaba el pulso, pues el negro y amedrentador orificio del arma no oscilaba en el aire. Dominándose, Reynold preguntó:

—¿Cómo es esto? ¿Qué he hecho yo para...?

—¡Cierra el pico y ven acá! —le conminó el otro secamente, retrocediendo, más sin dejar caer la cortina.

El agente especial obedeció, regresando al cuarto de estar, y seguido por la joven, a la que sentía respirar afanosamente. Si el otro no le había disparado ya, era porque esperaba sacarle el motivo de su visita, mediante un interrogatorio. Tal vez...

El individuo, con la precaución debida, había ido retrocediendo, hasta apoyar la espalda en la pared y cubrir toda la habitación.

—¿Quién eres tú? He estado oyéndote. ¿De qué conocías tú a Zach?

—Y tú, ¿quién eres? —interrogó Reynold a su vez, demostrando serenidad.

El individuo sonrió siniestramente, moviendo el revólver.

—Creo que no estás en condiciones de hacer preguntas. Desembucha, pronto tu historia, porque me vería obligado a vapulearte.

—Inténtalo —aconsejó Reynold, jactanciosamente.

—No olvides que tengo el tambor repleto. No voy a ser tan tonto como para ponerme a tu alcance. Me importaría bien poco meterte un balazo entre ceja y ceja, pero antes necesitas decir esta boca es mía, y alguien vendrá que te obligará —y dirigiéndose a la joven, más sin dejar de apuntar al agente especial, el individuo solicitó—: Tráeme lápiz y papel.

Mientras la joven buscaba en un cajoncito de una mesa lo solicitado, Reynold pudo observar el temblor de sus pálidas y bellas manos. El individuo se pasó el arma a la izquierda, y con la derecha escribió algo en el papel, después de apoyarlo en la mesa central.

—Llama a este teléfono y da ese nombre. Le dices que vengan en seguida, pero no expliques nada, por si acaso.

Cogía la joven el papel, cuando Reynold, temiendo la llegada de más forajidos, se jugó la última carta, al decir:

—Quieta un momento, señorita Mains —y a continuación, dirigiéndose al individuo, con voz cargada de ironía—: Estás jugando con fuego, y no lo sabes. Permite a la señorita Mains que entre la mano en mi bolsillo de la derecha, del pantalón. Hallará un «carnet» que te dirá mucho y no bueno. Cuando veas lo que es, hablaremos despacio, por tú propia conveniencia.

El forajido se quedó sorprendido, adivinando algo raro. Con el arma indicó a la medrosa joven que realizase la operación. Torpemente, Eve se colocó delante de Reynold y alargó el brazo.

—¡Échate a un lado! —aulló, más que gritó, el individuo, al ver que ella se colocaba en la línea de tiro.

A conciencia, Reynold había desaprovechado la ocasión de servirse de la joven como de escudo, más no quiso que una bala la matase. Mantuvo los brazos en alto, sosteniendo el sombrero en la mano izquierda. Eve se había asustado y necesitó reponerse para luego introducir los delgados y temblorosos dedos en el bolsillo indicado. Extrajo un «carnet», que entregó al forajido. A éste le bastó con una mirada; empalideció su canallesco rostro y exclamó:

—¡Del

F. B. I.!

—Sí, amigo mío —corroboró Reynold, sarcásticamente—. Para servirte. Y ahora te anuncio que en la escalera y en la puerta de la calle hay varios agentes esperándome y vigilando. No tienes escapatoria posible. ¿Me crees tan tonto como para meterme en la boca del lobo? ¿Crees que a un agente especial se le puede encañonar sin que él se defienda a tiros? Si no me he resistido, se ha debido a la inutilidad de exponerme, cuando las cosas pueden arreglarse pacíficamente, como entre buenos amigos. Si la señorita Mains sale de este piso, como la conocen mis compañeros, será detenida inmediatamente con ese papel encima. La interrogarán, ella no sabrá mentir y entrarán en el piso a sangre y a fuego. ¿Qué sacaremos con eso? Tú me herirás o matarás, pero luego me seguirás, porque mis compañeros traen pistolas ametralladoras y gustan demasiado de apretar el gatillo. Si te salvases, la silla eléctrica o la cámara del gas terminarían contigo, y ya te imaginarás de qué forma.

—¡Estás mintiendo, condenado policía! —estalló el forajido, con los primeros síntomas de intranquilidad.

—No seas idiota y razonemos. Sobre la banda a la que pertenecía Zach, el

F. B. I.,

no tiene más pista que la noviez de Eve Mains con Zach. No ignoras que en aquel coche ocurrió algo extraño, y que entre ellos mismos se mataron. Cuando el director del

F. B. I.,

llegó, ellos estaban ya muertos. Piensa esto y verás que hay algo muy raro. Tú sabes que se mataron entre ellos mismos, ¿no?

—Si lo sé, y ¿qué? —reconoció el individuo impulsivamente, siendo ya tarde cuando se dio cuenta del error cometido ante Eve.

La joven vaciló sobre sus diminutos pies y tuvo que apoyarse en el respaldo de una butaca. Acababa de enterarse de la realidad de los hechos. Había descubierto la gran mentira de los «amigos de Zach». La engañaron, diciéndole que a su novio lo habían matado los del

F. B. I.,

y consiguieron que ella no los denunciase. El primer propósito de Reynold Skye, sereno y astuto hasta en las más difíciles circunstancias, estaba conseguido. Él, como si no hubiese notado el efecto producido, resumió su ardid anterior:

—Por las fichas y las indagaciones no se obtuvo más resultado que la dirección de la señorita Mains. Se la interrogó y se la ha vigilado. En cuanto ahora pusiera el pie fuera del piso, sería inmediatamente detenida. ¿Qué pasaría entonces? Te considero lo suficientemente listo como para saber librarte de la silla eléctrica.

Plantado así el problema, con una firmeza asombrosa por parte de Reynold, el forajido tuvo que pensar una escapatoria. El nombre del

F. B. I.,

había alcanzado tal celebridad y producía en los «fuera de la ley» tan pavoroso efecto, que se meditaba a fondo cualquier medida agresiva contra los agentes especiales. El intento de asesinato del director Hoover había sido calificado, por la gente del hampa, de locura estúpida y peligrosa.

—¡Te mataré! —amenazó el individuo, dando un paso al frente y

manteniendo firme el revólver, pero latiendo en su voz un tono vacilante.

—¡No me matarás! —negó Reynold, con naturalidad y sin esforzarse—. No te conviene matarme. ¡Compréndelo! ¿De qué te serviría, si después morirías tú? Se oiría la detonación, hay un testigo, mis compañeros están fuera... Piénsalo bien, y busquemos otra solución. ¿Por qué no hacemos un trato?

—¿Un trato entre nosotros? —interrogó el forajido incrédulamente.

—Sí; ¿por qué no? Guárdate esa arma y dime quién es vuestro jefe, el nombre de la persona que envió a aquellos tres a matar a Hoover. Como premio recibirías cincuenta mil dólares que hay de prima al que lo delate, salvarías la vida, y el propio

F. B. I.,

te sacaría billete para otro Estado. Con cincuenta grandes podrías abrirte camino en otro sitio, lejos de tus compinches.

—¿Cincuenta mil por decir el nombre de nuestro jefe? —repitió el individuo, asombrado de tamaña oferta. Pero a continuación prorrumpió en una carcajada estridente, diciendo—: ¡Qué más quisiera yo que conocer al jefe! Nadie sabe quién es. Además, eso de los cincuenta grandes no deja de ser un cuento. ¡Vuélvete de espaldas y no te resistas! Voy a matarte como sea y pase lo que pase, si intentas hacerme alguna mala jugada.

La perenne desconfianza de los forajidos respecto a los agentes de la ley, y, sin duda alguna, el miedo a la venganza de sus mismos compañeros, habían pesado más en el ánimo del *gángster* que las palabras de Reynold. Éste leyó en los ojos del otro un destello asesino: del bruto que se halla acorralado, y lo que es peor, desconcertado, siendo capaz de cometer una atrocidad al no ofrecerle su inteligencia ningún camino viable de salvación. Reynold Skye obedeció, aun a sabiendas de lo que le esperaba. Al girar sobre sus talones, dirigió una mirada penetrante a la muda y temblorosa espectadora. Ella bajó los párpados, mientras se retorció los dedos de las manos.

El *gángster*, al ver de espaldas al agente especial del
F. B. I.,

dio un salto adelante y le golpeó la cabeza con el cañón del revólver. Reynold creyó sentir la explosión de un obús, y luego la

noche se hizo en su cerebro.

Ignoró cuánto tiempo estuvo sin sentido. Al recobrarlo, la primera ojeada le cercioró de que aún se hallaba en la misma habitación. Estaba tendido en el suelo, atado como un fardo y húmeda su cabeza y la ropa. Frente a él, arrodillada, Eve Mains le observaba con ojos en los que lucía una expresión de infinita preocupación; hasta parecía haber en sus pestañas unas lágrimas.

—¡Despierte! ¡Despierte! —decía ella, trémula y agitada por los sollozos.

Todavía conmocionado, Reynold preguntó:

—¿Dónde está?

—Ha salido. Ha ido él mismo a telefonear a sus amigos, porque no se fiaba de mí. Ha echado la llave a la puerta. Yo... yo le he echado agua; temía que lo hubiese matado ese bárbaro.

—¡Desátame, pronto! —exigió Skye, recobrando la normalidad de su raciocinio e imaginando que ella estaba de su parte.

Al oír tal indicación, la joven pareció ser picada por una víbora: se puso en pie y retrocedió unos pasos.

—¡No! No puedo hacerlo, me matarían. Me han amenazado de muerte sí...

Hubo un corto silencio en la estancia, pero tan denso, que hasta el prisionero sintió el golpeteo de la sangre en sus sienes. Pensó que allí estaba su salvación, pendiente de una mujer asustada, y esa probabilidad no duraría más de unos minutos. Se dispuso a emplear toda clase de tácticas y ardides para conseguir sus propósitos. Como hombre experimentado con las mujeres, y conocedor de la tornadiza psicología femenina, dijo, dando a su voz una entonación grave y convincente:

—¿Por qué no me desata, señorita Mains? ¿Ha olvidado que soy un agente del

F. B. I.?

Si no lo hace enseguida, se pondrá usted fuera de la ley, y entonces... imagine la vida que le esperaría, aliada a unos bandidos sin escrúpulos ni conciencia, tiranos de las mujeres que con ellos conviven, a las que tratan a patadas; canallas y asesinos por dinero. Pasaría usted de manos de unos a otros, hasta que la dejaran tirada en cualquier burdel. Piense, imagine el final de su vida. No crea que marchándose usted furtivamente a su pueblo, con sus padres,

escaparía usted. Ellos no la dejarían en paz, llegarían hasta secuestrarla o matarla, porque tienen miedo de que usted hable demasiado porque sabe demasiado. ¿No ha oído hablar de las mujeres esas que...?

La larga parrafada de Reynold no podía por menos de hacer mella en una joven como Eve Mains. Había él pintado tan a lo vivo, aunque escuetamente, el futuro que la esperaba, que ella se llevó las manos a la cara, tapándose los ojos como si no quisiera ver la profecía. Él, astuto, cambió de rumbo su ataque, intentando llegarle al corazón, a la fibra sentimental que toda mujer lleva dentro dispuesta a vibrar:

—Sé por qué ha hecho todo esto, por qué engañó a la Policía en sus declaraciones. Lo encuentro muy natural, porque usted creía que ellos habían matado al hombre que usted amaba. Pero, hace un rato, usted misma oyó corroborar mis palabras por ese individuo. ¡Recuérdelo! Asintió a mi declaración de que Zach había muerto a manos de sus propios compañeros. Recuerde que él dijo: «Sí, lo sé». Ellos la engañaron, no dijeron que cuando el director del

F. B. I.,

llegó hasta el coche de Zach y los otros, ya estaban muertos, sin que nadie les hubiese disparado. Me imagino lo que pasó. El coche en que iban, atropelló a una fila de colegiales inocentes, de chiquillos contentos del paseo, y su novio, como era una persona decente y de buen corazón, se opuso, les pidió que no siguiesen aunque los cogiese la Policía. Lo mataron a traición. Y no crea que estoy mintiendo. En los laboratorios del

F. B. I.,

se le demostrará que las balas encontradas en el cuerpo de Zach pertenecían a las armas de sus propios compañeros. Y usted, que amaba a su novio, a pesar de todos sus defectos, ¿va a consentir que el dirigente que los envió a la muerte, escape sin castigo? ¿Qué clase de mujer es usted? ¿Es que no tiene sentimientos y puede olvidar a los pobres niños atropellados? ¿Es que no quería de verdad a su novio?

Las interrogantes quedaron flotando en el aire de la habitación. Eve Mains se estremecía sacudida por los sollozos; había logrado cerrar los ojos, pero sus oídos quedaron abiertos a las ciertas y bien dirigidas palabras del agente especial del

F. B. I.

El resultado no se hizo esperar: Eve retiró las manos de su demudado rostro, miró a Reynold con ojos enrojecidos de tanto llorar y preguntó tenuemente:

—¿Qué debo hacer? ¿Cuál es mi deber, Dios mío?

—Colocarse al lado de la justicia no con el afán innoble de la venganza, sino de que la justicia actúe y de a cada uno su castigo. No lo dude más. Apresúrese a traer un cuchillo y corte estas cuerdas.

Se había elevado el tono de voz de Reynold, con modulaciones graves e imperiosas, que parecían ejercer un influjo hipnótico sobre la atormentada joven. Cual una somnámbula se encaminó a otra habitación contigua. Aquellos instantes los pasó Reynold en una situación angustiosa. Hacía oído, temiendo escuchar antes de tiempo el ruido de la puerta del piso.

Al fin apareció Eve en la estancia, llevando empuñado un cuchillo de cocina.

Reynold aconsejó, a la vez que daba media vuelta en el suelo y quedaba boca abajo:

—¡Pronto! Las cuerdas de las muñecas. No tenga miedo en cortarme.

Torpemente, temblándole las manos, Eve cortó las ligaduras, en tanto que Reynold separaba los brazos y prestaba atención a la puerta de entrada. Con un suspiro de alivio sintió que las cuerdas cedían. Un estirón y sus muñecas quedaron libres. Febrilmente arrebató el acero a la joven y segó de dos tajos el cordón de un albornoz, que ligaba sus tobillos. Como había estado poco tiempo inmovilizado, de un salto se puso en pie. Asomaba a sus pupilas un destello fiero, empuñando el cuchillo con furia.

No necesitó tocarse la axila izquierda para cerciorarse de que el *gángster* le había despojado de su pistola mientras él estaba sin sentido; la falta de peso y la costumbre de sentir siempre sobre el pecho el frío y duro contacto, se lo revelaron.

—¿Dónde tiene mi pistola? —preguntó a la joven.

—Se la guardó en un bolsillo, pero yo...

—¿Qué?

Eve miró a Reynold con resolución, en una energía propia del histerismo que la dominaba a causa de tan repentinos y violentos

acontecimientos:

—Yo tengo guardado un revólver de Zach. Cuando la Policía registró el apartamento, no lo encontró, porque lo tenía escondido en el colchón, bien disimulado.

—¡Vamos!

Reynold utilizó el cuchillo para desgarrar la tela del colchón, por el punto que la joven le indicó. Allí había un revólver, de cañón corto y grueso calibre, con el tambor totalmente cargado. Con la destreza que proporciona la práctica, Reynold comprobó el buen estado del arma.

Ninguno de los dos, por estar en la alcoba, y con la puerta de cristales esmerilados medio entornada, oyeron abrir la puerta de la entrada al apartamento. El *gángster*, asomando su rufianesca cara por entre las cortinas, lanzó una maldición, enseguida sofocada, al observar que el prisionero no estaba, sino solamente los trozos de las ligaduras. Distinguió las dos sombras tras los cristales, y una sonrisa siniestra curvó sus labios. Desenfundó el revólver, y de puntillas, avanzó sigilosamente, pretendiendo cogerlos por sorpresa, pues él creía desarmado al agente especial del

F. B. I.

Volvería a inmovilizarlo hasta la llegada de sus compañeros, llamados por teléfono, después de haber comprobado que lo de la vigilancia en la escalera y en la calle era una mentira.

Con rabia vio que la puerta se abría y bajo el dintel aparecía Eve Mains. No pudo reprimirse, arrastrado por la ira, y gritó, antes de apretar el gatillo:

—¡Ah! ¡Traidora! ¡Voy a darte tu merecido!

Pero antes de hacer fuego, distinguió como una sombra corporeizada en el agente del

F. B. I.

Sonó una detonación estruendosa, y el forajido sintió que la mano derecha se le quedaba como muerta, soltando el revólver. Impulsado por el instinto de conservación, y diestro en las armas, se llevó la mano izquierda al bolsillo de la chaqueta del mismo lado, donde guardaba la pistola quitada al del

F. B. I.

Apretaba los dedos alrededor de la culata, cuando la oscuridad absoluta se hizo en él.

Eve se tambaleó al ver caer al *gángster* con la frente deshecha. Experimentó los síntomas del desmayo y los robustos brazos de Reynold, aún con el revólver humeante por los recientes disparos, la recogieron y evitaron que su cuerpo se desplomase. El valeroso agente la llevó hasta el lecho, depositándola con cuidado. Acababa de salvar a Eve Mains de la muerte, gracias a su destreza y puntería. Con el primer disparo había pretendido inutilizar al forajido, hiriendo su mano derecha, pero su movimiento de sacar la otra arma, le obligó a tirar a matar, sacrificando su interés en obligarle a declarar cuanto supiese. La vida de Eve lo había exigido así; ya era tarde para arrepentirse.

Salió a la primera habitación. Pese a su familiaridad con la muerte, en todos sus aspectos, el cadáver del *gángster*, con la masa encefálica salpicando el piso, le impresionó. En cumplimiento del deber, tuvo que registrarle los bolsillos, apoderándose primeramente de su pistola, que pasó a la sobaquera, y luego, de la cartera del muerto, que más tarde examinaría. No le halló el papel en el que había escrito el número de un teléfono y un nombre. Dedujo que el forajido había roto la nota, una vez determinado a no confiar el encargo a Eve Mains.

Empleó unos momentos en adivinar y calibrar los acontecimientos que no tardarían en producirse. Los requeridos por teléfono no se demorarían. Si él se adelantaba y llamaba al

F. B. I.,

solicitando ayuda por el teléfono de cualquier vecino, probablemente haría una buena redada. Se disponía a hacerlo, cuando su peculiar astucia le contuvo. Había tenido otra idea mejor. De nada serviría detener a unos «peces chicos» que, sin duda alguna, desconocerían la verdadera identidad del misterioso jefe; el muerto tampoco la conocía.

Volvió a la alcoba, donde Eve se reponía de su desmayo. La animó, frotándole las sienes con agua de colonia, y enseguida comenzó a inculcarle la necesidad de proceder como él deseaba:

—Óigame bien, señorita Mains: ¿confía usted en mí? ¿Se arrepiente del error cometido?

Ella asintió con un movimiento de cabeza, mientras se pasaba los pálidos y delgados dedos por el rostro. Reynold prosiguió, apelando a las reacciones comunes a los seres humanos:

—Usted quería a Zach, y se trastornó con la noticia de su muerte. Se propuso usted vengarse en alguna forma de la Policía, porque la consideraba culpable. Ahora ya sabe la verdad de lo sucedido. Sin embargo, algo ha olvidado usted. Zach era una buena persona; no le conocí, pero estoy seguro de que cuando usted se enamoró de él, sería porque era un hombre digno. ¿Quién lo transformó? ¿Quién le envenenó el alma? ¿Quiénes lo pervirtieron? ¡Esos hombres! Antes de matar su cuerpo, mataron su espíritu. Haga memoria y recordará que el Zach de estos últimos tiempos no era el mismo de antes. ¿Sí o no?

Ella volvió a mover afirmativamente la cabeza. Reynold retornó a la carga, hablando rápidamente, más no sin dar calor a sus palabras:

—Qué desilusión para usted, ¿verdad? De buena gana, usted se hubiera vuelto a su pueblo, con sus padres, si no hubiese sido por temor al ridículo. También mantenía la esperanza de cambiar a Zach, volviéndole con su amor al camino recto. Admiro su noble propósito y su sacrificio. Ellos han destrozado su vida, señorita Mains. Ellos asesinaron el alma de Zach, y luego su cuerpo. En virtud de aquel amor, ¿estaría usted dispuesta a ayudarme en la tarea de castigar a los culpables? Yo no tengo nada personal contra ellos. Simplemente, soy un encargado de salvar de la perdición a hombres como Zach. Muchas mujeres, igual que usted, pierden la felicidad por unos canallas. ¿No es justo que todos nos unamos contra ellos?

Hubo una pausa silenciosa. Reynold miró su reloj de pulsera, comprobando que los minutos habían corrido velozmente. Le tranquilizaba saberse armado y tener cerrada la puerta del piso de entrada. No obstante, poco tardarían en llegar los secuaces del muerto. Era necesario obrar rápidamente. Al fin, Eve preguntó:

—¿Qué puedo hacer yo? ¿Qué quiere usted de mí? ¿No va a entregarme a la Policía?

—No; sé que usted es inocente, aunque si no hace algo por ayudarme, sería difícil demostrarlo ante un Jurado. ¿Le dijo Zach quién era el jefe? ¿Sabe dónde se reúnen? ¿Conoce los nombres de sus amigos?

—No. Zach se había vuelto poco comunicativo. En cierta ocasión vino un hombre a buscarle, hablaron a solas, y cuando Zach lo

despidió, le oí maldecir al «jefe». Yo le pregunté quién era ese hombre que lo tenía tan asustado. Me respondió que el visitante no era el jefe, sino uno de tantos. Juró entre dientes que si él hubiese conocido al jefe, no le perdonaría ciertas cosas.

—¿Quiénes vinieron a anunciarle que Zach había muerto?

—Ése —inició la joven, señalando con la mirada la otra habitación contigua— y otro, bien vestido, pero demasiado cargado de joyas. Observé que en los dedos llevaba más de cuatro sortijas. Su compañero le llamaba Ben. Me contaron aquella historia, y me exigieron que permaneciese aquí hasta que el jefe ordenase otra cosa. Me negué en redondo. Me amenazaron, y ése se quedó aquí, vigilándome, noche y día. No puede usted imaginarse el miedo que he pasado, viviendo en el mismo apartamento que un bestia grosero.

—¿Recuerda la dirección escrita en el papel?

—No. Como cambió enseguida de parecer, no llegué a leerla.

Hubo un gesto de contrariedad en el viril rostro del agente especial. A continuación solicitó, adoptando un tono con mezcla de imperiosidad y de persuasión:

—Escúcheme atentamente, señorita Mains: De un instante a otro llegarán los amigos de ése, llamados por teléfono. Yo podría detenerlos, pero me temo que no conseguiría nada de ellos. No conocen al jefe, y sin embargo, alguno tendrá que conocerlo, pero ése no vendrá seguramente. Si usted fuera una mujer capaz de luchar por cuánto le he dicho antes, me ayudaría, cumpliendo una misión difícil, peligrosa, pero honrosa. A más de producirle la satisfacción de castigar a los asesinos de Zach, conseguiría usted librarse del banquillo de los acusados.

Eve Mains había sido «bien trabajada» por el agente del F. B. I.

En su mente sólo existían dos ideas dominantes: castigar a los forajidos y salvarse de la cárcel. En consecuencia, preguntó:

—¿Qué puedo hacer?

—Fingir estar de acuerdo con ellos. Yo la ataré ahora. Cuando vengan, les dirá que se presentó un hombre, que no parecía policía, que mató a ése y a usted la ató. Engañéles, diciendo que recuerda su cara, como la de un amigo que en tiempos tuvo Zach. Ellos creerán que se trata de una venganza o de un robo. Usted esconda

su dinero y yo revolveré las cosas, para dar sensación de que el individuo buscaba algo. Luego deje que ellos imaginen lo que quieran.

—Pero, después, ¿qué he de hacer yo?

—Supongo que tendrá que acompañarles, y la guardarán, en tanto que comunican a su amo lo sucedido. Si el jefe es inteligente, y no lo pongo en duda, aprovechará la ocasión de tener en sus filas a una mujer. Querrá servirse de usted para sus fines criminales. Conocerá usted a los de la banda, alternará con ellos, tal vez consiga ser llevada a presencia del jefe... En cuanto usted obtenga algún dato importante, y halle la ocasión de burlar la vigilancia, tome el listín de teléfonos, llame al director del

F. B. I.,

diga «Operación Azul», y él recogerá su información y le dará instrucciones a seguir.

—Yo no podré...

De sobra sabía Reynold a lo que Eve Mains quería referirse. La alentó astutamente:

—Válgase de su coquetería. «Flirtee» con todos, eluda los compromisos y amenace siempre con decírselo al jefe. En último caso, lleve una pistola consigo; yo le serviré de testigo de descargo si tuviera que emplearla. Además, nunca estará usted realmente sola. Yo vigilaré y hasta trataré de introducirme en la banda. Finja no conocerme. ¿Cuento con usted, señorita Mains? Siento que las circunstancias no le permitan meditarlo debidamente. Déjese llevar de su corazón, y no olvide que ha de elegir entre el Bien y Mal. Yo no lo dudaré.

—Está bien; haré todo eso —declaró la joven, llevándose las manos a las sienes como si la cabeza pareciera dolerle, y es que en su interior se libraba una terrible lucha. No era mujer de ciudad, acostumbrada a la vida libre e independiente; en el fondo, aún conservaba los prejuicios pueblerinos y el miedo a internarse en círculos desconocidos. Otro hombre, de menos astucia que Reynold, no habría conseguido nada de ella.

—Entonces, adelante. Esconda su dinero y prepárese a ser atada. Estarán al llegar y no quiero que me cojan aquí.

En tanto ella cumplía lo indicado, el agente del

F. B. I.,

revolvía la ropa de los cajones, tiraba unas sillas, estropeaba un jarrón y preparaba las cuerdas.

Con ellas, luego, ató a la joven, de brazos y piernas, procurando no causarle erosiones en la fina y alabastrina piel. Satisfecho de su labor, y con una ojeada al cadáver, salió del apartamento, tras haber recogido el sombrero y llevar consigo las tres armas y la documentación del muerto.

A la primera ojeada se convenció de que en el corredor no había nadie. Oyó el zumbido del ascensor. Temiendo que fuesen ellos, descendió por la escalera, de dos en dos escalones.

A la puerta de la calle, Florida Avenue, junto al bordillo de la acera, un gran «Mercury», de carrocería en negro y con las cortinillas a medio echar, permanecía con el motor en marcha, y a su volante, había sentado un hombre de traza inconfundible por su atuendo insultantemente ostentoso.

Reynold siguió acera adelante, y al doblar la esquina, subió en un «taxi».

—Tuerza a la izquierda y deténgase donde yo le diga —indicó al conductor, tras enseñarle su «carnet» de agente especial del F. B. I.

El acecho no pasaría de los quince minutos. El joven no perdía de vista la entrada de la casa ni el «Mercury». Había ofrecido un cigarrillo al «taxista», y ambos fumaban. Este último, individuo rechoncho y de ojillos vivos, comentó:

—Más de una vez he pensado encontrarme en una así, señor. Por el

F. B. I.,

yo daría mi vida si fuera preciso, porque ¿qué sería de los Estados Unidos sin el

F. B. I.?

¡Nada! Hay tantos canallas por estas tierras, que es necesario «premiarlos» con una granizada de balas. Usted mande, que yo obedeceré. Si esos «pájaros» se nos escapan, ya puede usted cortarme el cuello. Esta clase de aventuras es la que a mí me gusta, y no transportar a oficinistas retrasados o a borrachos que se empeñan en conducir.

Reynold tuvo que cortar el entusiasmo al conductor, al ver que un grupo de tres hombres salía de la casa y en medio llevaban a Eve

Mains. Subieron todos en el «Mercury», que arrancó seguidamente, calle arriba.

—¡A ellos! —ordenó Reynold, observando a través del parabrisas.

El «taxista» lanzó un bufido de placer y pisó el acelerador, dispuesto a servir cumplidamente en las filas activas de la ley. Manejaba el volante con una destreza admirable, hurtando el coche a las acometidas de los otros cuando se metía por entre el tráfico, procurando que el «Mercury» no se le despegase.

—No se sitúe justamente detrás, porque el espejo retrovisor nos delataría enseguida —le indicó Skye—. Detrás, pero a la derecha, y, a ser posible, deje siempre otro coche entre ellos y nosotros. El peligro está en las esquinas. Apenas ellos las doblen, usted acelere, y en cuanto tome la vuelta, disminuya, de nuevo la marcha.

Continuó la persecución. Con gran sorpresa por parte de Reynold, cuando el «Mercury» llegó al parque Meridian, cambió el rumbo Norte por el Sur, y enfiló la avenida New Hampshire. Dedujo que se trataba de una falsa maniobra, para no dejar ninguna pista de su visita a la avenida Florida.

Lo nutrido del tráfico impedía al «taxista» separar mucho su coche del «Mercury». Pasó a gran velocidad uno de los cruces, justamente cuando las señales luminosas dejaban paso libre a los peatones. Estuvo a punto de atropellar a un individuo que caminaba enfrascado en la lectura de un periódico.

—Un poco más y le proporciono unos meses de reposo en el hospital —fue el comentario del conductor rechoncho, que estaba disfrutando de los mejores momentos de su vida.

El «Mercury» rodeó los jardines y la estatua de Washington, y corrió por K Street, quedando a la izquierda el curso perezoso del río Potomac.

En el «taxi», Reynold daba consejos al conductor, que no tenía pericia en persecuciones y se dejaba arrastrar por la tentación de ir pegado al «Mercury». Éste torció a la izquierda, enfilando el puente Key, repleto de vehículos.

El «taxista» lanzó un gruñido de enfado al verse embotellado entre dos camiones, impidiéndole el adelanto por un lateral, la hilera de coches que avanzaba en dirección contraria.

—¡Se nos va a escapar!

La predicción resultó cierta. Cuando el «taxi» salió del puente, la carretera Lee se ofrecía a la derecha, y la embocadura de la calle Lynn a la izquierda, pero el «Mercury» había desaparecido misteriosamente.

—¡Maldita sea! —barbotó el conductor del coche de alquiler, renegando, y pronunciando una serie de maldiciones muy propias del «argot».

Reynold también estaba notablemente contrariado, más la experiencia le había enseñado la inutilidad de maldecir cuando la pérdida no tenía remedio por el momento.

—¡Déjelo! ¡Qué se va a hacer! Continúe por Lee, a gran velocidad. Tal vez tengamos suerte y...

No hubo suerte, pues el «taxi» devoró unas cuantas millas sin cruzarse con el «Mercury». El regreso al corazón de la ciudad se impuso. Reynold pensó que aún le quedaba la carta representada por Eve Mains. Si ella reaccionaba cómo debía, en cuanto pudiera daría señales de vida por teléfono al director del

F. B. I.

IV

EL JEFE, AL HABLA



ECOSTADA en el respaldo del asiento posterior del «Mercury», y con los ojos cerrados, Eve Mains trataba de contener su respiración, repugnándole el olor acre a sudor de los dos que se sentaban junto a ella. Recordaba aún la entrada en el piso, de los tres antiguos amigos de Zach, forzando la cerradura y blasfemando horrorosamente al ver muerto a su compañero. Para con ella tuvieron, si no delicadeza, cierta consideración.

Parecían haber creído la sarta de mentiras que les contó, siguiendo las instrucciones del agente del

F. B. I.

La desataron y la invitaron a acompañarles, invitación que no admitía negativa a juzgar por el tono en que la hizo el que parecía llevar la voz cantante, un tipo alto, de facciones angulosas, con una gran calva en la sien derecha, de fuego o de herida, que respondía al nombre de Davi.

Un brusco movimiento del coche, al tomar una vuelta a toda velocidad, la obligó a abrir los ojos, asustada. Vio fijas en ella las miradas de los dos que estaban junto a ella, y la del tal Davi, sentado en el transportín, de frente, con sus pupilas negras y penetrantes. Eve volvió a cerrar los párpados, prefiriendo refugiarse en sus recuerdos, hasta que las circunstancias la forzasen a actuar.

En su mente se realizaba una evolución muy curiosa, y por su rapidez y violencia, tal vez revolución de pensamientos. Cuando le notificaron la muerte de Zach, conjuntamente creyó en la culpabilidad del

F. B. I.,

naciendo en ella un rencor hondo hacia los que, amparados en la inmunidad que proporciona ser agentes de la ley, habían matado a su novio, no concediéndole la ocasión de defenderse. Luego, la llegada del apuesto agente especial del

F. B. I.,

con su cortesía, sus palabras escogidas y de acento educado, y sus aseveraciones de que Zach había sido asesinado por sus propios compañeros de latrocinio, la confundieron y turbaron, considerándose impotente para dilucidar el intrincado problema.

Pesó mucho en ella, una frase del agente del

F. B. I.:

«Mataron primeramente su alma y después su cuerpo». Sí, tenía razón. El Zach de los últimos tiempos era muy distinto al que la enamoró. Zach era otro: terco, cruel, insensible a los pequeños detalles amorosos, codicioso de dinero fácilmente ganado, ambicioso de poderío entre gente de igual calaña. Sí; Zach había sido corrompido por una doctrina venenosa y desmoralizadora. Ya no era aquel joven de buenos sentimientos, honrado, buen creyente, amante de un hogar tranquilo, el hogar que ellos dos, allá, en su pueblo, habían soñado mientras paseaban a lo largo de la alameda junto al río.

Ella reconoció su error al acceder a la petición de Zach, de que se trasladase a Washington hasta el día de la boda. Él lo justificaba en aquella carta, hablando de la necesidad de que ella eligiera el apartamento y los muebles. Y ya en Washington, ella había tenido que ser dura para evitar ciertas «descortesías» de su novio, y también tuvo que aguantarle infidelidades, y... Sí; Zach estaba muerto antes de morir su cuerpo a balazos. Y aquel crimen que unos desalmados habían cometido con el espíritu de su novio, merecía un castigo. Ella haría todo lo posible por...

—Tienes la cara más blanca que la cera —oyó decir, y abrió los ojos, volviendo a la realidad.

Había hablado Davi, que no separaba la vista de ella. Los otros dos rieron a carcajadas, coreando lo que consideraban un chiste del «segundo amo» después del desconocido jefe.

—A callar, imbéciles —les ordenó Davi, exagerando el tono autoritario—. ¿No veis que la pobre está asustada como un corderillo entre lobos?

La indudable mordacidad de Davi arrancó nuevas risotadas de sus secuaces. Uno de ellos, abusando de una familiaridad sin razón, palmeó la pierna de la joven, diciendo:

—No te preocupes, palomita. Tienes cara de ángel, y ya encontrarás acomodo con alguno de nosotros. Zach, al fin y al cabo, era un idiota y le faltaba mucho para ser un hombre de pelo en pecho. Lo que tú necesitas es un tipo de una vez, hecho y derecho, que te compre buenas ropas y te lleve a sitios elegantes. Por mi parte y si nadie me lo discute, estoy dispuesto a alojarte en mi piso...

—¡Calla, bestia! —Le mandó Davi, ahora seriamente, centelleantes de cólera sus ojos—. El jefe ha de decidir, en primer lugar, y luego, luego... ya veremos.

Aquellas palabras revelaron algo horrible a la joven. Por las miradas de Davi, y el significado especial de sus palabras, deducía el futuro que la esperaba. Recordó al del

F. B. I.

y rogó mentalmente a Dios que no la abandonase.

Chirriaron los frenos del «Mercury», lanzando a los pasajeros hacia delante. Eve miró por la ventanilla. Se hallaban en un embarcadero río Potomac, acabado de cruzar por el puente Key. El

coche había descrito una curva cerrada con el motor en dirección al centro de la ciudad, y avanzando bajo la bóveda de una enramada, se había detenido a la orilla del río, frente a la isla de Teodoro Roosevelt.

—Abajo, nena.

Eve obedeció, apeándose del vehículo y siguiendo a los hombres. Atracada al pequeño embarcadero, destinado a los amantes de la navegación fluvial, una moderna gasolinera se balanceaba al impulso de la corriente. Con un pie en la borda, y una pipa negruzca entre los dientes, un individuo saludó con alborozo a los forajidos. Davi tomó el mando del grupo, ordenando:

—¡Todos a bordo! ¡Adelante, antes que caiga el sol!

La lancha a motor comenzó a trepidar, despegando luego, río abajo, a vertiginosa velocidad. En tierra, el «Mercury», conducido por el mismo «chófer», se alejaba.

Eve Mains tomó asiento en una pequeña banqueta, rodeada de los hombres, que fumaban y charlaban sobre quién pudiera ser el «tipo» que mató al guardián de la muchacha. Hicieron unas preguntas, que Eve aclaró con voz desfallecida, mintiendo malamente, porque sentía el temor a ser descubierta en sus verdaderos propósitos.

Se cruzaron con otras embarcaciones, deportivas y de carga, y adelantaron a uno de los barcos fluviales que transportaban viajeros hasta Norfolk. Pasaron por debajo de los puentes, y después, la gasolinera cambió de rumbo, abandonando el curso del Potomac y subió por el río Anacostia. Bordearon la base de hidroaviones, y antes de llegar al arsenal, la embarcación atracó en las proximidades del final de la avenida New Jersey.

Eve dedujo enseguida que todo había sido una maniobra para despistar a un posible perseguidor. Ya no podría confiar en la ayuda del agente del

F. B. I.

Mediante la gasolinera, los forajidos simularon alejarse de la ciudad, para luego retornar, dando un rodeo por las aguas.

Otro coche les esperaba. De nuevo pasaron por el corazón de Washington hasta llegar a Columbia Road, donde las puertas de una verja se abrieron, dando paso al vehículo. Un jardín descuidado, unos árboles faltos de poda y una fuente sin agua, servían de marco

a un edificio de dos pisos, con las fachadas cubiertas de plantas trepadoras.

—Baja, nena, y obedece en todo —ordenó Davi, echando a andar hacia la puerta de la casa, entornada y custodiada por un individuo en mangas de camisa.

—Sin novedad, Davi.

—¿Ha llamado alguien?

—Sí, el jefe. Estaba extrañado de que tardaseis tanto. Llamará dentro de un rato.

—Sácanos algo de beber —y Davi, dirigiéndose a Eve, dijo—: Pasa y considérate en tu casa. Pide lo que necesites.

—¿Qué voy a hacer yo aquí? —preguntó la joven, intimidada.

—¡Ah! Eso te lo dirá el jefe. Seguramente querrá hablar contigo. Contéstale bien y con claridad. No le gusta escuchar discursos, sino los datos necesarios. Procura no enfadarlo.

Eve atravesó el umbral de la puerta, con piernas vacilantes. El espacioso *hall*, iluminado por una lámpara de cristal, atemorizaba con sus paredes desnudas y desconchadas. En el ambiente se respiraba algo nauseabundo, como de alimentos en descomposición. Una escalera ascendía hasta el piso superior. A izquierda, una puerta, y enfrente, a ambos lados de la escalera, otras puertas, cerradas.

—Siéntate, preciosidad —la invitó obsequiosamente Davi, en tanto que le ofrecía unos vasos de licor, servidos por el que había permanecido en la casa.

—No, no, gracias.

—Has de acostumbrarte a beber, encanto. Se siente uno mucho mejor, con medio litro de alcohol en el estómago, ¿no, Percy? —pidiendo el asentimiento del que había palmoteado la pierna de la joven en el coche.

—Y que lo digas. Con un buen *cognac* y una damisela de este corte, no se puede exigir más.

Un estremecimiento de horror sacudió los hombros de la joven, ante las miradas ávidas de los forajidos. La tarea comenzaba a hacérsele demasiado pesada. Y justamente, su aspecto de inocente, era lo que más atraía a aquellos individuos.

—Ésta me pertenece, Percy. Más adelante, ya veremos... —Manifestó Davi sombríamente.

La posible disputa, se cortó al sonar el timbre de un teléfono en la habitación de la izquierda. Variando de expresión, Davi dejó en la mesa el vaso recién apurado y corrió a la puerta, aconsejando a sus compinches:

—No hagáis ruido.

Se le oyó hablar, sin entenderse sus palabras. Apareció al rato, avisando a Eve:

—El jefe quiere hablar contigo. Sigue los consejos que te di antes, y no se te ocurra meterte en un lío.

Haciendo un acopio de fuerzas, la joven consiguió ponerse en pie y llegar a la habitación donde estaba el teléfono. Le temblaba el aparato en la mano, al llevárselo al oído.

—¡Diga! —musitó casi imperceptiblemente, tal era su desfallecimiento.

—Oiga, Eve Mains —inició una voz ronca, con agudos metálicos en ciertas sílabas—: Explíqueme lo ocurrido esta tarde en su piso. No olvide ningún detalle.

La joven narró la falsa historia indicada por el agente especial del

F. B. I.

Conforme hablaba se iba serenando, y creyó alcanzar el tono necesario de sinceridad. Terminó preguntando:

—Y ahora, ¿qué va usted a hacer conmigo? Yo quiero irme a casa de mis padres. Muerto Zach, yo...

—Después hablaremos de eso —le cortó bruscamente la voz al otro extremo del hilo—. Respóndame pronto y bien: ¿cómo era el individuo ese? ¿Lo conocía usted antes?

—No, nunca lo había visto. Era bajo, algo gordo y casi calvo —mintió la joven descaradamente, a la vez que se apoyaba en la mesa y paseaba la mirada por la habitación, cuyas paredes aparecían tapizadas en su totalidad, absorbiendo los ruidos.

—Sigo sin comprender cómo pudo deshacerse de las cuerdas, mientras mí «muchacho» salía a telefonar. ¿Dónde estaba usted?

—Yo... yo estaba con mucho miedo, en la cocina. Su... su amigo, se conoce que lo dejó mal atado. Yo estaba en la cocina, cuando él entró, amenazándome. Me hizo acompañarle a la otra habitación, para que le dijese dónde tenía el dinero. Registró todo, y encontró en el colchón un revólver que Zach guardaba. Recuerdo

que me preguntó dónde tenía guardado Zach el dinero que había robado con él a un cobrador de un Banco, no me acuerdo del nombre. Me trató de mala manera, hasta dejarme atada. Se iba a ir ya, cuando su... su «muchacho» regresó. Se encontraron, y él fue más rápido. Luego le quitó la cartera y la pistola.

—Todo eso me suena a cuento de hadas —afirmó la voz ronca, Irritada.

—Es cierto, señor...

—Jefe, jefe; diga jefe —estalló el misterioso *boss* en el otro teléfono conectado.

—Pues es verdad todo eso, jefe. Yo creo que Zach y él habían hecho algo hace tiempo. Posiblemente, Zach lo engañó, llevándose la mejor parte, y el otro quería quitárselo.

—Es posible, pero ¿por qué, demonios, está usted con esa cara? Es usted estúpida o demasiado lista y pretende engañarme. Como se le ocurra mentir, le va a costar caro. Ya comprobaré eso y... —La voz del desconocido jefe retumbaba en el aparato; la cólera lo dominaba.

—Yo no sé más —arguyó débilmente Eve, aterrorizada.

—Bien, por ahora —afirmó la voz, algo más normal—. Usted estará ahí hasta que yo ordene otra cosa, y no intente salir, porque mis muchachos la matarían. Ahora, no corte y dígame a Davi que quiero hablar con él.

Ella obedeció sumisamente, saliendo al *hall*. Ignoró la conversación de Davi con el *boss*, pero el lugarteniente mandó, después de terminar la conversación por teléfono, al otro secuaz:

—Tú, Currier: llévala arriba y dale la mejor habitación. Tú te preocuparás de que no salga y de las comidas.

El aludido, un tipo con rostro bestial por su estrecha frente y mandíbula cuadrada, preguntó, sonriendo burdamente:

—¿Voy a hacer ahora de señorita de compañía?

—Deja de ladrar y obedece. Es orden del jefe.

Eve siguió a Currier, subiendo los peldaños con una flojedad de piernas que la obligaban a agarrarse al pasamanos de madera, mientras sentía fijas en su espalda las miradas de los otros tres forajidos. Durante unos momentos creyó subir los escalones de un patíbulo.

El piso superior se componía de cinco habitaciones, con puertas

a un pasillo central. El *gángster* abrió una de ellas, y comunicó a la joven, mientras se acariciaba el mentón, sin afeitar:

—Pasa y acomódate. Ésta será tu habitación. Es la mejor, ¿sabes? Yo soy atento con las mujeres, porque me gustáis mucho.

De un cerebro tan obtuso como el suyo no podía brotar mejor razonamiento. Era el tipo perfecto de bruto, campesino en otros tiempos, y matón irreflexivo en la ciudad por unos cuantos dólares.

Eve dejó en el suelo el maletín que había sacado de su apartamento, y esperó a que el hombre se marchase. La alcoba consistía en una cama de hierro, dos sillas, una alfombra desgastada y descolorida y una percha clavada en la pared. Por la ventana, a través de los cristales, penetraban los últimos rayos del sol en el ocaso, dorando las copas de los árboles del jardín.

Volvió la joven a mirar al *gángster*, dándole a entender lo importuno de su prolongada presencia. El dio un paso adelante y volvió a sobarse la barba.

—Oye, guapa: tienes un algo que me ha gustado. Y si una mujer no le disgusta a Currier, ya se puede decir que tiene valor. Davi y Percy te han echado el ojo encima, pero no saben que a mí también me «has hecho tilín». «Yo y tú» seremos buenos amigos, y éstos tendrán que andarse con cuidado. Se ríen de Currier; me llaman bestia; pero me tienen miedo. Aquí, en esta casa, todos me tienen miedo, y si yo conociese al jefe, él también me lo tendría. Has de saber que, en una ocasión, yo solo, con una onza de plomo en el cuerpo, aplasté a dos policías a puñetazos. Desde entonces me llaman «el Mastodonte», riéndose de mí. Un día u otro veremos quién se ríe más. A Percy lo tengo sentenciado, y a Davi... porque está respaldado por el jefe. Tú llámame en cuanto te molesten. Y si quieres comer algo fino, pídemelo, que yo te lo traeré. Ya te digo que a mí me gusta ser atento con las hembras que lo merecen.

Al salir el forajido, cerrando la puerta, Eve se dejó caer en la cama, llorando desconsoladamente. A solas, su última resistencia se desmoronaba. Hubiera dado su vida entera por ver aparecer al agente del

F. B. I.

El sí era un caballero. Lo llamaría en cuanto pudiese. El teléfono de abajo la permitiría...

Aquella misma noche, dadas las nueve, el director del F. B. I., recibía en su casa a Reynold Skye, citado allí para tomar juntos el café y tratar de la «Operación Azul».

—Pase, pase —invitó Hoover, con su sonrisa de franqueza cruda —. Siéntese. ¿Café? ¿Qué licor?... ¿Cigarro o cigarrillo?

La amabilidad del anfitrión impresionaba a Reynold Skye, admirador de su director, tanto por su persona, como por sus hechos.

—Gracias. Le pedí una entrevista, señor Hoover, porque necesito darle cuenta de lo sucedido esta tarde.

—Resúmala, pues espero de un momento a otro al senador O'Connor, el mismo que estaba conmigo en el restaurante «Azul» aquel día que... ¿recuerda? Estamos tratando del nuevo crédito que el Congreso otorgará al

F. B. I., para la ampliación de los servicios y...

Reynold Skye relató sucintamente sus hechos en la casa de Eve Mains, la persecución posterior y el fracaso final.

Hoover había escuchado atentamente, siendo de esos hombres que logran reducir su pensamiento por completo al tema que se está tocando, olvidando las restantes preocupaciones. Hacía girar el grueso habano entre sus dedos, mientras escudriñaba el rostro de su subordinado.

—No está mal, amigo Skye. Sin embargo, ¿ha obrado usted bien al confiar en una mujer? ¿Cree que ella se pondrá de su parte y le llamará?

—Señor Hoover: tanto mujeres como hombres, todos, variamos de propósito por motivos más o menos caprichosos. Pero, en este caso, casi juraría que Eve Mains nos ayudará. Yo podía haber detenido a los tres que llegaron, es cierto. ¿De qué nos hubiera servido? Detención, acusándolos de llevar armas ilícitamente, y el jefe se pondría en aviso y desaparecería impunemente. Estamos en tinieblas. Damos al aire palos de ciego, y es necesario ver luz, pronto y sin espejismos.

—Muy bien, Skye; estamos de acuerdo en eso. Pero ¿esa mujer?... Mintió a nuestros hombres cuando fueron a interrogarle...

—No considere como vanidad, señor Hoover, lo que voy a decirle. Conozco a las mujeres. Eve Mains nos llamará. Logré sembrar en ella la duda, herí su sensibilidad con punzadas nobles, y reaccionará debidamente. Llamará a su teléfono, diciendo «Operación Azul». Tome el recado usted mismo y avíseme al hotel. Yo estaré preparado para actuar.

—Así lo haré —admitió Hoover maquinalmente, mirando al hombre que acababa de entrar en la habitación, un joven robusto, de aire decidido.

Reynold Skye supuso que se trataba del chófer del director, en realidad, su acompañante y guardaespaldas.

—Señor Hoover: el senador

O'Connor
ha llegado.

—Dígale que pase —contestó el director, y, dirigiéndose a Skye —: Quédese un rato. Pasará usted por amigo particular mío.

La entrada de

O'Connor,

con sus lentes montados en oro y su cabellera plateada y vestido de *smoking*, puso una nota de alegría en el sobrio salón. Terminaron los saludos y las presentaciones, y de nuevo volvieron a llenarse las copas de licor.

El senador, afable y sonriente, tomó enseguida el timón de la conversación, empleando un tono bromista que parecía divertir mucho al director del

F. B. I.

Creyó que Skye era un antiguo amigo de Hoover, y le contó con toda clase de detalles el ataque sufrido a la puerta del restaurante «Azul». El senador poseía el sentido del humor, y a la vez que dramatizaba los fatales instantes de los disparos, intercalaba observaciones sobre las posturas tomadas dentro del coche, y arrancaba sonrisas de sus oyentes.

A una pregunta del director del

F. B. I.,

referente a la gardenia que lucía en el ojal del *smoking*, el senador O'Connor

repuso:

—Estoy citado, amigo Hoover. Una joven preciosa que conocí en

un *dancing* la otra noche. Baila admirablemente, y formamos una pareja bastante aceptable.

Sin poder contener la risa, Hoover comunicó a Skye:

—El señor

O'Connor

conserva la juventud de cuerpo y de espíritu. Todavía le gusta el baile, el bullicio, y es un temible conquistador de mujeres. Como usted también domina esta especialidad, sería interesante verlos competir.

—¡Ah! ¿También el señor Skye es un admirador del bello sexo? Eso es una prueba de su valía. No, no se ría, Hoover. Usted, con su desprecio hacia las mujeres, se pierde lo mejor del mundo. ¿Hay algo más bonito que sentir muy cerca los labios de una mujer? Yo, que voy para viejo, cada vez que tengo una a mi lado me parece volver a la infancia. ¿No lo cree usted así, señor Skye?

—Sí; no hay nada como una mujer que dice querernos con los labios, aun cuando por dentro esté pensando en nuestra cartera —matizó Skye, irónicamente.

—¡No me hable de eso! Desde hace años, el amor se está haciendo más y más complicado, antes, el amor requería un bello paisaje: árboles mecidos por la brisa, arroyuelos murmuradores, y una soledad bucólica para que los corazones pudiesen dialogar dulcemente. Esto, según los poetas. Ahora, el amor tiene que desarrollarse en las casas de modas, eligiendo modelos que cuestan una fortuna, viendo escaparates para entrar a comprar algo que no vale tres centavos, pero cuesta tres mil dólares, botellas de *champagne*, descorchadas a docenas, y mucho ruido de *jazz*. Los poetas eran unos pobres hombres, por no entender la vida, es indudable. Al menos yo, no encuentro la jovencita que prefiera un paisaje selvático a una buena cena en un *cabaret*, de lujo.

Las palabras del senador, dichas con su peculiar tono humorístico, hacían reír a los otros dos, que pensaban en la clase de conquistas amorosas del senador, hechas a costa de regalos valiosos, como él mismo tenía la osadía de confesar.

El «tema de mujeres» parecía absorber al senador, que contaba graciosos sucesos, mezclándolos con anécdotas y observaciones dignas de figurar en una antología galante. Hoover sonreía aun cuando, en el fondo de sus pupilas, brillara una lucecita despectiva;

él no menospreciaba a las mujeres, pero sí a los hombres que dedicaban su actividad y sus pensamientos al cultivo del amor. Le convenía estar a bien con el senador, porque era persona influyente, y también la dirección del

F. B. I.,

requería diplomacia y astucia, con el fin de triunfar en el quebradizo y traicionero campo de la política.

Con un guiño que pasó disimulado para el senador

O'Connor,

Hoover indicó a Skye que se despidiera. Éste lo hizo, estrechando la mano del senador, y ambos se cambiaron cumplidos y proyectos para enfrentarse en una lid de conquistas femeninas.

Ya en el *hall*, a solas los dos del

F. B. I.,

Hoover dijo, seriamente, a Skye:

—No se duerma, amigo. Lo que me ha contado de esa muchacha me ha preocupado. No dudo que estará de nuestra parte, pero ella, si realmente es una pueblerina, no sabrá defenderse, y se pondrá en peligro. En usted confío.

Y, efectivamente, Eve Mains necesitaba de Reynold Skye en aquellos mismos momentos.

Tras la salida del brutal Currier, «el Mastodonte», Eve había permanecido echada de bruces, en la cama, llorando, sabiéndose débil ante los canallas que vivían en la misma casa, y, a la vez, eran sus carceleros. Sí, en lugar de Eve Mains, recatada y falta de experiencia, se hubiese tratado de una mujer acostumbrada a alternar con maleantes y aventureros, no habría existido problema. Tomar unas copas, escuchar y contar chistes subidos de tono, jugar al *póker* trampeando tanto como ellos, sacudir entre carcajadas un manotazo al más atrevido y burlarse del menos avisado, hubiesen sido los más apropiados métodos para demostrar a los hombres que no daban con una gata sin uñas. Eve Mains, por su educación y formación espiritual, no podía comportarse de tal guisa, aunque lo intentase.

Súbitamente, unas voces en el piso bajo la hicieron erguirse. Prestó atención. Las voces continuaban, en tono elevado, y por una de ellas reconocía a Davi, pronunciando amenazas de muerte.

Eve luchó con su propio miedo, recordando las instrucciones del agente del

F. B. I.

Convenía enterarse de lo que estaba ocurriendo en el piso bajo. Sigilosamente, extremando las precauciones, se dirigió a la puerta, abriéndola unas pulgadas. Llegaron a sus oídos unas palabras proferidas con acento chillón, de persona que pierde los nervios:

—¡Eso es una mentira! El jefe no puede haber ordenado eso. Son cosas tuyas, Davi, que me tienes «fichado» desde el día aquel que...

—¡Calla! —tronó la voz de Davi—. Tú nos has traicionado. Eres un «chivato» asqueroso, y vas a recibir lo que te mereces.

En tanto que Davi seguía vertiendo un torrente de amenazas y acusaciones, Eve asomó la cabeza, comprobando que Currier no estaba en el pasillo. Impulsada por el afán de prestar un buen servicio al del

F. B. I.,

avanzó hasta la escalera. Descendiendo unos escalones, pudo presenciar la escena que se desarrollaba en el *hall*: un individuo delgado y bajo se encaraba con Davi, mientras Percy y Currier se mantenían apartados, uno, junto a la puerta de salida, y el otro, sentado en el brazo de un sillón, ambos escuchando con gesto de aburrimiento la disputa.

—A mí tú no me insultas —saltó el acusado.

—Habla claro y pronto, Pearson. Nadie más que tú sabías lo que se tramaba. Saliste del restaurante Azul, avisando con el sombrero la inmediata salida del director del

F. B. I.

Solamente tú, después de lo que pasó, pudo enviar a alguien a casa de la muchacha de Zach, a ver si había algo a ganar. El que fue y mató a nuestro compañero, no era un policía. Tú eres lo suficientemente zorro para quedarte detrás de la cortina, pero tuvo que ser un amigo tuyo, contando la bonita historia de que era un antiguo amigo de Zach. Todos sabíamos que Zach había ahorrado unos dólares, y pensaste que la muchacha estaría sola y soltaría la pasta a la primera bofetada. El jefe sospecha de ti y me ha encargado que...

—No, Davi; esto es una invención tuya. El jefe confía en mí, porque soy listo y vosotros sólo tenéis serrín en la cabeza. Me

quedará aquí, y cuando el jefe llame, a la hora que sea, yo le contaré que, no hace mucho tiempo, tú te aprovechaste de...

Dos estampidos retumbaron en el espacioso *hall*. Pearson se tambaleó con un gesto de estupor en su astuto rostro, como si hubiese visto una aparición fantasmal. Quiso llevarse las manos al pecho; no las pudo subir más arriba de la cintura. Se le doblaron las rodillas, quedó un instante en equilibrio, y por último, con un estertor agónico, cayó al suelo, quedándose inmóvil, trágicamente inmóvil. Davi sopló el cañón de su revólver, aún humeante, y volvió el arma a la sobaquera. Había matado a Pearson antes de que le acusase de alguna felonía hecha a espaldas o a costa del misterioso jefe.

—¡Metedlo en el coche, y lleváoslo! ¡Registradlo y quedaos con lo que tenga! —ordenó a Percy y a Currier.

Los tres forajidos centraron su atención en la escalera al sentir un ruido pesado. Con gran asombro vieron que la exnovia de Zach estaba caída en un escalón, con un pie enganchado en la barandilla, habiéndose salvado así de rodar peligrosamente hasta abajo.

—¡Maldita pécora! —profirió Davi, iracundo—. Nos ha estado escuchando y viendo. Habrá que cerrarle el pico de una vez, o tenérselo cerrado. ¡Vosotros, a lo vuestro! ¡Llevaos a ése a cualquier sitio, al río o a dónde sea! Yo me encargaré de esta «metepatas».

Como sus secuaces mostrasen signos de vacilación, prefiriendo cada uno por sí socorrer a la joven, en vez de transportar un cadáver, Davi desenfundó el revólver a una velocidad de relámpago.

—¡Haced lo que os he dicho o esta noche haré un cementerio de esta casa!

No eran cobardes Currier y Percy, pero sabían de la destreza de Davi con las armas y de su afición a apretar el gatillo sin muchos preámbulos. Obedecieron a regañadientes. Davi cerró la puerta tras ellos, echó el cerrojo y volvió hacia la escalera, rodeando el charco de sangre que manchaba el piso del *hall*.

El cuerpo de Eve parecía tronchado, por la retorcida postura. Davi lo tomó en sus brazos y terminó de subir. En el lecho destinado a Eve, la depositó, quedándose dubitativo unos instantes. Le atraía aquella mujer de rostro no perfecto, aunque sí de cuerpo bien modelado. Desechó de su cerebro los turbios pensamientos y

corrió a humedecer la toalla en el jarro del lavabo.

Refrescó sus sienes y frente, y como la joven, pálida, no reaccionase, le abrió el escote de la blusa a fin de que pudiera respirar mejor. Davi no sabía de tales menesteres y usaba de unos métodos rudimentarios. La albura de la suave piel femenina arrancó un destello bastardo de sus ojos. Se contuvo y aguardó a que Eve se reanimase.

Un leve parpadeo y un fuerte suspiro de Eve indicaron que comenzaba a recobrarse del desmayo sufrido al presenciar la muerte de Pearson. En su mente habían quedado grabadas las manos del asesinado, manos impotentes, de dedos encorvados y torpes, como si perteneciesen a un muñeco articulado y con el mecanismo interior roto.

Davi se sentó al borde del lecho y apoyó en su brazo izquierdo la cabeza de Eve, mientras le acariciaba las mejillas y le decía:

—¡Anímate, muchacha! Te has asustado mucho, y a otra mujer cualquiera, ver lo que has visto tú, le hubiese costado la vida. Pero a ti te perdono. Yo mando aquí, me gustas mucho y te perdono. Eres muy linda y podemos ser buenos amigos íntimos.

Los groseros labios del *gángster* comenzaron a besar la nacarada piel del cuello femenino, aproximándose a la boca. Eve Mains sintió el fuego de aquellos besos robados y el aliento a alcohol. Las células de su cuerpo se rebelaron desesperadamente. Dio un grito de horror y clavó sus uñas en el descompuesto rostro del hombre, a la vez que daba una sacudida.

Davi creyó perder los ojos y se separó bruscamente, lanzando una blasfemia espantosa. Se llevó los dedos a la cara y los retiró manchados de sangre, pegajosa y tibia. El color púrpura lo cegó. Convertido de hombre en fiera, de un salto cayó sobre la cama. Eve hurtó su cuerpo a la primera acometida, y seguidamente se puso en pie, animada por el instinto de conservación.

Y entonces comenzó una lucha feroz y despiadada entre los dos. Davi podía matarla cómodamente con el revólver, pero no quería hacerlo, ni tampoco lastimar a la joven. Sus pretensiones eran reducirla por la fuerza, más sin causarle heridas. Saboreaba por anticipado el placer de inmovilizarla y robarle caricias y besos. Eve, cual si el terror le hubiese prestado alas, se escabullía ágilmente, interponiendo sillas, cuando no corriendo la cama de un empujón, y

trataba de alcanzar la puerta que daba al corredor, vigilada especialmente por el forajido.

Una de las veces, Eve fue arrinconada y se consideró perdida. Davi se aproximaba a ella, paso a paso, brillando en sus pupilas una luz innoble. Fingió Eve darse por vencida, y cuando los brazos masculinos se acercaban, se agachó y burló a Davi, echando a correr. Pero de poco le valió su treta. El *gángster*, rabioso y enardecido, se lanzó a sus piernas, en un *plongeon* de atleta, y consiguió agarrarla por los tobillos y tirarla de bruces al suelo. Los gritos de la joven restallaron como latigazos en las desnudas paredes de la alcoba, siendo cada vez más débil su resistencia.

Inesperadamente, los cristales de la ventana saltaron hechos pedazos y la voz retumbante de Currier, «el Mastodonte», se impuso con la amenazadora advertencia:

—¡Déjala, Davi, o te mato como a un perro!

El lugarteniente de la banda se quedó quieto, sorprendido. No esperaba ninguna intromisión, y menos de Currier, al que consideraba muy lejos de la casa, transportando, en compañía de Percy, el cadáver de Pearson. Levantó la cabeza y miró: Currier, con un gesto bestial en su faz maciza, asomaba medio cuerpo por encima del alféizar, empuñando en la mano derecha un descomunal revólver. Davi dedujo que su compinche había conseguido trepar por la madreselva, espesa y resistente, que cubría las fachadas de la casa.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó, encolerizado, más sin atreverse a llevarse la mano derecha a la axila del lado contrario.

—¡Deja libre a la muchacha y luego discutiremos! —insistió Currier, encaramándose al alféizar y saltando a la alcoba.

Davi observó detenidamente el negro y gran orificio del cañón del revólver que le apuntaba; conocía la brutalidad del «Mastodonte» y su poca disciplina. Le consideraba capaz de matar a un hombre por menos de cinco centavos, si se le metía en la cabeza tal atrocidad. Se puso en pie, y dejó que Eve, temblando como el azogue, se levantara y huyese al rincón más alejado.

Quedaron los dos hombres frente a frente, mirándose mutuamente. En las pupilas de Davi latía un brillo siniestro. En los gruesos labios de Currier, una sonrisa de bestia triunfante.

—¿Sabes lo que te estás jugando, Currier? —interrogó Davi,

fríamente.

—Nada de importancia. Soy ahorrativo, y, sin embargo, no repararías en gastar una bala en esta ocasión. Te vengo previniendo, Davi, y no quieres hacerme caso. A los otros los asustas siempre con el jefe. A mí, no, porque yo me pregunto: «¿Es que el jefe ese vale más que yo? ¿Por casualidad él es de caramelo y yo de carne?». ¡No! La ventaja del jefe está en que no aparece nunca por aquí, no se juega el pellejo ninguna vez, pero si se lleva la mejor parte de lo que ganamos.

—Estás firmando tú mismo tu sentencia de muerte, Currier —advirtió Davi.

—¡Más despacio, amiguito! El jefe no me oye ahora. Y si tú se lo «cantaras», yo te cosería la boca con este cacharro, o con mis puños. Yo sé del jefe más que todos vosotros juntos. ¿Te acuerdas del «golpe» a aquel capitán de barco? Repartimos a cinco mil, y el jefe se reservó veinticinco de los grandes. Se lo llevaste al parque Montrose, al sitio que él te había indicado por teléfono. Yo lo sabía, tú mismo me lo dijiste antes de llevarlo, y te seguí. Vi cómo dejabas el dinero en un banco del paseo de coches de la izquierda. Yo estaba escondido, a unas yardas, entre unos macizos de plantas. Al rato de irte, al instante, llegó un coche de color negro y se apeó un individuo; no le pude ver la cara, porque llevaba subidas las solapas del abrigo, y el ala del sombrero metida en los ojos. Pero sí, mientras él recogía el dinero, pude acercarme a echarle un vistazo a la matrícula de su coche. Me quedé con el número, y lo tengo en la cabeza. Con hacer unas cuantas averiguaciones sabríamos quién era el dueño del coche.

—¿Qué sacaríamos con eso, Currier? —preguntó Davi, interesado, aunque sin apartar la vista del arma que lo encañonaba.

—¿Qué te parecería apoderarnos del jefe y hacerle vomitar todo el dinero que ha ido juntando a costa nuestra? Tiene que tener un buen «calcetín». A mí no me importaría «pasaportarlo» en cuanto lo viese. No tendrá muchas agallas, cuando nunca da la cara. Le estamos haciendo el caldo gordo, y yo he pensado que nosotros haríamos un buen negocio sí...

—¿Por qué no me has contado antes todo esto?

—Porque decir el número de la matrícula, bien valía algo, y ese algo es esta mujer. A cambio de ella, de que ninguno de vosotros se

meta con ella, yo os diré el número. Después de Pearson, tú eres el más avisado de nosotros, lo reconozco. A ti te tocaría tender la red para que el pez cayese. Además, ahora, has matado a Pearson, cuando iba a decir lo que tú hiciste. También estoy enterado de eso, no lo creía, pero ya sé que es verdad. Si te opones se lo «casaré» al jefe, pero que muy pronto. Y si te defiendes diciéndole lo que he fraguado, aparte de que tendrás que entendértelas conmigo, no te creería en cuanto yo le dijese que eso era un cuento tuyo para negar lo otro, aquello que te produjo unos cuantos «grandes» sin que el jefe sacase tajada.

Se hizo un silencio denso en la estancia. Davi meditaba la proposición. Observó los ojos de Currier, que sonreía bravuconamente; miró a Eve, que continuaba en el rincón, anhelante y aterrorizada; volvió a fijarse en Currier. Por último preguntó:

—¿Dónde están los otros? Hay que ponerlos en antecedentes si conviniese...

—Dejé que Percy se arreglase solo con Bayley. Ellos se fueron con el coche y yo subí por aquí, al notar que habías echado el cerrojo a la puerta y aquí había barullo. Cuando vuelvan, hálales y no te costará convencerlos. Mañana ultimaríamos el asunto. Si seguimos la pista de la matrícula llegaremos a saber quién es...

—De acuerdo, Currier. Guárdate eso y vámonos abajo.

Currier no se guardó el revólver, sino que lo utilizó para señalar la salida.

—Baja tú primero. Yo tengo que hablar unas palabras con ésta.

Davi salió de la alcoba. Solamente él sabía la verdad de sus pensamientos respecto al camino a tomar. Aparentemente estaba de acuerdo con Currier.

«El Mastodonte» dio unas zancadas, hasta acercarse a Eve, que se encogió, temiendo tanto a Currier como antes había temido al otro.

—No tengas miedo, guapa. Me tienes que agradecer lo que he hecho. No sé por qué, pero me gustas. A lo mejor será porque tienes aire de niña acabada de salir del colegio. Estoy seguro que llegaremos a ser camaradas de verdad. Pero como decían en mi pueblo: «Las cosas a su paso». Te iré domando y terminarás por comer terrones de azúcar en mi mano. Yo sé mucho de eso.

Y guiñando el ojo, a la vez que reía, volvió sobre sus pasos y salió de la alcoba, no sin antes volver la cabeza, para aconsejar:

—Echa las maderas de la ventana y atranca algo en la puerta. A Percy también lo tienes pasmado.

Eve Mains siguió el consejo al pie de la letra. Cerró la contraventana, quitando los cristales rotos, y corrió la cama, hasta atrancar con ella la puerta. Si alguien intentaba entrar, la despertaría forzosamente. Se acostó vestida, temblando, sintiendo un frío inexistente en la atmósfera, pero real en su cuerpo. Tan desagradables, amedrentadores y rápidos sucesos la mantuvieron despierta toda la noche, ansiando que llegase la oportunidad de llamar por teléfono al agente del

F. B. I.

No se le olvidaría: «Operación Azul».

V

EL PODER INVISIBLE



la mañana siguiente, los cuatro forajidos desayunaban en el *hall*. Currier, entre bocado, y bocado, explicaba a Percy y Bayley lo planeado la noche anterior con Davi. Con un gruñido de satisfacción recibió el asentimiento de los dos compinches, deseosos, también, de poner sus garras en el fabuloso «calcetín» que suponían en poder del *boss* desconocido. Con él no les unía ningún lazo, fuera del compromiso contraído con Davi, que los había reclutado entre el hampa neoyorquina y trasladado a Washington temporalmente. Si Davi estaba de acuerdo, ellos lo estaban asimismo. Donde hubiese dinero a arrebatar, allí se

encontrarían todos ellos.

Currier se entercaba en no comunicar el número de la matrícula que los conduciría al ansiado descubrimiento. Alegaba medidas de precaución, pero en el fondo existía desconfianza, el recelo natural entre rufianes de su especie. Insistía en ser él quien hiciese las investigaciones, comunicando el resultado cuando fuese oportuno.

Discutían, cuando el timbre del teléfono sonó en la sala adyacente. Davi corrió a tomarlo. Se le oía hablar, y se deducía que al otro extremo de la línea se hallaba el *boss*. Davi regresó, comunicando, algo tembloroso:

—El jefe quiere hablarte, Currier, no sé para qué. Disimula.

Currier fingió entereza, adoptando una postura de reto, como si la llamada del *boss* no fuese inquietante para él. Era un matón y gustaba de alardes ante sus compañeros de crímenes. Muy despacio, contoneándose, fue hasta el teléfono, y dijo:

—Soy Currier. ¿Qué hay?

Escuchó la voz metálica del misterioso *boss*:

—Oye, Currier: ya sabes que eres uno de mis hombres de confianza. Ahora necesito de ti. No digas nada a los otros, ni al mismo Davi, y sube a la habitación que está siempre cerrada. Encontrarás la llave encima del «termo» de la cocina. En la habitación hay un cuadro, que representa un guerrero con armadura. Lo levantas, tirando de él, y aparecerá una caja de caudales. La clave es dos-siete-a-tres-uno; no lo olvides, o apúntalo. Dos-siete-a-tres-uno. Gira después el volante y tira. Dentro encontrarás varios sobres. Uno de ellos contiene documentos que me interesan mucho, con urgencia. Esta tarde te llamaré, diciéndote dónde has de dejármelos, para que yo los recoja. ¿Has comprendido?

—Sí, jefe —asintió Currier, pavoneándose de orgullo por la especial misión encargada; interiormente llevaba un sentimiento de inferioridad hacia todo lo que significase misterio o astucia.

—Pues hazlo ahora mismo y no tardarás en recibir tú recompensa.

Sonó el «clic» característico, al ser colgado el otro aparato. Currier salió de la estancia, dudando en decir algo a sus compañeros. Fuera de la influencia de la voz metálica, que en su imaginación primitiva despertaba el respeto a lo desconocido,

volvió a ser «el Mastodonte» brutal y estúpido. Echándose a reír a carcajadas, contó a sus compañeros el encargo recibido del jefe. Más de una vez, cada uno había pensado forzar la puerta de la habitación que estaba siempre cerrada. No lo habían hecho por temor al castigo del jefe.

Se precipitaron a la cocina, a la carrera, atropellándose y riendo. Currier, más corpulento, consiguió dar un zarpazo a Percy, que le sacaba delantera, y echarlo atrás. Se subió al fogón y miró encima del «termo». Allí había una llave aplanada, cubierta de polvo.

Mostrándola victoriosamente a sus compañeros, se echó abajo, regresaron de nuevo al *hall* y subieron los escalones de tres en tres, hasta el piso superior. Pasaron por delante de la alcoba de Eve Mains, de la que en aquellos momentos no se acordaban, y se detuvieron frente a la puerta del fondo del corredor.

Currier introdujo la llave en la cerradura y al momento abrió la puerta de par en par. Encendieron un fósforo, y a su luz hallaron el interruptor. Una habitación bien amueblada, aun cuando todo estuviese cubierto de telarañas. Varios cuadros pendían de las paredes, reproducciones de obras maestras. En la pared de la izquierda, junto a la ventana, con las maderas cerradas, un cuadro representaba un guerrero de la Edad Media, cubierto con una armadura de pies a cabeza.

—¡Ahí está! —gritó Currier, excitado—. Dejadme. Yo sé la clave. Y si encontramos dinero, no olvidéis que tengo que llevarme la mitad; para eso os he enterado.

Agarró una silla, utilizándola como pedestal, pues el cuadro estaba relativamente alto. En tal postura, le quedaba a la altura del pecho. Tiró del marco, dorado y polvoriento, y encuadro giró suavemente sobre unas bisagras invisibles, dejando al descubierto la puerta metálica de una pequeña caja de caudales empotrada en la pared.

Subido en la silla, Currier miró hacia abajo, a sus compañeros, que aguardaban anhelantes. Lucía en su expresión una alegría casi infantil.

—¿Habéis visto? Y ahora seguiréis viendo.

Recordando la clave, comenzó a hacer girar los dos discos. Por último dio unas vueltas al volante, hasta oír un chasquido significativo. Tiró hacia sí de la puerta y entonces...

Entonces sonó una detonación estruendosa. Currier se tambaleó en lo alto de la silla, llevándose las manos al pecho, con una mueca de dolor retratada en su feroz cara. Las retiró y se las miró, con asombro: estaban manchadas de sangre. Un juramento horroroso se escapó de sus labios contraídos por el dolor que le barrenaba el cuerpo.

Los otros habían dado un salto atrás, asustados del estampido, e instintivamente tomaron precauciones, como si se enfrentasen a una legión de policías armados.

Currier maldijo por segunda vez, quiso agarrarse a la abierta puerta de la caja. Vaciló y perdió el equilibrio, cayendo al suelo con estrépito y arrastrando la silla. Su vigorosa constitución no se sometía al efecto de la herida producida por el proyectil encajado en el pecho. Currier se puso de rodillas y consiguió erguirse. Parecía un gigante legendario, herido de muerte, mascullando frases ininteligibles. Con torpe paso, buscando la salida de aquel lugar de muerte, se encaminó hacia la puerta, ante la sorpresa de sus compinches. No llegó a pisar el umbral. Con un gemido hondo, expulsó un chorro de sangre por la boca, que le manchó la ropa y el suelo. Vio la sangre, miró a sus compañeros, como dudando de que aquello fuese cierto. Dio un paso adelante y no pudo echar el otro pie. Giró en redondo y se desplomó, quedándose exánime en el piso. Con los ojos abiertos y vidriosas las pupilas como si aún la vida lo retuviese, imponía su presencia.

Tardaron sus compañeros en reaccionar. No comprendían nada de lo sucedido, aun cuando habían visto brotar una llamarada del interior de la caja. ¿Por qué Currier había sido condenado a muerte por el *boss*?

Davi, haciendo acopio de energía, avanzó hasta llegar a la silla volcada. Levantó la cabeza, para mirar con temor supersticioso la alta cavidad. Elevando el brazo derecho, de un puñetazo cerró la puerta, y de otro, el cuadro. Sabía de los sobres unidos por un cable a una bomba en el fondo de un maletín, y él no quería meter la mano por sí...

—¡Afuera, muchachos! ¡Vamos con éste! —ordenó con voz bronca a sus secuaces, deseando salir cuanto antes de aquel ambiente enrarecido.

Entre los otros dos alzaron el cuerpo de Currier y lo bajaron por

la escalera, mientras Davi se encargaba de echar la llave a la cerradura. Su cerebro trabajaba activamente, tratando de adivinar el motivo de que el *boss* sentenciase a muerte a Currier. Motivos tenía el jefe más que suficientes, por sus planes traicioneros, pero ¿cómo se había enterado...?

Discutían la forma de desprenderse del cadáver cuando el timbre del teléfono volvió a llamar. Davi se apresuró a tomarlo. Era el jefe.

—¿Dónde está Currier?

Tartamudeando, Davi le explicó lo sucedido, ocultando que ellos le habían acompañado.

—Oímos el disparo, subimos y lo hallamos dentro de la habitación de usted, muerto, con un balazo en el pecho. Había un cuadro levantado y una caja fuerte abierta. Yo... yo la cerré, sin mirar lo que había dentro. Ahora no sabemos qué hacer con él.

—Tenedlo ahí hasta que se haga de noche. Quitadle todo, hasta la etiqueta de la ropa, y que esos dos se lo lleven por ahí. Échalo también al río. Y ahora escucha, Davi: lo sucedido a Currier os puede suceder a vosotros sí, en adelante, tramáis algo contra mí. Yo estoy en todas partes y me entero de todo.

Un escalofrío recorrió la medula espinal de Davi al oír las amenazadoras palabras del *boss* pronunciadas en un tono siniestro.

—Yo... yo... nosotros... nosotros no... Es que Currier...

—No necesito explicaciones. ¡Ya os he avisado! Hablemos de Eve Mains. Tengo respecto a ella un plan que...

Y a continuación, Davi escuchó otro más de los astutos planes que forjaba la mente del diabólico y misterioso jefe.

Al colgar el aparato, terminada la comunicación, Davi se serenó en parte. El castigo no se alargaría hasta él.

En el *hall* dio instrucciones a Percy y a Bayley, e indicó a éste que preparase rápidamente el desayuno para Eve Mains.

Subió al piso superior y llamó a la puerta de la alcoba, empujando seguidamente. No pudo entrar.

—¡Ábreme! ¡Soy Davi y necesito hablar contigo enseguida!

Unos momentos después, Eve aparecía en el umbral, con profundas manchas violáceas ensombreciéndole los párpados, arreglada y peinada.

—¿Qué desea? —preguntó, con un hilo de voz.

—Van a traerte el desayuno. Y tenemos que hablar nosotros dos.

Penetró en el dormitorio. La cama estaba en su lugar y abierta la contraventana. Davi notificó a Eve:

—El jefe me ha encargado que se te trate bien y no se te moleste en ningún sentido. Yo procuraré que así sea, empezando por mí. Parece ser que tiene especial interés porque permanezcas a gusto con nosotros.

—Yo quiero marcharme —afirmó la joven, excitada—. Necesito hablar con él, enseguida. Él no puede encerrarme aquí.

Davi la sujetó por un brazo, reconviéndola casi suavemente; aún él estaba bajo los efectos de lo anteriormente sucedido y había perdido parte de su irritabilidad. Se consideraba vuelto a la vida y no deseaba recibir otra reprimenda, o un castigo, del *boss*.

—Perdónanos nuestras impertinencias de anoche. Currier tampoco te fastidiará más; ya no volverás a verlo.

Hubo en el semblante atormentado de Eve un gesto de inquietud.

—¿Quién disparó? ¿Qué ha pasado?

—Currier ya no existe —fue la concisa respuesta de Davi.

—¿Lo mató usted?

—No. El jefe se enteró de todo aquello que dijo aquí anoche, no sé cómo, y le ha tendido una trampa.

Eve Mains no lamentó la desgraciada suerte de Currier, pero consideró perdida la ocasión de conocer el número de la matrícula del coche usado por el *boss*. Al agente del

F. B. I.,

le habría interesado mucho...

—¿Cómo pudo enterarse de lo dicho por Currier?

—No lo sé. Él lo sabe todo. Y me ha encargado que te compre la ropa que necesites. Buena ropa. Hazme una lista, e indica medidas.

—¿Para qué? —preguntó Eve, más que extrañada.

—Querrá presentarte en sociedad —repuso el *gángster*, irónicamente—. Hazlo y no me busques complicaciones.

Media hora más tarde, Eve Mains quedaba a solas en su habitación, después de haber entregado a Davi una relación de las prendas que necesitaba para «ser presentada en sociedad» y luego de haber desayunado.

La joven se hallaba más tranquila; encontraba más tratables a los forajidos, que ya no la consideraban como fácil presa, sino como

protegida del *boss*. Bullía en su cerebro una idea: ¿cómo podía haberse enterado de los planes traidores de Currier? Pensaba y meditaba, y no hallaba la solución del misterio. De súbito recordó una frase del jefe, cuando habló con ella por teléfono, la tarde anterior: «¿Por qué demonios está usted con esa cara?»

«¿Por qué, demonios, está usted con esa cara?», se repetía la joven, mientras su vista se distraía con el paisaje del descuidado jardín. Sí, el jefe había dicho eso. Eve lo recordaba ahora perfectamente, pasada la excitación y el terror primeros.

Fulminante como un rayo, penetró en la mente de Eve la realidad: ¡el *boss* la estaba viendo, mientras hablaban por teléfono! Habría utilizado un aparato televisor o, más simplemente, una abertura disimulada en alguna de las paredes de la habitación del piso inferior, en cuyo caso, el misterioso criminal entraba y salía en aquella casa sin que sus secuaces lo viesan. Enterarse de lo dicho por Currier también quedaba evidente: el jefe disponía de micrófonos ocultos en las habitaciones, con el fin de saber lo hablado por sus hombres. Cualquier palabra que se dijese en aquella casa era oída por el criminal oculto en el anonimato.

Estas deducciones, poco erróneas sin duda alguna, interesarían mucho al agente del

F. B. I.

Por un momento pensó aprovechar la salida de Davi para bajar con algún pretexto y buscar la ocasión de hallarse a solas en el *hall*, para hablar por teléfono. Desechó tal propósito: si se ponía en comunicación telefónica con el

F. B. I.,

también la oiría el jefe y, entonces, todo estaría perdido. Necesitaba salir a la calle y utilizar un aparato público.

En consecuencia esperó contenta el regreso de Davi con la ropa encargada, pues aquello significaba que saldría en breve plazo.

El sol comenzó a brillar más intensamente, al menos, así lo creyó Eve Mains.

VI

UN HOMBRE MUERE A MANOS DE...



L «Chrysler» conducido por Davi corría a moderada velocidad por las calles de Washington, tranquilas y casi solitarias a aquellas altas horas de la noche. Junto al forajido, sentada en el *baquet*, Eve Mains, con vestido de *soirée* y cubiertos los desnudos hombros por una capa de armiño, distraía su mirada en el encanto especial de la ciudad. Le gustaban de Washington sus amplias calles, bordeadas de árboles, con edificios rodeados de jardines, haciendo de la capital de los Estados Unidos una población atractiva, hasta pueblerina, en discrepancia absoluta con los bloques gigantescos de Nueva York, Chicago y otras ciudades de aspecto cuartelario.

Davi había aparecido a media tarde, cargado con cajas y cajas de prendas y vestidos, que resultaron haber sido elegidos con cierto gusto. Luego, tras la cena, la ordenó que se arreglase para asistir a una entrevista con un personaje al que convenía sobornar, siendo útil la presencia de una mujer. Eve, ocultando su deseo de salir, había opuesto reparos, pero Davi alegó enseguida que se trataba de un mandato del jefe.

El coche recorría calles cada vez más lejanas del centro de la capital, desconocidas totalmente para Eve. Davi fumaba y conducía en silencio, hasta que, llevándose la mano al bolsillo izquierdo de su chaqueta, sacó una diminuta automática y se la ofreció a Eve, diciéndole:

—Toma esto. Conviene que la guardes en tu bolso, por si ocurriera algo...

Al débil resplandor que emitían las bombillas del tablero de mandos se vio vacilar a la joven.

—No, yo no...

—El jefe lo quiere. Está muy preocupado por tu salud —comentó el *gángster*, con una sonrisa—. Lo primero que me encargó fue que te diese un «cacharro». Y cuando él lo dice, por algo será. Tú obedece, y mételo en el bolso. ¿Qué trabajo te cuesta hacerlo?

Los simples razonamientos de Davi, apoyado siempre en el poder del *boss*, convencieron a la joven de la inutilidad de originar una disputa en aquellos momentos que más necesitaba dar pruebas de sumisión, con el fin de buscar el instante propicio para escapar.

Entraba el coche en una calle de las afueras, con suelo asfaltado, cuando Davi torció el volante a la izquierda, enfrentando el «auto» con la puerta de una valla de madera. Los faros iluminaron un pequeño jardín y, al fondo, un palacete de tres pisos.

El *gángster* se apeó para abrir la puerta, y volvió a ponerse al volante, conduciendo el coche por un paseo cubierto de grava, deteniéndose junto al pórtico del edificio, de líneas coloniales.

—Hemos llegado, Eve. Apéate.

A las pulsaciones en el timbre, un hombre salió, saludando con efusión a Davi, y galantemente a la joven. Pasaron a un pequeño vestíbulo, adornadas sus paredes con cabezas de ciervo e iluminado con una lámpara de brazos que semejaban ramas de encina. A su luz, Eve se fijó en el individuo, presentado como Harding. Era bajo,

obeso, de escasa cabellera, y vestía de *smoking*. Un «tick» nervioso guiñaba a intervalos el párpado superior de su ojo derecho.

—Pasen, suban conmigo, por favor —les invitó con voz ronca, de persona habituada a paladear en abundancia fuertes licores.

En tanto que la joven subía por la escalera, delante de los hombres, pensaba en la posibilidad de que aquel hombre fuese el misterioso jefe. En su tono de voz había la coincidencia de la ronquera con la del hombre que daba siempre las órdenes por teléfono. Se propuso observar hasta los menores detalles. Tal vez, de aquella reunión, obtuviese datos importantísimos a proporcionar al apuesto agente del

F. B. I.,

que no se apartaba de su memoria.

En el piso primero, en una habitación amplia y coquetonamente arreglada, con las ventanas cerradas, tomaron asiento, deshaciéndose el anfitrión en ofrecimientos y lamentándose de que los criados estuvieran ya dormidos, dado lo avanzado de la hora. Obligó materialmente a la joven a degustar un *cognac* de marca francesa.

Davi parecía nervioso y daba vueltas a la copa entre sus dedos. Carraspeando previamente, comenzó a decir:

—Amigo Harding: ya sabe quién nos envía. Esa misma persona me encargó que le avisase de esta visita, como hice esta tarde. Usted sabe el interés que hay en sacar libre de culpa a nuestro amigo. Usted será el juez del Tribunal que lo va a juzgar mañana, y la persona que me envía vería con mucho gusto benevolencia en su sentencia. La recompensa sería...

Harding quedó un instante sorprendido a las primeras palabras de Davi; pero enseguida le interrumpió, diciendo:

—Me desconcierta usted con su proposición, hecha...

Davi sonrió canallescamente.

—Perdone; es mi forma de ser. Nuestro común amigo me encargó de esta misión. Él dijo que usted ya había hecho otros «arreglos», y pensé que no era necesario andarse con rodeos. Llamemos a cada cosa por su nombre y... en fin, vamos al grano. ¿Cuánto quiere usted por declarar inocente a ese pobre muchacho que mañana se sentará en el banquillo?

El rechoncho individuo miró con aire de preocupación a Eve.

—¿Era imprescindible que esta señorita —matizó lo de «señorita»— estuviera presente en el «arreglo»?

—Es de confianza total. Además, siempre suaviza los tratos, la presencia de una mujer, ¿no cree? Usted podría guardarse el dinero, y mañana enviar al «hotel» a nuestro hombre por veinte años. Esta señorita servirá de testigo.

El rostro de Harding comenzó a congestionarse. Se retorció las manos nerviosamente, y optó por tomarse otra copa del *cognac* tan alabado.

—¿Cuánto? —preguntó, brillando en sus ojillos, rodeados de grasa, una luz de codicia.

—Dos mil.

—Con eso no tengo para una semana. —Cuatro mil, de aquí no paso— aseguró Davi firmemente.

—¡Eso no es nada! ¡Una miseria por un favor tan grande! —exclamó Harding, poniéndose en pie—. Tengo que preparar a los miembros del jurado; no todo depende de mí.

—¡Cuatro mil! —repitió Davi, con monótona voz.

—¿Qué se ha creído su jefe? —estalló en cólera el obeso hombrecillo—. ¿Qué por una porquería así voy a jugarme mi prestigio una vez más? Este caso no es como los anteriores. Hay muchas pruebas en contra del acusado y costará mucho echarlo a la calle.

—¡Cuatro mil! —insistió Davi, inmóvil como una estatua.

Eve, que escuchaba en silencio, creyó que Harding iba a sufrir un ataque de ira. El juez apretaba los pequeños puños y golpeaba el respaldo de su butaca.

—¡No, no y mil veces no! Eso costará diez mil.

—Cuatro mil, o alguien juzgará y sentenciará a un juez —amenazó Davi fríamente, asaeteando con su mirada de criminal a Harding.

La cólera del juez llegó al colmo. Chilló casi histéricamente:

—¿A mí con amenazas? ¿A mí? ¡Ahora va a ver de lo que soy capaz! ¡Usted y ésa van a parar en la cárcel, por intento de soborno!

Y con pasos rápidos, aunque cortos, se dirigió al teléfono que había en un rincón de la estancia, sobre una mesita.

Davi pareció poseer músculos de acero. Se puso en pie de un salto y corrió detrás de Harding. De un salto final se le echó encima,

derribándolo y cayendo ambos al suelo. El juez se defendía bien, pese a su gordura, y respondía con patadas y mordiscos al ataque fiero del *gángster*. Eve, asustada, se levantó también y contemplaba la lucha, sin saber qué hacer. Pensó huir, pero tendría que pasar al lado de los contendientes, para alcanzar la puerta de salida.

Davi, más fuerte y joven, tenía ya debajo a Harding, cuando éste hizo un movimiento extraño, se sacó algo de un bolsillo y golpeó con ello el cráneo del forajido. Davi disminuyó la presión de sus manos, y un nuevo golpe lo derrumbó en el piso.

Empuñando un revólver, el juez se puso en pie, gritando a Eve con alegría maligna:

—Os creíais que iba a estar desprevenido, ¿verdad? Cuando se trata con rufianes hay que estar precavido. Tú también irás a la cárcel, por cómplice de este criminal.

La sangre se heló en las venas de la joven.

Se veía ya entre rejas y oía los comentarios de la gente de su pueblo. Todo el mundo se enteraría y le escupiría a la cara, cuando saliese, después de varios años de...

—¡No! No haga eso, por favor. Yo le explicaré... Yo...

El hombrecillo la retiró de un empujón, haciendo caso omiso de sus súplicas, y descolgó el aparato, comenzando a marcar un número; había dejado su revólver en la mesita.

—¡Oiga! ¡Oiga! Aquí el juez Harding. Sí, sí, que se ponga el teniente enseguida.

Y de espaldas a la joven esperaba que la persona llamada acudiese al otro extremo de la línea.

Davi comenzó a rebullirse en el suelo y abrió los ojos. Tuvo que percatarse enseguida de lo que ocurría, pues se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón. Hubo un gesto de rabia en su faz canallesca; había olvidado su arma. Miró con desesperación a la joven.

El juez volvió a hablar:

—¿Teniente? Soy el juez Harding.

—Sí, sí, muy urgente. ¡Escuche! Tengo aquí, en mi casa, a dos «pájaros» de cuenta que han intentado sobornarme y hasta matarme. Envíeme enseguida...

Mientras el juez seguía dando instrucciones, Davi, aún caído en el suelo, susurró a Eve Mains:

—¡Asústelo! ¡Asústelo! —Y con el índice señalaba el bolso que la joven sostenía en las temblorosas manos.

Ella comprendió enseguida. Su cerebro estaba confuso. En su mente se barajaba la posibilidad de que aquella detención fuese conveniente, pues se aclararía todo y el agente del

F. B. I.

la justificaría ante el Tribunal. Pero, el temor a ser abandonada, el pánico que la estremecía, el miedo a la prisión preventiva hasta que... la insistencia de Davi... la impulsaron a abrir el bolso y sacar la automática.

El juez, de perfil, sostenía en la mano izquierda el aparato, y con la derecha tocaba la culata de su revólver.

—¡Cuelgue! ¡Cuelgue! —gritó Eve, oyéndose a sí misma como a un extraña; le pareció que su voz era de otra persona.

El juez se sobresaltó, y su reacción fue coger el revólver para defenderse. Su movimiento alteró aún más a la joven, quien, arrastrada por el instinto de conservación, apretó el gatillo de su pequeña automática. Oyó la detonación y vio que el juez daba una sacudida, soltaba el revólver y el aparato, y se llevaba las manos al costado izquierdo, murmurando:

—¡Me has matado, maldita! ¡Me has matado...!

Éstas fueron sus últimas palabras, pues se desplomó, golpeándose fuertemente contra el suelo.

A no ser por Davi, que acudió a ella, Eve habría permanecido horas enteras mirando estúpidamente el cañón del arma que asía.

—¡Vámonos enseguida! ¡La Policía no tardará en llegar! —aconsejó Davi, cogiéndola de la muñeca, y arrebatándole la pistola con la otra.

Como somnámbula, la joven salió de la estancia, aún con la visión del voluminoso cadáver tendido en el suelo, en una postura que sería cómica si no hubiese sido macabra.

—¡Aprisa! —insistió Davi, empuñando la automática—. Si los criados han oído el disparo...

Arrastrada materialmente por el *gángster*, la joven descendió la escalera. No había nadie en el vestíbulo. Lo atravesaron corriendo. Davi empujó a la joven al interior del coche, y se puso al volante, después de haber abierto del todo la puerta de la valla. Salieron del jardín a gran velocidad y a punto de estrellarse.

Durante el trayecto, Eve, en el asiento posterior, permanecía con el rostro oculto entre las manos, sacudidos sus hombros por los sollozos. Tras la tensión nerviosa, comenzaba a irrumpir en ella, la depresión, la debilidad suma por el asesinato cometido. «¡He matado! ¡He matado!», se repetía mentalmente. Aún seguía sin comprender cómo pudo ocurrir aquella horrible escena, en la que había resultado ser la protagonista final. Como si su retina tuviese la propiedad de recordar, creía ver el cadáver de Harding tendido en el piso.

—¡Estamos en casa! —oyó decir a Davi.

Se retiró las manos de la cara y comprobó que era cierto; ella ni siquiera había notado que el coche estaba detenido.

—¡Vamos! No te preocupes demasiado; después de todo, el juez era un sinvergüenza. Aquí, con nosotros, nadie te encontrará ni nadie sabrá lo sucedido, excepto el jefe y nosotros dos —manifestó Davi, hasta con dulzura, tomándola de un brazo y ayudándola a descender del vehículo.

Como una niña desvalida, así fue conducida Eve a su alcoba. Davi la dejó echada sobre la colcha del lecho y llorando.

No habría transcurrido media hora en aquella postración, cuando oyó que alguien llamaba a su puerta. Entró Davi, anunciando concisamente:

—¡El jefe quiere hablarte! ¡Ya está enterado!

Con un gesto de resignación, la joven descendió a la planta baja; el destino había podido más que ella.

—¡Diga! —musitó en el teléfono.

—Oiga, señorita Mains: Davi me ha contado lo sucedido en casa del juez Harding. Ha sido un verdadero fracaso. La Policía se pondrá en acción mañana mismo y usted correrá peligro si comete una indiscreción. Yo soy el único que puede salvarla. Sí cuento con su ayuda, lo conseguiré.

—¿Qué he de hacer? —Interrogó Eve, débilmente, hablando, en realidad, su instinto de conservación, pues su mente aún estaba oscurecida y no hallaba un destello de solución.

—Seguir por entero mis órdenes. De este asunto no debe usted hablar nunca; olvidarlo en absoluto. Y no cometa la tontería de dejarse llevar por el remordimiento: iría usted a parar a la silla eléctrica. Matar a un juez no es matar a un cualquiera. Sí usted me

traicionase, recuerde que Davi fue testigo, y además, en la pistola figuran sus huellas. Guardaré esa arma y la enviaré con una nota «explicativa» a la Policía, en cuanto usted intente hacerme una jugarreta o me desobedezca.

—Yo... yo no...

—¡Escúcheme! La casualidad ha hecho que usted esté a mi merced. Permanecerá ahí hasta que yo ordene lo contrario. Y en la fecha que Davi le indique, usted comenzará a prestar sus servicios; por ellos recibirá dinero, mucho dinero. Tendrá usted todo cuanto puede apetecer una mujer —aseguró la voz metálica del *boss* al otro extremo del hilo.

—¡No puedo! ¡No podré! Yo no quiero hacer más daño —se rebeló la joven, llorando.

—No sea estúpida. No la obligaré a cometer nada ilegal; para eso tengo a los «muchachos». Como le decía, en cuanto Davi se lo indique, usted me hará el primer servicio. Hay aquí, en Washington, un senador llamado

O'Connor,

que está presionando en el Senado para conceder más dinero al F. B. I.

Ese

O'Connor

es un intrigante maldito, que se ha propuesto secundar al director del

F. B. I.,

para dar una batida general a todos los «fuera de la ley». Yo tengo intereses creados, y necesito conseguir conocer los propósitos de

O'Connor,

para desbaratárselos en el momento oportuno. Dispongo de influencias políticas. A él le gustan mucho las mujeres. Si él comete una inmoralidad y se hace pública, perdería totalmente su reputación, y cuanto dijese sería en balde. Aquí entra usted en juego. Hará amistad con él; Davi conseguirá la presentación. Luego, enrédelo, enamórelo y llévelo a la perdición, sin reparar en nada. ¿Me entiende? ¡En nada! ¡Es una orden! Y ahora, la última advertencia: no utilice el teléfono, no escriba a nadie, ni a sus familiares. Davi y los otros tienen instrucciones para evitarlo de una forma que a usted le agradaría muy poco.

Antes de que Eve Mains pudiese replicar, sonó el chasquido característico al ser colgado el otro aparato.

Durante unos momentos, Eve permaneció con el aparato en la mano, insensible a todo lo exterior, anonadado su cerebro. Se daba cuenta de que había pasado a ser una marioneta más en aquel tinglado dispuesto por el misterioso jefe criminal.

VII

UN ENCUENTRO INESPERADO



EYNOLD Skye se llevó el cigarrillo a los labios, en tanto paseaba la vista por los numerosos concurrentes al

Ciro's,

que bailaban en la pista una de las últimas composiciones musicales, estridente y movida como todas las modernas.

Ciro's,

cabaret de elevada categoría en Washington, ofrecía aquella noche una gran animación. Las damas, de *soirée*, y los hombres, de

etiqueta, parecían ignorar que el mundo se debatía en luchas diplomáticas y en combates guerreros. Muchos jóvenes norteamericanos continuaban cayendo en los frentes de Corea; muchas eran las parejas allí reunidas, que reían y se divertían en el suntuoso ambiente de la sala de baile.

Reynold Skye se hallaba sentado a una mesa situada en un rincón. Vestía de *smoking*, y tenía ante sí una copa de licor. Su pensamiento estaba ausente del espectáculo. Había ido a

Ciro's

por costumbre; algunas veladas las pasaba allí, buscando distracción en el bullicio y en el trato con mujeres habituadas a «flirtear». Su jefe directo, Tarleton, había asegurado, con razón, que Skye era uno de los mejores agentes especiales del

F. B. I.,

pero también un conquistador de corazones femeninos.

No obstante, a Skye, aquella noche, no le seducía buscar una aventura amorosa. Le tenía preocupado, mucho, la reciente entrevista tenida con Hoover y con Tarleton. El director del

F. B. I.

le había reprochado por tercera vez su error al confiar en una mujer como Eve Mains; Tarleton, asimismo, parecía haber perdido en él su antigua confianza. En parte llevaban razón: habían pasado diez días desde su encuentro con la joven, el único, y todavía ella no había dado señales de vida. Reynold empezaba a temer que, por una vez, su cacareado conocimiento de las mujeres, le había jugado una mala partida, dejándolo en ridículo.

Hasta había creído ver una sonrisita irónica en el semblante de Tarleton, aún más mortificante que las palabras serenas, pero severas, del director del

F. B. I.

La situación se agravaba por momentos, pues las pesquisas realizadas en los expedientes de los delincuentes fichados en el

F. B. I.,

habían proporcionado tal cantidad de sospechosos, que un enjambre de agentes especiales se dedicaba a seleccionar los más destacados y a investigar a ciencia y paciencia sus idas y venidas. No se vislumbraba ningún resultado positivo por este derrotero.

Paralizóse el curso de los pensamientos de Reynold Skye. Los

dedos de su mano derecha se cerraron fuertemente alrededor de la copa. No se atrevía a dar crédito a sus ojos. ¡En la pista, bailando con el senador

O'Connor

se hallaba Eve Mains!

El agente se puso en pie, con el fin de valerse de su estatura para comprobar el descubrimiento. Sí; no había duda. Era Eve Mains, ataviada con un elegante vestido de noche, y sonriendo y charlando con el senador

O'Connor.

Skye recordaba a éste de su encuentro en casa de Hoover. Recordó también las bromas acerca de su poder sobre las mujeres.

Reynold tuvo que contenerse para no entrar en la pista e interrogar a Eve sobre su falta de noticias. No le interesaba poner la intriga en conocimiento de

O'Connor.

Convenía esperar, aguardar a que el baile terminase, o la pareja saliese del *cabaret*; seguiría a la joven y se enteraría de su domicilio. Mientras tanto, no la perdería de vista. Volvió a sentarse.

Durante un cuarto de hora, la pareja vigilada no cesó de danzar. A Skye le repugnaba, sin saber por qué, que Eve Mains dedicase tantas sonrisas al vejstorio del senador, como él lo consideraba. La interrogante había surgido en el cerebro del agente, desde el primer momento de verlos: «¿Qué relación podría haber entre Eve y O'Connor?».

Cuando el director del

F. B. I.

se enterase de aquello, lo encontraría muy interesante, sin duda alguna.

La orquesta cesó de tocar, y las parejas fueron saliendo de la pista. Eve Mains y

O'Connor

se dirigieron a una mesita situada a la derecha de donde se hallaba sentado Skye, pero más en el centro. Este último vio que el senador acercaba la silla a su acompañante, y después, en vez de tomar asiento, se separó para acercarse a saludar a dos individuos que estaban junto a la orquesta; probablemente, conocidos suyos, a los que había visto mientras bailaba.

Skye creyó propicia la ocasión de aproximarse a Eve Mains. La orquesta había reanudado su «producción de ruidos» y las parejas formaban una barrera humana entre el senador y la mesita ocupada por la joven.

Eludiendo los encontronazos con los diligentes camareros, Skye se acercó a Eve, saludándola:

—¡Hola!

La joven estaba distraída y el saludo la estremeció. Quedóse pálida al ver a Skye. Sus labios temblaron visiblemente. El agente especial se sentó en la silla más cercana a la joven, y no quiso perder tiempo en preámbulos. Seriamente preguntó:

—¿Cómo no me ha llamado usted al teléfono que le di? ¿Dónde ha estado? ¿Qué pasó? ¿Qué hace aquí?

Las interrogaciones semejaron una andanada de cañonazos. Eve, turbada, no contestaba y seguía manteniendo fija su mirada en los ojos del agente del

F. B. I.

Su estupor la había dejado muda. Skye insistió, duramente, pues temía el regreso de

O'Connor:

—¡Conteste! ¿Qué ha pasado?

Al fin, con expresión de terror incontenible, la joven repuso:

—¡Márchese! ¡No sé de qué me habla!

—¿Cómo que...? —dijo Reynold, sorprendido ante tal desfachatez.

—No le conozco. ¡Márchese! ¡Estoy acompañada!

Tras tantos días de desconcierto y de reproches de sus superiores, los nervios de Reynold no estaban para contemplaciones. Rudamente agarró la muñeca de la joven y amenazó:

—Si no habla, la arrestaré y la llevaré conmigo a declarar. ¡Explíquese!

La explicación no pudo darse, pues el agente vio en los ojos de Eve una expresión distinta; su mirada había cambiado de dirección. Retiró la mano rápidamente y volvió la cabeza: el senador

O'Connor

se acercaba con un gesto de extrañeza al ver acompañada a su pareja.

Reynold se puso en pie y disimuló con una sonrisa.

—¡Caramba, qué sorpresa, senador! ¿Qué hace usted por aquí?

O'Connor

estrechó la mano del agente especial y repuso, jovialmente:

—Eso mismo digo yo. ¿Qué hace usted en mi mesa? Si mal no recuerdo, nos conocimos en casa de Hoover, el director del

F. B. I.

Perdóneme, no recuerdo su nombre, aunque sí su cara y sus palabras de entonces.

—Skye, Reynold Skye.

—¡Claro es! Por cierto, que le veo dispuesto a mostrarme sus aptitudes de galanteador. Pero, por favor, no haga sus experimentos con mi pareja. ¿Se conocían ustedes?

—No, no —protestó vivamente la joven, de cuyo rostro no desaparecía la expresión de susto.

—¡Ah! ¿La había elegido usted como «conejo de Indias»? —preguntó el senador, riendo a placer—. Lo siento mucho, señor Skye. Tiene usted otras lindas muchachas que no le darán una negativa. ¿Se quiere sentar?

—No, gracias. Ha sido una casualidad sorprendente; siento mucho...

El senador le golpeó amistosamente la espalda, contrastando su baja estatura, el pelo cano y la avanzada edad, con la juventud, la apostura y el cabello negro del agente especial.

—¿Qué hay del amigo Hoover? ¿Lo ha visto usted recientemente?

—No, senador. Cuando vine a Washington, le hice una visita de cumplido. Su madre era muy amiga de la mía; de esto hace ya mucho tiempo. Y no conviene descuidar a los amigos influyentes.

—Cierto, cierto —corroboró el senador, quien, a través de los cristales de sus gafas, dirigió una mirada de reojo a la callada joven.

Skye inclinó la cabeza, diciendo:

—Señorita: perdone mis impertinencias anteriores. Senador: hasta la vista. Conste que el torneo queda aplazado, pero en pie.

Y el agente del

F. B. I.,

se retiró de la mesa, volviendo a la suya para abonar la cuenta y perderse entre los concurrentes. Su propósito era de seguir a Eve

Mains hasta el fin del mundo si fuese necesario. Hablaría con ella a solas y le exigiría las explicaciones requeridas.

Eran más de las doce, cuando observó, desde un rincón de la sala, que el senador y su acompañante se levantaban y dirigían hacia la puerta de salida al vestíbulo del *cabaret*. Los siguió, procurando no ser visto por ellos. En la puerta de la calle tuvo que valerse de su experiencia en persecuciones, para salir de la zona iluminada fuertemente por el rótulo de neón y escudarse tras su coche comprado una semana antes.

Con extrañeza observó que el senador y Eve se despedían. Ella se inclinó para pasar a un «Chrysler» azul, con chófer al volante. El senador esperó a que el automóvil arrancase, y quedó en la acera, agitando la mano en señal de despedida a la joven.

Reynold no tardó más de un minuto en subir a su coche y ponerlo en marcha. La seguiría y así sabría su domicilio.

Atento al volante, el cerebro de Reynold se ocupaba también en el desconcertante comportamiento de Eve Mains. Era increíble su actitud. Una muchacha como ella, pueblerina y sin experiencia de la vida, alternaba nada menos que con el senador

O'Connor,

vestía lujosamente, tenía coche con chófer, y, además, se arriesgaba a negar su cooperación al

F. B. I.

Al enfilarse la avenida Massachusetts, Skye vio, en el espejo retrovisor, que otro vehículo, de carrocería en negro, le seguía a corta distancia. Su instinto le avisó del posible peligro, aun cuando también su instinto podía equivocarse. Se propuso no descuidarlo.

Sus temores se disiparon respecto a una persecución por parte del coche negro, cuando éste, antes de llegar a la plaza Thomas, se le adelantó, perdiéndose a lo lejos.

En el «Chrysler» azul, el chófer volvió la cabeza para decir a Eve Mains, que iba en el asiento posterior:

—¡Qué raro! Ésos nos han pasado.

Eve observó que, en efecto, el coche donde iban Davi, Pearsy y Bayley como escolta suya, les había adelantado. La joven tuvo un sobresalto. Aquello era señal de peligro para la banda.

Se divisaba, a través del parabrisas, la trasera del automóvil negro, y de súbito lució por dos veces un punto rojo, repitiéndose la

señal tras una pausa.

—¡Alguien nos sigue! —exclamó el chófer de Eve—. Ésos lo han descubierto. Hay que seguir las órdenes del jefe para estas ocasiones.

Reynold, en su «Ford», continuaba siguiendo al vehículo que llevaba Eve Mains, sin sospechar lo acabado de ocurrir. No adoptaba exageradas precauciones; un solo hombre, el conductor, no era enemigo suficiente para él.

Al entrar en la plaza Scott observó que el automóvil de Eve torcía a la derecha, tomando la calle 16, casi solitaria a aquellas horas de la noche. Para no perderle de vista pisó más el acelerador.

Comenzó a intranquilizarse realmente al rodar por los suburbios de Washington y pasar a la carretera que llevaba a Baltimore. La noche, sin luna, obligaba a encender los faros de largo alcance, si no quería exponerse a un accidente. No lo hizo, temiendo descubrir la persecución al conductor del «Chrysler», que cada vez aceleraba más.

Con los faros apagados, sin más guía que la lucecilla roja del otro. Reynold tenía que estar atento al volante. Desconocía la carretera, y en cuanto se distrajese, iría a estrellarse contra uno de los robustos y añosos árboles que la flanqueaban.

Notando que la distancia entre su coche y el «Chrysler» aumentaba, pisó a fondo el acelerador, al mismo tiempo que encendía los faros. Para no perder la ocasión de hablar con Eve, se veía obligado a descubrirse. Confió en su destreza, contrarrestando así la mayor potencia del vehículo azul.

Zumbaba el motor del «Ford» al máximo, más pronto quedó evidente que nunca alcanzaría al perseguido. Paulatinamente, la luz roja del otro se hacía más pequeña.

Al dejar atrás una curva, pasados unos minutos, el resplandor de unos faros le anunció que otro vehículo, por detrás, le pedía paso. Sin aflojar la marcha, se echó a un lado, bordeando la cuneta.

Apenas fijó su atención en el coche que se ponía a su altura, pulgada a pulgada, igual que si fuesen dos corceles en un hipódromo. Ganaba el otro y le adelantó unas yardas.

Entonces fue cuando Reynold se fijó en él. Creyó reconocer al mismo que antes parecía haberle seguido por la avenida Massachusetts. No tuvo tiempo de cerciorarse, pues el vehículo

negro, en un rápido viraje y con un frenazo en seco, se puso de costado, cortándole el avance.

A fin de evitar una colisión mortal, Reynold maniobró. Chirriaron las cubiertas del «Ford» sobre el *macadam* de la carretera y parecieron quedarse clavadas.

Prevenido, el agente especial del
F. B. I.,

distinguió a tres hombres que se apeaban del automóvil negro, brillando algo metálico en sus manos.

La reacción de Skye demostró su valía. Tardó un segundo en desenfundar su pistola, otro en tumbarse en el *baquet* y otros dos en agarrar la manilla y abrir la portezuela, tirándose de un salto a la cuneta. La rapidez de sus movimientos, le valió librarse de tres proyectiles que horadaron el parabrisas del «Ford».

—¡Se nos escapa! ¡A él! —oyó decir en voz alta.

De un instante a otro, la cuneta dejaría de ofrecerle protección. Dió un salto y se agazapó detrás del tronco de un árbol, buscando con la mirada y el punto de mira de su arma, a los agresores. Éstos avanzaban, desplegados, fuera de la zona iluminada por los faros, no obstante, Skye vio recortada la silueta de uno. No vaciló; no estaba la situación para tener contemplaciones. Tiró a matar y mató. El hombre semejó recibir una descarga eléctrica y luego se confundió con la sombra del suelo.

—¡Cada uno por un lado! —oyó ordenar a la misma voz.

Pretendían atacarle por los flancos, ya que no les convenía hacerlo de frente. El árbol no le serviría de nada. Se dejó caer, al no distinguir a sus adversarios, y comenzó a arrastrarse por un terreno áspero, sin césped, como de estar arado. Se alejaba de la carretera.

Y en la quietud de la noche, en la soledad del campo, se inició una de las persecuciones más emocionantes que registran los anales del

F. B. I.

Un hombre era perseguido por dos. Los tres estaban armados, con ojo avizor y oído atento, y en el corazón el ansia de sobrevivir a costa de lo que fuese.

Reynold seguía arrastrándose como una culebra, procurando evitar los ruidos y quebrar ramillas secas. De cuando en cuando se detenía, haciendo oído, con la sensación cada vez más punzante de

tener un enemigo a su espalda, acechándole, disponiéndose a matarlo. Era la caza del hombre por el hombre; lobos humanos que se buscaban fieramente.

Se detuvo, paralizado, al oír el ruido de un motor. Volvió la cabeza y distinguió en movimiento al coche negro. Supuso, durante una fracción de segundo, que sus enemigos habían optado por retirarse. Su esperanza no tardó en desvanecerse. El coche volvió a quedar quieto, pero ahora iluminando con sus faros el árbol que antes protegió a Reynold y el mismo terreno en que estaba agazapado.

—¡Allí! —gritó la voz anterior.

Lo habían visto sus perseguidores. El joven miró adelante. Divisó la línea de un sembrado de cereales al frente. Sobraba la prudencia, una vez descubierto. A todo correr por un terreno blando, se zambulló de cabeza en el sembrado, al sentir el silbido de los proyectiles. Quedóse quieto un momento, recobrando el aliento. Entre la espesura de las cañas les sería difícil encontrarlo.

De rodillas, cuidándose de no sobresalir por encima de las espigas, el agente avanzó, maldiciendo mentalmente de los crujidos que se producían. Escuchó: unos pasos cautelosos se acercaban. Pegado a los terrones resecos, Reynold aguardó. El enemigo, la Muerte, le rodeaba, estaba a punto de aniquilarlo. La huida ya no era posible, y se imponía la lucha, cayese quien cayese.

Preparó la pistola y se tumbó boca abajo, en dirección a la carretera, que no divisaba por Impedírselo la cortina de cañas, espesando la oscuridad de la noche.

Dejó de oír los pasos. Su adversario más próximo tomaba precauciones. Aquel silencio no presagiaba nada bueno. Reynold sentía los latidos de su corazón y el golpeteo de la sangre en los pulsos. Muchos momentos de peligro había pasado en su vida, pero el presente adquiriría tonos trágicos por la existencia invisible del enemigo despiadado. Pensó en Eve Mains y la maldijo. Ella podía haberle avisado de alguna manera, evitándole aquella encerrona. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Qué la habría obligado a cambiar, convirtiéndose en su enemiga?

Se le endurecieron los músculos al sonar como un cañonazo el chasquido de una caña de cereal; muy próximo había sonado. El enemigo...

Reynold se orientó por el ruido y apuntó con la pistola. Inmóvil, conteniendo la respiración, aguardó, aguzando los oídos, tanto, que hubiese oído el vuelo de una mosca.

Un leve roce, algo volvió a sonar y en el mismo punto. ¡Allí estaba el enemigo! Iba a apretar el gatillo de su pistola, cuando se arrepintió por razones de seguridad. Al estampido, aunque diese en el blanco, el otro forajido lo localizaría y se le echaría encima, poniéndolo en un aprieto. Le convenía usar de las manos en vez del arma. Sería una pelea silenciosa, si tenía la suerte de agarrarlo por el cuello desde el principio.

De súbito, un golpe sordo en el suelo, detrás de él. Se volvió como un tigre, para hacer frente al nuevo enemigo. Una voz interior le advirtió a tiempo: «¡Quieto! ¡Es un truco para engañarte!». Y Reynold reconoció la trampa que le acababan de tender. También él la había utilizado en algunas ocasiones. Su enemigo, con el fin de obligarle a delatarse, había lanzado una piedra al aire, esperando que el ruido de la caída terminase de romper los nervios del perseguido, incitándole a disparar a tontas y a ciegas.

Transcurrieron unos segundos de tensión agobiadora. Reynold se dominaba y esperaba. Como fruto de su poder de voluntad, oyó el rumor de unas cañas rozadas. Y sonaba en la misma dirección primitiva. ¡Sin duda, allí estaba su enemigo!

Le dio miedo avanzar, porque el otro lo localizaría. Se decidió a regañadientes. Colocando la mano que asía el arma sobre un terrón, apuntó, apretó el gatillo, giró unas pulgadas el cañón y volvió a disparar. A las detonaciones sucedieron dos alaridos de muerte, de bestia herida fatalmente. Después, quebrando el silencio, un «glú-glú»

significativo, de sangre que brota a borbotones.

Reynold, temiendo la llegada del otro, atraído por los estampidos, se fue arrastrando, describiendo una amplia curva para salir del sembrado. Eliminados dos de tus tres enemigos, no le asustaba enfrentarse con el tercero. Y su audacia le animaba a guardarse la pistola y a tratar de agarrarlo sin matarlo, con el propósito de obligarle a confesar.

Mirando hacia arriba, por entre las espigas observó un trozo del cielo estrellado y comprobó que había salido de la zona iluminada por los faros del coche. Irguiéndose sobre las rodillas, alzó la

cabeza. En el punto donde el segundo enemigo había recibido la muerte se distinguía un bulto oscuro.

Animado, tocando ya la victoria, prosiguió arrastrándose hasta dejar atrás el sembrado y llegar a la cuneta. Encorvado, a largas zancadas, rodeó su coche y luego se arrastró por la lisa superficie de la carretera. Dudaba en la decisión a tomar respecto a la forma de conseguir apoderarse del tercer perseguidor sin tener que herirlo.

La intensa luz de los encendidos faros hacía más oscura la zona en tinieblas, por contraste. Valiéndose de ello, se atrevió a avanzar al descubierto, hasta meterse debajo del automóvil negro, con la cara pegada al suelo. La cabeza le quedaba justamente debajo de la portezuela próxima al volante. Si la suerte estaba de su parte, posiblemente...

Entonces recapacitó sobre lo sucedido, notando que todo había transcurrido en pocos minutos, aunque a él, sintiéndose acechado entre las cañas, le parecieron siglos.

De nuevo tuvo que esperar, mientras su mente trabajaba en la búsqueda de una solución mejor, más como no la encontrase, se resignó a estar tumbado boca abajo sobre el *macadam*, de la carretera, teniendo encima, casi tocando con la coronilla, las planchas del vehículo. Se había guardado la pistola, y tenía adelantados los dos brazos, pegando con la mano derecha en la cubierta de la rueda.

Oyó unas pisadas, precipitadas. Al momento distinguió la silueta de un hombre, acercándose. Con la vista, le seguía desde debajo del «Chrysler», divisando solamente un par de piernas y un par de zapatos. Los vio detenerse junto a las ruedas del «Ford», luego rodear el vehículo; sin duda alguna, el forajido se cercioraba de que el «Ford» estaba desocupado.

Luego, los zapatos se aproximaron, dando también una vuelta alrededor del «Chrysler», y, por último, aparecieron ante Reynold, a unas pulgadas de sus manos.

No vaciló el agente especial del

F. B. I.

Haciendo una estirada, adelantó los brazos y sus dedos agarraron con fuerza de grilletas los tobillos del adversario, tiraron hacia arriba, levantándole del suelo, y el forajido tuvo que perder el equilibrio, pues cayó de espaldas, entrando en el campo visual de

Reynold.

El joven no perdió el tiempo en apreciaciones, sino que, arrastrándose con la velocidad y destreza de un piel roja, salió fuera del vehículo, aplastando con el peso de su cuerpo las piernas y, después, la cintura del enemigo, que había recibido un duro golpe en la nuca al ser derribado por sorpresa.

Reynold llegó a engarfiar sus manos en el cuello; no tuvo necesidad de emplearlas a fondo, pues el otro, volviendo del desvanecimiento pasajero, se vio imposibilitado para defenderse. Bastó una presión de dedos y una frase amenazadora:

—Si te resistes te estrangulo.

Centellearon los ojos del forajido en la oscuridad. Skye se preparó, tranquilizándose enseguida al ver a unas yardas, una pistola. Al caer, el otro había soltado el arma, quedándose indefenso. Ésta era la causa del centelleo en sus pupilas: sensación de impotencia.

Reynold Skye nunca había temido un encuentro de hombre a hombre, sin armas. Sus conocimientos de boxeo y de *judo*[3] le permitían triunfar de los delincuentes corroídos por la vida fácil y los bajos placeres. Dejándolo libre se puso en pie, ordenándole:

—¡Levántate y no intentes huir! No darías un paso y ya tendrías un balazo en la espalda.

Y cuando el forajido obedeció, aún atontado del golpe, el agente lo cogió del cuello, arrastrándolo hasta la zona iluminada. Era Davi, el lugarteniente del misterioso jefe. Reynold Skye ignoraba su nombre, pero sí reconoció en él a uno de los individuos que, tiempo atrás, había salido de casa de Eve Mains, escoltando a la joven con otros dos. Por su parte, Davi vio a un tipo de facciones enjutas, muy moreno, con patillas largas.

—¿Quién es usted? —preguntó roncamente.

A Reynold le irritó la pregunta. Con la fuerza de un ariete, su puño derecho se levantó, hundiéndose en la garganta del forajido y aplastándole la nuez. Davi dio dos pasos atrás, no perdiendo el equilibrio porque el agente le agarró de un hombro, volviendo a acercárselo.

—¿Qué es eso de preguntar? Tú vas a hablar ahora mismo y aprisa. ¿Quién es tu jefe?

Davi no podía contestar con un nombre, aunque hubiese

querido.

—No lo sé.

Fue un relámpago el movimiento de la mano derecha de Reynold, abierta y rígida como una tabla, golpeando secamente el cuello del *gángster*. Éste se dobló sobre sí mismo, experimentando una placidez adormecedora después de un dolor agudísimo que le recorría todo el cuerpo.

—Ya me lo dirás, perro. Ahora, vamos a tu coche, y llévame a dónde guardáis a Eve Mains. Lo demás vendrá por añadidura.

Davi era un hombre fuerte y sanguíneo, pero había sido castigado con dureza, y muy a su pesar, le faltaban fuerzas para rebelarse.

Cual un niño castigado, así fue empujado al *baquet* del «Chrysler».

—¡Vamos! Ponlo en marcha, y adelante, carretera adelante. Vi que el coche de Eve Mains seguía en esta dirección. ¿Es que tenéis por ahí alguna casa apartada? —preguntó Reynold.

Davi se apresuró a decir que sí, con gran entusiasmo; Este fue su error capital. Reynold, conocedor profundo de la psicología humana, le había jugado una treta realmente infantil, pero provechosa en la presente ocasión. Había observado la rotundidad en la respuesta del vencido, y aquello era suficiente para deducir que Eve Mains estaba en la parte contraria, en la ciudad. Adivinó, por tanto, el intento de despistarlo cuando la persecución anterior.

—Entonces, vamos a la ciudad, y llévame a ver a Eve Mains. Si antes de una hora no la he visto, puedes ir encomendando tu sucia alma al diablo.

Davi hizo ademán de maniobrar en los mandos, y de repente, atacó a Reynold con una llave inglesa sacada subrepticamente de una bolsa de la portezuela. El joven recibió el golpe en el hombro izquierdo. Encolerizado, fuera de sí, eludió un segundo ataque, agarrando al vuelo la muñeca armada. Un giro brutal, sonaron unas articulaciones y Davi soltó la llave inglesa. A continuación, un chaparrón de puñetazos le fue machacando la cara, limitándose a cubrirse con el brazo útil. Reynold Skye parecía estar loco. No cejaba en su furia bestial, y sin compasión aplicaba su enorme fuerza en cada golpe, hasta deshacerle nariz y labios.

Los ayes de Davi consiguieron al fin una tregua. Apaciguóse el

agente del

F. B. I.,

que aún sentía dolor en el hombro golpeado.

—¿Quieres algo más? —preguntó, jadeante.

—No —manifestó el vencido.

—Pues toma más, para que aprendas a no traicionar a uno del

F. B. I.

Y salvajemente, buscando el aniquilamiento absoluto en el *gángster*, tanto en su cuerpo como en su espíritu de rebeldía, reanudó la paliza, aporreándole la cabeza contra el volante y sacudiéndole golpes con la mano rígida en la nuca. Davi perdió el conocimiento, salvándose de ser desnucado.

Mientras esperaba que el otro se recobrase, Reynold encendió un cigarrillo. Daba las últimas chupadas, cuando Davi volvía en sí, murmurando palabras ininteligibles. Palmeándole las mejillas, el agente le anunció:

—¡Venga, déjate de fingimientos! Agarra el volante y llévame a dónde esté Eve Mains. Y ya lo sabes: soy del

F. B. I.,

y como me desobedezcas, juro que te sentaré en la silla eléctrica, con los huesos molidos.

Davi se pasó la mano por la frente. Se hallaba en un estado deplorable. La sangre le brotaba de boca y nariz, manchándole la barbilla y la camisa. Como no reaccionase, Reynold le aplicó detrás de las orejas los dedos pulgar y medio de la mano izquierda, y apretó. El chillido de Davi pudo muy bien oírse a una media milla de distancia, pues había sentido como un latigazo en la columna vertebral.

—No —suplicó, sumisamente.

—Arreando, entonces. ¡Eve Mains me espera!

Como un autómeta, Davi puso el coche en marcha y maniobró, aunque con torpeza, para tomar la dirección de la ciudad.

Atrás quedó, abandonado, el «Ford» de Reynold Skye.

Durante el trayecto, el joven fue interrogando al forajido, aprovechándose de su depresión nerviosa. Le volvió a amenazar, teniendo la mano levantada, más no consiguió saber el nombre del desconocido jefe. Las afirmaciones del vencido le parecieron sinceras. Davi negaba conocer al *boss* de la banda, y se perdía en

una serie de explicaciones respecto a sus sospechas sobre la identidad del que le mandaba por teléfono. Las otras preguntas que le hizo el agente del

F. B. I.,

las contestó con mentiras que se acercaban a la verdad, mentiras que Reynold no podía descubrir por carecer de datos suficientes. Al hacer referencia a cómo habían logrado la complicidad de Eve Mains, Davi repuso:

—¡Ésa es de los nuestros! ¡Ya trabajaba con nosotros cuando vivía Zach! El jefe la paga bien y ella nos hace algunos servicios.

—¡Estás mintiendo! —afirmó Reynold, no dando crédito a lo que oía.

—¿Qué interés voy a tener en engañarle? Esa muchacha no me interesa. Buena pájara está hecha. ¿La conocía usted de antes?

—¿Te importa a ti mucho? No hagas preguntas.

—¡Bueno! ¡Usted manda! ¿Me da un cigarrillo?

Conforme el tiempo pasaba, y el coche se acercaba a la ciudad, Davi había ido recobrando energías, y de nuevo su criminal cerebro fraguaba planes.

Al entrar en la ciudad, Reynold hizo otra pregunta:

—Donde está Eve Mains, ¿cuántos hombres hay?

—Uno nada más, el que conducía su coche —notificó cínicamente Davi, temiendo que el del

F. B. I.,

se atemorizase y pidiese refuerzos.

Tarleton, el jefe directo de Reynold, no había errado al manifestar a Hoover que Reynold Skye era un hombre acostumbrado a realizar las investigaciones por sí solo, sin recurrir a sus compañeros.

—Acelera y vamos allá.

Llegaron a Columbia Road. Davi detuvo el coche ante la verja. Apagó los faros por orden del agente especial. Dijo, como pidiendo permiso:

—Hay que apearse a llamar al timbre, para que abran la puerta. Son dos timbrazos largos.

—Yo bajaré —indicó Reynold, descendiendo del vehículo—. Y tú conmigo; no me fió de ti.

Ambos se aproximaron, a la puerta. Skye vio pulsar por dos

veces el botón. Regresaron al coche, volviendo Davi a tomar el volante.

La espera fue algo larga y la impaciencia consumía a Reynold.

Al fin, oyeron ruidos en la puerta y ésta se abrió de par en par. El vehículo penetró en el jardín. El hombre que había salido no pudo ver más que a Davi, pues el agente, astuto, se había agazapado en el fondo del automóvil y tenía empuñada la pistola, encañonado a su acompañante. En voz baja le advirtió:

—Si los pones en aviso, no disfrutarás del resultado.

El automóvil se detuvo ante la puerta de entrada al edificio, iluminada por un farol. Davi aguardó órdenes; no quería exponerse a morir de un disparo hecho a quema ropa.

—Llama a ése que ha salido a abrir —le indicó Reynold, en tono leve.

El *gángster* asomó la cabeza por la ventanilla de su lado y gritó:

—¡Eh! ¡Kaus! ¡Ven aquí!

Kaus era otro miembro de la banda, utilizado en casos extraordinarios, el mismo que conducía el coche de Eve Mains.

Por entre las piernas de Davi y el volante, Reynold distinguió en la ventanilla una cara de alemán, de facciones rudas y apenas sin barba. Le oyó preguntar:

—¿Ocurre algo?

El agente especial contestó por el interpelado, apoyándose en la amenaza de su arma, a la vez que se erguía:

—¡Quieto ahí y levanta los brazos!

El alemán, de mirada bovina, obedeció el mandato.

—¡Baja tú! —ordenó el joven a Davi.

También éste obedeció, desaprovechando inexplicablemente la ocasión de correrse a su derecha, saliéndose del campo visual del agente del

F. B. I.

—¡Adentro y con los brazos bien altos! —les ordenó Skye, apeándose y señalando la puerta con un movimiento de cabeza.

Siguió a los forajidos, apuntándoles con la pistola. Subieron los tres escalones y Kaus, en primer lugar, abrió de un puntapié. Detrás entró Davi. Por último, Reynold atravesó el umbral, observando que el gran vestíbulo estaba alumbrado y solitario. Se consideraba vencedor; ya estaba dentro del cubil de los *gángsters*.

Al pasar por debajo del dintel, algo culebreó en el aire, y ese algo le golpeó la muñeca con una violencia irresistible. Saltó al aire el arma. El joven quiso defenderse, pero el mismo objeto contundente se elevó y volvió a caer sobre su cabeza, en un santiamén, haciéndole hincarse de rodillas en el suelo. Fue a revolverse contra el atacante, pese al dolor que sentía, cuando Kaus y Davi se le echaron encima, aplastándolo materialmente con su peso.

Forcejeó, tuvo ánimos para clavar un directo en la mandíbula de un tercer hombre, el que le había atacado con una porra desde detrás de la puerta, y hasta que sus miembros no estuvieron totalmente paralizados, no dejó de luchar, porque le enardecía el fracaso y la rabia de haber sido vencido de una manera tan estúpida. Llovieron sobre él los golpes, más no llegó a perder el conocimiento. Su última rebeldía fue hundir los dientes en la mano que pretendía estrangularlo.

Oyó decir a Davi:

—¡Arriba con él! ¡Ya es nuestro!

Con los brazos atrás, sujetas sus piernas, y unos dedos tirándole del cabello, semejava Gulliver en el país de los enanos, pues aunque Kaus, Davi y el otro no eran despreciables físicamente, Reynold Skye era un atleta consumado, que se entrenaba todos los días en ejercicios deportivos.

Así lo probaba su tórax al desnudo, un cuarto de hora más tarde, después de haberlo atado los forajidos, y quitado la chaqueta y la camisa. En el vestíbulo, sujeto por las ligaduras a la barandilla de la escalera, y rodeándole los tres forajidos, Skye mostraba una musculatura ejemplar, abultándole los bíceps y tríceps, y sobresaliendo los dorsales por debajo de las axilas como si fuesen enormes aletas de tiburón.

Diez minutos hacía que duraba el interrogatorio, y el joven continuaba negando los puntos esenciales:

—Repito que no fui yo quien estuvo en casa de ese Zach de que habláis y tampoco tengo que ver nada con Eve Mains. Pregunté por ella, la seguí, porque el

F. B. I.,

me dio una fotografía de esa muchacha, igual que a todos mis compañeros. Creo que había desaparecido de su domicilio y era

necesario detenerla. Yo tuve la suerte de encontrarla en aquel *cabaret*.

La mano derecha de Davi cruzó la faz del agente especial, dejándole un surco blanco en su piel morena. Un relámpago de ira brilló en las pupilas de Reynold; no obstante, se estuvo quieto.

—¡Estás mintiendo, perro! Te vi yo, yo, ¡con mis propios ojos! hablar con ella en su mesa, cuando el tipo ese del pelo blanco se separó. Hasta le cogiste una mano —le acusó el *gángster*.

—Quería llevármela a la Comisaría, sin dar escándalo. Cuando vi que el senador

O'Connor

estaba con ella, ya no pude. Los políticos tienen muy malas pulgas si se les incomoda. Pregúntale al senador por qué la acompañaba.

—¡El senador! Ése ni pincha ni corta. No tengo por qué explicarte el motivo de que Eve Mains estuviera con él. Tú mataste a nuestro compañero en casa de Zach. Nos lo ha dicho ella.

—No es cierto —mintió serenamente Reynold, temiendo excitar la ira de sus enemigos—. Ponedla frente a mí; no será capaz de repetirlo. En mi vida la había visto; la reconocí por la «foto» que nos enseñaron en el

F. B. I.

Davi se dirigió a Kaus, diciéndole:

—¡Baja a la muchacha! Ten cuidado con ella; es una fiera. Y tú, Royce —mirando al otro compinche—, caliéntame en la cocina un hierro. Vamos a ver si estos *G-men* son tan guapos como dicen.

Davi estaba realmente repugnante. El castigo sufrido en la carretera, el reconocimiento de la superioridad física del agente del F. B. I.

y el afán de ofrecer un buen relato al jefe, cuando llamase por teléfono, lo tenían trastornado. En la lisa calva de su sien derecha aparecían hinchadas unas venillas, dándole un aspecto demoníaco.

Quedaron un momento a solas los dos hombres; la víctima y el verdugo. Éste, echando el aliento a Skye, le dijo entre dientes:

—Voy a cobrarme la revancha. Vas a sufrir lo que no te esperas. Ya veremos si los del

F. B. I.,

sois distintos a los demás hombres.

Se calló al ver que por la escalera descendía Eve Mains, más

asustada que nunca, apoyándose en el pasamanos. Reynold volvió la cabeza, mirando hacia arriba. Sólo halló miedo, un pánico cerval, en los grandes ojos de la joven. No podían contar con ella; más bien complicaría la situación.

—¡Baja aquí, Eve! —le ordenó Davi—. ¿De qué conoces a este hombre?

—Yo... yo...

Skye imaginó que ella, en su terror, iba a revelar la verdad. Quiso adelantarse audazmente:

—Usted no me ha conocido hasta esta noche. ¿Cuándo me vio antes de hoy? ¿Por qué ha engañado a...?

El puño de Davi se incrustó en la boca del agente especial, machacándole los labios.

—¡Calla, maldito! Deja que ella conteste —y alargando el brazo derecho, alcanzó a la joven y la hizo descender bruscamente los dos últimos escalones. Con rabia, preguntó—: ¿De qué os conocéis vosotros? ¿Qué relación tienes tú con el F. B. I.?

Eve Mains no era una mujer capaz de conservar la entereza en los momentos de peligro. A las preguntas de Davi bajó la cabeza y se quedó callada. Él la zarandeó rudamente.

—¡Habla de una vez!

Ella, sin levantar la vista del suelo, en tanto que las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas, dijo:

—Fue uno de los que estuvo en mi apartamento, cuando la muerte de Zach. Se portó conmigo bastante bien.

En su turbación y en su pavor había fraguado una mentira, conjugando falsamente hechos ciertos.

—¿No fue éste el que mató a nuestro amigo? ¿El que te dejó atada?

Ella negó con la cabeza, animada, sin duda alguna, por el aparente éxito de la primera mentira. Reynold contuvo un suspiro de alivio. El llamado Royce acababa de aparecer con un hierro al rojo. Davi contempló el instrumento de tortura, fijamente, con el entrecejo fruncido, como si meditase sobre la determinación a tomar.

Al fin mandó a Royce:

—¡Llévate eso! Ya no nos hace falta. El jefe dirá lo que hemos de

hacer con este polizone. Tú, Kaus, acompáñalo arriba y no lo pierdas de vista. Ten el revólver preparado. Es de cuidado y me respondes con tu vida. Me quedaré aquí, por si el jefe llamase. Eve: a tu habitación. Y no creas que veo claro este asunto.

Era evidente que Davi temía matar al agente especial. Sabía del poder del

F. B. I.,

y de sus persecuciones implacables, durante años, y esperaba descargar tal responsabilidad en el jefe. No prefería tomarse la «justicia» por su mano, como en otras ocasiones. De matar al *G-men*, tendría que hacer igual con los testigos, y eso era imposible.

Con los brazos ligados a la espalda, Reynold Skye subió al piso superior, obedeciendo las indicaciones de Kaus, que lo encañonaba por detrás. Eve Mains les seguía, mirando con pena al agente del

F. B. I.

Lástima por él y por sí misma. No se apartaba de su memoria el cadáver del obeso juez Harding. Aquel cadáver los había separado. Se quedó en el pasillo, hasta que Kaus entró al prisionero en la habitación contigua.

Una alcoba también, mal alumbrada, con los muebles indispensables.

—¡Siéntate en la cama! —Le mandó el alemán, tomando asiento, a su vez, en una silla próxima.

Durante más de quince minutos, el agente especial estuvo espionando los menores movimientos o gestos del corpulento germano. Éste fumaba sin tregua, empalmando cigarrillo tras cigarrillo, jugueteando con el revólver en la mano derecha y echando una ojeada de cuando en cuando al prisionero. No había medio de atacarle por sorpresa, sin darle tiempo a usar el arma. Los separaban tres yardas infranqueables.

—¿Sabes lo que te espera si yo muero? —preguntó Skye, optando por la diplomacia.

Los párpados del alemán se movieron lentamente. Repuso, arrastrando las erres:

—Yo no sé nada. Yo obedezco a quién me paga.

—Si me ayudas, el

F. B. I.,

te pagará cuánto pidas.

—El

F. B. I.,

no paga más que con cárcel. ¡Déjate de palabras!

—Te prometo...

—¡Cállate! —Gruñó el alemán, empuñando el revólver con fuerza—. Davi me mandó guardarte y te guardaré. Si hablas tendré que...

Skye lamentó haber dado con un alemán. No podría sobornarlo; serían inútiles sus proposiciones. Hubiese preferido un hombre de raza latina, parlanchín y avisado.

Se reanudó el silencio en la estancia, hasta que Reynold volvió a romperlo:

—Dame un cigarrillo. Los tenía en la chaqueta.

—Para lo que te queda de vida, no te hace falta fumar —fue la respuesta, pronunciada, lentamente y sin ninguna inflexión en el tono de voz.

Con Kaus era imposible entenderse. Su obtusa mente sólo admitía órdenes claras, concisas y terminantes. Y él cumplía a raja tabla cuanto se le mandaba.

Volvieron a quedarse callados. El agente especial pensaba en su situación, en su error al no llamar al

F. B. I.,

y en Eve Mains. No podía reprochar nada a la joven. Si no hubiese conocido a las mujeres, le habría extrañado su comportamiento pasivo y su mentira torpe. Una mujer como Eve, únicamente reaccionaba con bravura cuando sus nervios estuviesen excitados, igual que los seres débiles cometen actos increíbles de valor al perder el miedo o la serenidad por una saturación de ofensas o reproches.

Desesperanzado, el joven se tumbó en el lecho, de costado, tratando inútilmente de aflojar las cuerdas que le ligaban los brazos. Procuraba que sus movimientos no fuesen apercibidos por Kaus.

De súbito, la puerta se abrió, sin previa llamada. Eve Mains, portando una bandeja con una botella, un vaso y unos emparedados, entró, diciendo al alemán:

—Me han dicho que te traiga esto. El jefe sigue sin llamar y no vas a estar toda la noche sin probar bocado.

La rabia atenazó al agente especial, que volvió a sentarse en el

borde de la cama. Le repugnaba comprobar la sumisión de la mujer que él consideraba buena, aunque tímida y falta de experiencia.

Kaus sonrió y sus ojos de buey se iluminaron al recrearse en la bella silueta de la joven.

—Pasa, preciosa. Se te agradece el detalle...

Echando el pie derecho atrás, Eve cerró la puerta y se aproximó al alemán, sonriéndole.

—Supongo que tendrás apetito. El *whisky* no es malo del todo. Coge esos emparedados... Y la botella y el vaso. Sí, esos dos. Éste será para el «poli».

—Que lo parta un rayo —gruñó el germano, comenzando a masticar—. ¡Cómetelo y hazme compañía! Una muchacha como tú, siempre...

—No hay que ser así, hombre. Probablemente, el jefe no llamará hasta mañana, y éste tendrá que estar fuerte para resistir lo que le espera.

El tono irónico de Eve pareció hacer gracia a Kaus, que exclamó, saliéndosele el alimento de la boca, repugnantemente:

—Si tú lo dices... Pero un trago sí echarás conmigo, ¿verdad? En mi tierra brindamos con las muchachas que nos gustan. Con cerveza negra, y en jarras de barro. El *whisky* no es... ¡Eh! No te pongas en medio. Dáselo y a otra cosa.

Eve dio un paso de costado, quitándose de la línea de tiro. Se inclinó ante Reynold, ofreciéndole el único emparedado que quedaba en la bandeja.

A punto estuvo el agente especial de escupir a la cara de la joven, de desprecio.

—¡Tómalo!

—No sé cómo voy a cogerlo —estalló de cólera, sacudiendo los atados brazos.

Kaus se echó a reír a carcajadas, cayendo en la burla de la joven.

—Échase en la cama y que se lo coma igual que un cerdo.

—¿No podríamos atarle los brazos delante? —preguntó ella, muy ingenuamente.

—No; eso de ninguna manera.

—Lo siento —dijo Eve a Reynold, dejando el emparedado en la colcha—. No voy a dártelo yo misma; hace tiempo que dejaste el biberón. Si lo quieres te lo comes así, y si no, lo dejas.

Y movió la bandeja por encima del hombro del agente, cayéndosele una servilleta.

—¡Vaya!

Y al inclinarse más la joven, para recoger la servilleta, Reynold sintió que unos dedos suaves y temblorosos le rozaban las manos, dejándole algo frío y metálico entre ellas. Contuvo un grito de sorpresa. ¡Estaba tocando un cuchillo pequeño!

Eve Mains se apartó, volviendo junto a Kaus y sentándose a su lado.

—¿Un trago, nena?

Eve Mains tomó un sorbo del *whisky*, que a continuación fueapurado en su totalidad por el alemán.

—Me gustan las muchachas como tú. En mi tierra son casi todas rubias y empalagan de tan blancas. Además, gastan unos pies tan grandes como los míos.

Eve y Kaus se enzarzaron en una conversación jovial, sazónada de risas, siendo ella la más animada y atrevida. A los pocos vasos tomados, Eve permitía que el alemán le echase el brazo por encima del hombro y pellizcase su cuello. Ella la mujer que había resistido a Davi y Currier, se echaba ahora en los brazos de un torpe y sucio forajido de escasa mollera y de menor categoría.

Entre tanto, Reynold habíase vuelto a tumbar de costado en la cama y trabajaba incansablemente con el acero, en una postura difícilísima de las manos, segando fibra a fibra el lazo que oprimía sus muñecas. No perdía de vista a la pareja, y le animaba el sacrificio patente de Eve Mains. Le daba pena por ella, de sus caricias falsas al germano, de sus sorbos de alcohol, que terminaría por embriagarla, en una comedia destinada únicamente a salvarle a él. Con orgullo podía decir que él nunca se equivocaba respecto a la psicología femenina.

Cuando Kaus apartaba su vista del rostro de la joven, para fijarla en el prisionero, éste se quedaba inmóvil. Por dos veces, ella le preguntó, la segunda con una pronunciación menos clara:

—¿Ya te has comido eso? ¿No quieres un trago?

Sin hacer caso de las protestas del alemán, que requería para sí toda la atención de Eve, Reynold contestaba con un monosílabo:

—No.

Ella comprendería que el «no» significaba que aún no había

conseguido cortar del todo las ligaduras.

Los besos de Kaus en las mejillas de Eve producían una irritación incontenible en el agente especial. Llegaba hasta cortarse a sí mismo, sin poder dominarse.

Al fin, en una sacudida, las cuerdas saltaron. Mantuvo los brazos inmóviles, y en tono de hastío, dijo:

—¡Ya está bien! Sois tan puercos que no os da vergüenza haceros el amor delante de mí. ¡Dadme un trago a ver si me enveneno y os pierdo de vista!

En la botella quedaban apenas dos vasos. Kaus exclamó, entre carcajadas, silabeando las palabras y con ojos turbios:

—Llegaste tarde, amigo. Lo poco que queda es para nosotros.

—No seas así, hombre —aconsejó Eve, con claros síntomas de embriaguez.

Y se agachó a coger la botella, que estaba en el suelo. Al hacer el movimiento, con torpeza, derribó el revólver que descansaba entre las piernas del alemán. El pie de la joven pisó el arma y la mano del hombre, que había extendido el brazo para asirla.

—¡Que me pisas! —gritó Kaus, aún jubiloso, no dándole la importancia justa.

El salto de Reynold Skye semejó al de un tigre. En el aire, y a la primera zancada, se desembarazó de las segadas cuerdas. Se lanzó en tromba sobre la pareja, empujando a ambos.

Kaus soltó un juramento en su lengua vernácula. Eve había caído de espaldas y se quedó inmovilizada. Entre los dos hombres comenzó una lucha feroz por la posesión del revólver, que había quedado abandonado a un paso de los contendientes.

El alemán acusaba los efectos del alcohol, aunque no estaba embriagado por completo, y sus ataques eran flojos en comparación con la violencia del agente especial, que a toda costa trataba de alcanzarle el cuello, haciendo caso omiso de los débiles puñetazos y patadas que recibía.

Rodaron por el suelo, y, al fin, pudo Skye rodear con sus acerados dedos el cuello de toro del germano. Sujetándolo debajo, hundiéndole una rodilla en el vientre, empezó a apretarle la garganta, clavándole los pulgares en la nuez. Levantándole la cabeza, sin disminuir la presión de los dedos, se la golpeó fuertemente contra el piso.

Kaus lanzó un gruñido y se quedó exánime, vencido por el *whisky*, la asfixia y el golpe.

Con el torso húmedo de sudor, respirando afanosamente, Skye se arrastró hasta coger el revólver.

—¡Arriba, señorita Mains!

Pero la joven, que había querido llevar a buen término la comedia, sufría los efectos del alcohol. Tartamudeando, dijo casi con incoherencia:

—Ayúdeme, por favor. No puedo...

Cual leve pluma, así la levantó Reynold, apoyándola contra su pecho desnudo.

—Remójese la cabeza con agua fría. En el lavabo. Yo voy a ver qué pasa abajo. Tengo que entendérmelas con esos dos. Si éste se mueve dele con la botella, sin miedo. Subiré por usted en cuanto...

—No, no me deje sola —tartamudeó la joven, cogiéndose a los nervudos brazos.

Reynold la separó suavemente de sí, recomendándole:

—Obedézcame. Meta la cabeza en el grifo. Si usted bajase conmigo me impediría atacar con libertad. No tenga miedo; están abajo.

—Es por usted —musitó Eve, rozando con sus labios el musculoso hombro, acercándose más.

Reynold sintió el fuego de la dulce caricia. Se contuvo y se desprendió de las manos femeninas.

—¡Hágame caso!

Y salió del dormitorio. En el pasillo superior no había nadie, señal de que los otros no oyeron el fragor de la pelea, que, realmente, no había sido escandalosa.

Se asomó por el hueco de la escalera. Escalón a escalón fue bajando, con el revólver al frente. En los últimos peldaños se detuvo, extrañado de la ausencia de los forajidos. Se agachó, a fin de divisar más parte del vestíbulo. Las sillas alrededor de la mesita estaban desocupadas.

Descendió, amparándose en la esquina que formaba la pared. Con toda cautela asomó la cara, dando una ojeada general. Y entonces distinguió a Davi y al otro, Royce. Se hallaban en la habitación contigua al *hall*, con la puerta abierta, y estaban junto a una mesa sobre la que campeaba un aparato telefónico.

Skye dudó. Si salía al descubierto, los otros lo verían enseguida y le dispararían a mansalva, desde detrás de la mesa. Él les llevaba una ventaja: la sorpresa. Pero tendría que tirar a matar, y tampoco le convenía hacerlo, pues necesitaba interrogarlos. En un santiamén fraguó el plan a seguir.

Retrocediendo, subió dos escalones, y llamó, imitando el inglés más que gutural de Kaus:

—¡Eh! ¡Venid! Necesito preguntaros... —Y bajó la voz, hasta extinguirla.

Entonces oyó decir a Davi:

—Acércate a ver qué quiere ese «cabeza cuadrada», Royce. Yo me quedaré aquí, atento al teléfono.

Pegado a la pared, con el fin de no ser visto hasta el último instante, Reynold levantó el revólver. Oyó unos pasos rápidos por el vestíbulo.

Royce apareció en el campo visual del agente especial. Pareció echar raíces en el suelo y convertirse en estatua. Cuando quiso recobrar la acción, Skye se le echaba encima de un salto, favorecido por su posición superior, y, rodando con él por el piso, le golpeó duramente el cráneo con el cañón del arma.

Y seguidamente, parapetándose en el escudo humano, tendido boca abajo, hizo fuego contra Davi, que ya salía con la pistola empuñada y dispuesto a ayudar a su compañero. El *gángster* recibió un balazo en el hombro izquierdo y otro proyectil le pasó silbando junto a la oreja. Repelió la agresión, más un tercer disparo de Skye lo puso fuera de combate, hiriéndolo en el vientre. Con la pesadez de un fardo se desplomó, conservando el conocimiento, pero no energía para asir convenientemente la pistola.

—¡Perro!... —rugió, mientras se retorció como una anguila a causa del dolor.

La audacia de Reynold, su principal cualidad, acababa de dar excelentes frutos. Por el momento no tenía nada que temer de sus enemigos, y no creía que hubiese más dentro de la casa. Tomando las debidas precauciones se aproximó a Davi. Éste no pudo oponerse al minucioso registro que el agente le hizo, desarmándolo y recobrando su pistola.

Haciendo caso omiso de la mirada asesina del forajido, le volvió la espalda y subió al otro piso.

Eve Mains, con la cara y el cabello húmedos, aparentaba más serenidad, disipada parcialmente la embriaguez. Iluminó su agraciado rostro una sonrisa deliciosa, de júbilo, al ver sano y salvo al del

F. B. I.

—¡Acompañeme, señorita! Ya no hay peligro. Atemos a éste bruto —dijo él, señalando al alemán.

Con jirones de la colcha ligaron y amordazaron a Kaus. De cuando en cuando Eve se pasaba la mano por la frente, que sentía pesada y ardiente.

Descendió, siguiendo a Reynold, acobardada, no concibiendo aún que pudiera estar libre. Y al pensar en la libertad las lágrimas afluyeron a sus ojos, recordando el horrible asesinato cometido en la persona del juez Harding. ¡No, no estaba libre!

—¡Ande, señorita Mains! Anímese, ya está a salvo. Allí tenemos un teléfono. Llamaré al

F. B. I.

Reynold, ignorando el drama interior que conmovía a la joven, marcó el número de la centralilla del

F. B. I.,

solicitando que lo pusieran urgentemente con el domicilio del señor Tarleton, su jefe directo. Al rato le contestó una voz de mujer, diciéndole que su marido no estaba en casa. Mucho extrañaba a Skye que el jefe de la Sección Extranjera, Tarleton, estuviera fuera de la cama a aquellas horas de la madrugada. Optó por llamar a John Edgar Hoover, el director del

F. B. I.

En la centralilla no querían comunicarle con su domicilio particular, más al fin lo consiguió, empleando un tono enérgico. Primeramente se puso al otro lado de la línea un hombre, a juzgar por su voz.

—Llame al señor Hoover y dígame: «¡Operación Azul!» al teléfono.

Hasta con alegría oyó, al momento, el tono imperioso de Hoover:

—¡Hable, Skye!

—Perdóneme, señor, por molestarle a estas horas. Llamé primero al señor Tarleton, y no está en su casa. Es muy urgente y...

—¿Qué no está Tarleton a estas horas en su casa? Si es ya muy

tarde... ¡Qué extraño! Pero, en fin, ha hecho bien en llamarme. ¿Algo importante?

En pocas palabras, Reynold puso a Hoover al corriente de lo sucedido.

—Magnífico, Skye. ¿Dónde está?

El joven le dio la dirección, quedando ambos de acuerdo sobre las inmediatas medidas a tomar.

Volviéndose hacia Eve, el agente manifestó:

—Hemos de esperar a que vengan mis compañeros —y al notar la palidez cerúlea de la joven, preguntó—: ¿Sigue aún mareada? ¿Qué le sucede, señorita Mains?

Ella rompió a llorar desconsoladamente. Mientras él había estado hablando, la joven había tenido prendida la mirada en el yacente Davi, recordando la quietud macabra del juez Harding, después de ella apretar el gatillo, en aquella noche... No podía contenerse más. Se encontraba muy sola, desamparada, y en la gran ciudad únicamente tenía como amigo al casi desconocido agente del F. B. I.

Su nobleza de sentimientos, y el remordimiento, la impelían a revelar el terrible pecado cometido sin saber cómo...

—Señor Skye: ¡yo he matado a un hombre! ¡Yo maté a un hombre!

Latía tal angustia en su confesión, tan gran sufrimiento, que Reynold pasó de la sorpresa a la compasión. Cariñosamente, igual que un buen padre puede atender a una hija que le revela la grave consecuencia de un error amoroso, la atrajo a sí, acariciándole la cabellera, y tuteándola sin darse cuenta.

—Mientras vienen cuéntame desde el principio lo que hayas hecho en estos días. ¿Por qué no llamaste al F. B. I.?

¿Qué te unía con el senador

O'Connor?

¿A quién has matado?

Ella comenzó a relatar su odisea, haciendo largas pausas, a causa de los sollozos que estrangulaban su voz. Gota a gota se vertía la amargura que rebosaba de su corazón.

Al referir Eve el asesinato del juez Harding, Reynold se estremeció también. Si ella había matado, no estaba a su alcance

salvarla, pero se sentía responsable del delito; en realidad, él era el culpable de la perdición de Eve Mains, al instarla a introducirse en la banda de criminales. Sin embargo, no ignoraba, que sus alegatos no convencerían a un jurado. Sólo John Edgar Hoover podría hallar una solución, si es que la había. Hoover era bueno y, lo que valía más, comprendería todo, porque también él había sufrido mucho y vivido en el dolor.

Con la última palabra de Eve se inició un silencio denso. Reynold no sabía cómo consolarla, y tampoco quería mentir con falsas promesas de salvación.

—Ten calma, mujer. Hablaremos con mi director y se podrá...

—¿Qué va a ser de mí? Yo no quise matarlo, señor Skye. ¡No sé cómo pudo ocurrir!

Ella había levantado su faz atribulada, y su cuerpo temblaba cual tallo de flor agitada por el huracán. Reynold estrechó el cerco de sus brazos, experimentando una angustia hasta entonces para él desconocida. Su virilidad le inclinaba siempre a favor del débil, en socorro del desvalido, del pisoteado por el prójimo o por los ataques del Destino.

Le ahorró unas mentiras, que luego le pesarían, un movimiento de Royce, que comenzaba a recobrar el conocimiento en el suelo del vestíbulo.

—Ya estudiaremos tu asunto, Eve. Ayúdame ahora a atar a éste —y se desprendió de la joven, para acercarse a Royce.

El forajido volvió a ser inmovilizado con unas cuerdas y una mordaza. A continuación vendaron de la mejor forma posible las heridas del yacente Davi, conteniéndole la hemorragia. Tendría que estar vivo para poder ser sentado en el «trono eléctrico». Por su estado, no se molestaron en ligarle, pues continuaba inconsciente.

Fumando un cigarrillo, Reynold pensaba en la extraña desaparición de Tarleton, su jefe directo. ¿En qué estaría ocupado a aquellas horas de la madrugada, sin saberlo Hoover? Le sacó de su abstracción una frase de Eve:

—Señor Skye: ya le he dicho antes que ninguno de aquí sabíamos quién es el jefe de la banda. Pero una de las veces que hablé con él, por teléfono, me preguntó por qué estaba yo tan pálida. ¿Cómo pudo verme? De lo de Currier también se enteró, de que planeaba matarlo. ¿Cómo lo supo?

Reynold se irguió vivamente.

—Explícate, Eve.

La joven volvió a repetirlo, dando más detalles, e indicando, en la propia estancia donde se hallaba el aparato telefónico, su posición de entonces.

—Yo estaba aquí mismo, junto a la mesa, mirando en este sentido, más o menos, hacia ese rincón. Luego pensé en ello e imaginé que pudiera haber... no sé...

Señalaba con el índice la pared de la derecha. El agente del F. B. I.,

meditó un instante, y luego, como si le hubiese dado un ataque de locura, empezó a arrancar tapices y cuadras, rasgándolos y tirándolos al suelo.

Apareció al desnudo la parte baja de la pared. Nada extraño se notaba en su superficie.

—Ayúdame a acercar la mesa.

Y subido en el mueble, prosiguió febrilmente su tarea destructora. Al tirar de un trozo de tapiz, prendido en la misma línea con el techo, apareció al descubierto una ventanilla rectangular en el tabique, con un cristal. Observó la tela que tenía entre las manos. Y allí descubrió dos orificios. Bajando la cabeza, para mirar a Eve, anunció, con júbilo:

—No te equivocaste. Desde aquí te estaba vigilando. ¿Qué hay al otro lado?

Tuvo que hacer memoria la joven, con el fin de dar una respuesta, y hasta salió un momento al corredor que comunicaba el *hall* con la cocina, para decir al fin:

—Ninguna habitación. Al menos, no hay entrada.

—Pues aquí si hay un hueco, y grande —aseguró Reynold, introduciendo un mechero encendido después de romper el cristal.

No fiándose de los métodos de investigación y deducción de la joven, se apeó de la mesa y salió al corredor que llevaba a la cocina, en la planta baja. Efectivamente, en la parte izquierda del pasillo no había ninguna puerta. Y después de la cocina, se salía ya a la fachada posterior de la casa.

Regresaron ambos a la habitación donde se hallaba el teléfono. El agente estaba excitado por el misterio que representaba aquel boquete oscuro en lo alto de la pared. Volvió a encaramarse a la

mesa, y dijo a Eve:

—En la cocina he visto un hurgón de hierro. Tráemelo enseguida.

Con el instrumento comenzó a demoler el tabique, produciendo un ruido capaz de despertar a un muerto.

La irregular abertura iba agrandándose, cayendo ladrillos fraccionados y esquirlas de yeso. Eve lo contemplaba, enfebrecida también por la atracción de lo desconocido.

La brecha se amplió y Reynold no gastó más tiempo y esfuerzos. Con la pistola empuñada, después de haber observado con el encendedor que el suelo estaba al mismo nivel que la adyacente, saltó al interior.

La débil llamita le mostró las paredes empolvadas de un cuarto reducido, en cuyo centro había una mesa y sobre ella, un teléfono y una linterna de mano, ambos objetos limpios por completo, como señal de ser usados con frecuencia. Utilizó la linterna, que funcionaba, y a su luz vio una escalerilla de madera. Sonrió Reynold, comprendiendo. La pequeña escalera era necesaria para llegar a asomarse por el primitivo boquete rectangular, puesto de observación. Asimismo observó que el teléfono disponía de un largo cordón. Se imaginó al misterioso *boss*, subido en la escalera, dando instrucciones por teléfono y vigilando al mismo tiempo hasta el menor de los gestos de su interlocutor.

En un rincón, sobre una plataforma de madera, había un extraño aparato, del que surgían varios cables negros. Intrigado, los siguió por el suelo, hasta un rincón, donde se introducían por un agujero, como enormes lombrices. Y junto al orificio, una plancha de madera, con una anilla, enmohecida, pero que no presentaba polvo alguno. Tiró de la anilla, y la plancha se levantó sin hacer el más leve ruido, dejando al descubierto una negra boca, de la que brotó aire cargado de humedad.

Dirigió a su interior el haz luminoso de la linterna. Unos escalones de hierro, empotrados en un muro de tierra cortado a pico. Y al fondo, una parte de túnel...

Excitado, temblándole los pulsos por la emoción del descubrimiento, Reynold volvió a asomarse por la brecha abierta con el hurgón de la cocina.

—¡Eve! Oye: he encontrado una cueva. Alguien la utiliza. Voy a

ver adonde me lleva. Quédate ahí y avisa a los míos, cuando lleguen.

—¡No! —exclamó la joven, aterrorizada de pensar que pudieran llegar, antes que los federales, otros componentes de la banda—. ¡Voy con usted!

Adivinando el verdadero motivo, él no se opuso. Le ofreció la mano, ayudándola a pasar al oscuro cuarto.

Fue ella la que se fijó en una zona vertical de ladrillos al desnudo, en una de las paredes.

—Mire, señor Skye. Ahí tuvo que haber antes una puerta. Por su situación, creo que daría al pasillo que conduce a la cocina. Por el otro lado, sí lo cubrieron y pintaron, con el fin de que no se supiese.

Entonces, Reynold, con unas frases, explicó la forma en que el boss se enteraba de cuánto hacían o hablaban sus secuaces, terminando:

—Y sin duda alguna, estos cables llevan a algún sitio los sonidos producidos en la casa. Hay que seguirlos. Por esto supo que Currier pretendía eliminarlo. ¿Te atreves a bajar conmigo? Te aconsejo que me esperes aquí, Eve.

—Voy con usted. Yo sola aquí...

Con un encogimiento de hombros, el agente comenzó a descender por los peldaños de hierro. Desde abajo, después de asegurarse, mediante la luz de la linterna, que el túnel continuaba, perdiéndose en una revuelta, y no había peligro inmediato, llamó:

—Baja, Eve. No hay nadie.

Juntos, pisando ella los talones de Skye, y cogida a su chaqueta, avanzaron por el tubular subterráneo, respirando un aire pesado y húmedo. Las paredes habían sido picadas sin preocuparse en dejarlas lisas, como obra de inexpertos o de albañiles que recibieron orden de «no perder el tiempo en filigranas».

Sin ningún contratiempo anduvieron un largo trecho, dando vueltas y revueltas. Sonaban amortiguadamente su pasos en el suelo de tierra apisonada, donde se veían señales de zapatos con tacón de goma. Reynold, atento al menor ruido o a la posibilidad de una trampa, avanzaba con las debidas precauciones.

Por fin, pasados unos minutos y cuando creían interminable el túnel, el foco de la linterna de mano iluminó al frente una pared y otros escalones de hierro, que subían hasta otra plancha de madera.

Allí desaparecían los cables. ¡El instante ansiado había llegado!

En un susurro, Reynold comunicó al oído de Eve:

—No sé lo que habrá arriba. Quédate aquí, hasta que yo vea...

Apagó la linterna y a oscuras se la entregó a la joven, apretándole significativamente la suave mano. Reynold se enfundó el arma en un bolsillo del pantalón, y peldaño a peldaño, comenzó a subir, rodeado de tinieblas.

Al alargar el brazo izquierdo tropezó con la madera. Apoyando los dedos y la palma de la mano, empujó suavemente. La trampa no cedió; estaría asegurada por fuera. Maldijo aquel obstáculo, que le obligaría a emplear medios violentos.

—Enciende y alúmbrame, Eve.

Ella obedeció. Reynold sacó uno de los revólveres quitados a los *gángsters*. Examinó la plancha, descubriendo los remaches de unos clavos. A su alrededor, y tras descender dos peldaños, descargó el tambor del arma. Se incrustaron unos proyectiles en la madera, y otros la perforaron.

Tirando el revólver, sacó la otra pistola, perteneciente a Davi, e hizo lo mismo, sin pérdida de tiempo. El humo de la pólvora y los estampidos, a tan corta distancia, estuvieron a punto de marearlo.

Sobreponiéndose y haciendo acopio de fuerza, dio un empujón. Las manos se le desgarraron en las astillas, pero había conseguido salvar el obstáculo.

—¡Sube a darme la linterna! —indicó a Eve.

Asomando la cabeza por el boquete abierto en la plancha, paseó el círculo luminoso por una habitación con estanterías, en las cuales se alineaban botellas y botellas cubiertas de polvo y de telarañas, hasta centrarlo en el pasador de hierro que aseguraba por fuera la trampilla. Lo desechó, y volviendo a agacharse, volvió a empujar, logrando entrada franca.

—¡Quédate ahí, Eve!

Y ayudándose de brazos y piernas, subió a la bodega. Un nuevo reconocimiento, hasta hallar una puerta con fuerte y vieja cerradura. Aquel impedimento a su investigación, lo desequilibró, tal era su impaciencia por descubrir la clave del misterio.

Sin pensarlo siquiera gastó todas las balas de su propia pistola en destruir la cerradura. Logró salir al arranque de una escalera. Cuanto más se demorase, peor sería. Con la inútil arma en la mano

diestra, escalones arriba. Llegaba a otra puerta, una nueva barrera, cuando se abrió, apareciendo la silueta de un hombre fornido bajo el dintel, a contraluz.

Reynold no se fijó en nada. De un salto increíble se lanzó de cabeza, golpeándole el estómago y cayendo encima de él, rodando los dos por el piso de una habitación iluminada. Sonó un disparo y el joven sintió el calor de un proyectil rozándole la sien izquierda.

Salvajemente, sin reflexionar, comenzó a golpear a su enemigo con el cañón de la pistola, hasta alcanzarle en la nuca y dejarlo inerte. Contuvo un silbido de estupor, al verle la cara. ¡Tarleton, el jefe de la Sección Extranjera del

F. B. I.,

el jefe directo de Reynold Skye, yacía en el suelo!

El joven, de rodillas, no supo qué hacer. Como un relámpago cruzaron por su mente unos recuerdos: las palabras de Hoover, temiendo que hubiese algún traidor en el

F. B. I.,

la inexplicable ausencia de Tarleton sin conocimiento de Hoover y...

¡Tarleton! ¡Tarleton! ¡Tarleton era...!

—¡Manos arriba! ¡Deje caer la pistola! —Sonó secamente una voz en la habitación, inmovilizando a Reynold en la inconveniente postura en que se hallaba.

El agente del

F. B. I.,

obedeció. ¡Aquella voz!... ¡Volvió la cabeza! ¡El senador O'Connor

estaba encañonándolo con un revólver! Una nube pareció oscurecer el cerebro de Reynold, al descubrir la culpabilidad de dos hombres a los que John Edgar Hoover consideraba como íntimos amigos. ¡Cuando lo supiese, si es que algún día...! ¡Tarleton y O'Connor,

cómplices y criminales!

Tal era el atontamiento de Reynold, que se puso en pie, dejando caer los brazos, sin reparar siquiera en el arma del adversario. Sin necesidad de un balazo, ya estaba fuera de combate, tan grande era su anonadamiento. ¡Su espíritu de sacrificio y su confianza en las personas acababan de derrumbarse!

Levantó la mirada, a fijarla en el senador
O'Connor,
el hombre de pelo canoso y lentes de oro, bromista y amante de las diversiones, dicharachero y simpático, ahora, traidor y asesino. Volvió a bajarla, para examinar a Tarleton: el jefe afable, de maneras correctas y, aparentemente, defensor de la justicia.

—¡Usted! —dijo

O'Connor,
también sorprendido.

—Sí, yo —afirmó el joven con amargura, insatisfecho de su descubrimiento, y no por causa de estar en peligro y con la partida perdida—. ¿Cómo es posible que usted...?

—El mundo es muy complicado, mi querido amigo —matizó con ironía el senador—. ¿Cómo ha conseguido...? Usted es un agente especial, ¡claro está! De todas formas, le doy las gracias por haberme librado del amigo Tarleton. Me tenía casi cogido, y usted me salvó con sus disparos. No sé cómo pagarle este favor. ¡Qué pena tener que matar a los dos!

Con tanta alegría como experimenta el náufrago en una frágil balsa, al descubrir un barco, así recibió Reynold la feliz noticia sobre la inocencia de Tarleton. ¡Tarleton era inocente!

¡O'Connor,
ignorante de la creencia del joven, había revelado imprudentemente la verdad!

Nuevas fuerzas, una oleada de optimismo vigorizó los músculos del agente y elevó su espíritu. No, su mundo de fe no se había derrumbado

Y para que esa fe brillase por siempre sobre la Tierra, junto con la Divina, enalteciendo a los humanos, él tenía que luchar empleando toda clase de ardides y poniendo en juego su inteligencia y su vida.

—Senador: me tiene usted cogido. Sin embargo, ¿cree usted salir con bien? El

F. B. I.,
está tras su pista.

—Ya lo sé —reconoció el criminal *boss*—. Tarleton sospechaba de mí. No sé qué descubrieron por los expedientes que figuran en los archivos del

F. B. I.,

pero el caso es que, cuando esta noche vine a casa, me estaba esperando. No se trataba de una acusación, sino de una investigación. Verbalmente, me estaba acorralando. Los disparos de usted me salvaron. El acudió a ver qué era. Yo creí que se trataría de alguno de mis hombres, que había descubierto el pasadizo secreto que comunica aquel «chalet» con éste, y ha resultado ser usted. ¿Dónde están los míos?

—En el fondo del mar, como las llaves de la canción, senador — ironizó el agente especial, habiendo observado en

O'Connor

una preocupación por el curso de los acontecimientos, nada favorables.

—Si los ha matado, mucho mejor para la ejecución de mis planes. Desde que creé la banda, preparé la retirada. Ustedes dos morirán en el momento oportuno, cuando ya me encuentre en un avión con rumbo a Sudamérica. Antes no, porque si el

F. B. I.,

me agarrase, mi final no sería muy agradable teniendo a mi cargo los asesinatos de dos agentes especiales. ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? ¿Cómo?...

—¿Por qué alternaba usted con la señorita Mains, senador? Aquello le perdió —aseguró Reynold.

O'Connor

sonrió, manifestando:

—Entre varias mujeres, en distintas épocas, han variado mi vida. Adoro las bellas muñecas, y Eve Mains era una atracción para mí. Tenía el encanto de las mujeres sencillas, sin complicaciones, ingenuas, a las que da gusto enseñar a amar. Engañé a todos, encargando, como jefe de la banda, que ella se ofreciese al senador O'Connor,

y le sonsacase. Era un juego gracioso. Por cierto, que esta noche creí conseguir de ella una interesante cita para mañana. ¡Usted, estúpido, me lo ha echado todo a perder!

Chispearon, a través de los cristales, los ojos del senador.

—Lo siento,

O'Connor

—mintió el agente, burlándose.

—Más lo va a sentir usted dentro de unas horas —y señalando con el cañón del revólver al caído Tarleton, ordenó al joven—: Cójalo y venga por esta puerta de la izquierda. Voy a enseñarle su tumba. Algo muy primitivo, pero de efecto.

Reynold se inclinó a recoger al inanimado jefe suyo, y lo levantó en brazos, caminando con él hacia donde indicaba el senador. Éste se había echado a un lado de la puerta, dejando paso franco y sin dejar de apuntar con el arma.

De súbito, en un arranque de fiereza, tan peculiar en Skye, se jugó todo a una carta. Bruscamente, lanzó al inconsciente Tarleton contra la cabeza de

O'Connor,

por encima de la línea de tiro, y dando él un salto de costado, a la vez. El senador, viendo caérsele encima el proyectil humano, apretó por dos veces el gatillo, y las balas silbaron junto al oído del agente, incrustándose en la pared opuesta. Tarde era ya para corregir la puntería. El golpe recibido era capaz de derribar a un gigante. Salió despedido, chocando contra la pared y estando a punto de perder el sentido. Tarleton cayó al suelo, como un saco de patatas.

Reynold no perdió la ocasión de atacar. Y en un *plongeon* de atleta, se lanzó contra el enemigo armado, a sus piernas, golpeándole con la cabeza el bajo vientre. Juntos rodaron por el piso. El senador disparó furiosamente. Varios proyectiles se perdieron, pero uno de ellos taladró el muslo derecho del agente especial, dejándoselo inútil.

No obstante, la crudeza de la pelea no se aminoró. El joven, mucho más fuerte que el decrepito senador, se impuso a fuerza de puñetazos y llaves. Consiguió desarmarlo, pero no consiguió retenerlo. Se le escapaba, huyendo hacia la puerta de salida, y lo perdió de vista.

No fue una exclamación, sino un rugido lo que brotó de los labios de Reynold. Por dos veces fracasó en su intento de agarrar el revólver caído, tal era su nerviosismo, y al fin lo pudo empuñar. Entonces, arrastrándose, tirando de la pierna herida, como lastre doloroso, le siguió.

Al llegar a la puerta vio una habitación grande, atravesada a todo correr por el senador. En aquel momento se demostró lo útil de las enseñanzas que los agentes especiales del

F. B. I.,

reciben en la Academia de Quantico[4]. Conteniéndose, como si no tuviera prisa, apretando las mandíbulas y entornando los párpados, apuntó al fugitivo, al centro de su espalda. Sabía Reynold que solamente le quedaría una bala o, a lo más, dos.

Apuntaba, con pulso firme, apoyado el codo en el suelo, y apretó el gatillo por tres veces consecutivas. Se oyó una detonación, y después dos chasquidos del percutor cayendo en pistones gastados.

Un alarido de muerte horadó los tímpanos del joven. Vio a O'Connor

detenerse como sujeto por una poderosa mano invisible apoyada en su pecho, erguirse, echar la cabeza hacia atrás, cual si hubiese recibido un puntapié en la espalda, y luego, con un retorcimiento, desplomarse sobre la alfombra. Había sido alcanzado en la columna vertebral.

EPÍLOGO

Cuando Reynold Skye abrió los ojos, aún perduraba en su mente los últimos acontecimientos trágicos. Creyó estar soñando, porque él se hallaba acostado en una cama de barrotes esmaltados en blanco, y a su alrededor había caras conocidas, que le sonreían en silencio. A su derecha distinguió la faz enérgica de John Edgar Hoover, y las narices aguileñas de Tarleton, y a su izquierda, el rostro agraciado, húmedo por las lágrimas, de Eve Mains.

—¡Skye! ¡Skye! —Oyó que le llamaba la voz sonora del director del

F. B. I.

—. Anímese, hombre. Con solamente roto el fémur, no tiene usted derecho a desmayarse como una señorita. ¿Es que se divierte con asustarnos?

Las palabras de humor del director obtuvieron una sonrisa del herido, que comenzaba a darse cuenta de su situación. Se reprochó su debilidad. Había perdido el conocimiento, después de «cazar» a O'Connor, y ahora estaba en la sala de un hospital.

—

¿O'Connor?

—preguntó escuetamente.

—El sí que se podía quejar, si viviese. Lo dejó usted sin respirar en esta vida. Cuando nosotros llegamos y nos encontramos en el túnel con la señorita Mains, ella nos informó. Hallamos a Tarleton convertido en un carro de huesos esparcidos, menos mal que es duro y ya se ha armado, aunque su mujer le preguntará qué jovencita le ha hecho tantos cardenales. Usted estaba desmayado, con igual postura elegante que una actriz a la que el representante ha puesto con letras pequeñas en el cartel, y él... exsenador daba los últimos respiros. Conseguí de él una confesión verbal de sus

crímenes. Éste es un asunto terminado.

—¿Por qué?... Señor Tarleton: usted sospechaba... Me perdonará por haberle...

El jefe de la Sección Extranjera sonrió, diciendo:

—A otra vez procuraré no ponerme en su camino, Skye. Me dejó usted *K.O.*, al primer *round*. Yo estaba en casa de

O'Connor,

porque anoche, a última hora, me enteré de un interesante resultado del examen hecho en los expedientes, tal como acordamos hace días.

O'Connor

tuvo en otro tiempo una amiga, a la que parecía querer mucho. Ella lo engañaba y él soportaba. Ella pertenecía a una banda de *gángsters*, en Chicago. El

F. B. I.,

la destruyó, y la amiga de

O'Connor

fue condenada a cadena perpetua. Se conoce que

O'Connor

estaba muy enamorado, y se prometió vengarla. Al cabo del tiempo consiguió hacer buena amistad con Hoover, fingiendo apoyarle en sus peticiones al Senado y al Congreso, con la única intención de matarlo. Le faltaba valor para hacerlo por sus propias manos, ocasiones tuvo de sobra, y entonces, sin dar la cara, se ayudó de Davi, el cual se encargaba de reclutar a varios criminales. Los entretenía con asaltos a sitios de donde sacaban provecho, hasta que creyó llegado el momento, al salir del restaurante Azul. Yo fui a su casa no con la intención de detenerlo, carecía de pruebas, sino de sonsacarlo habilidosamente, sin ofenderlo. A no ser por la estrepitosa entrada de usted, me hubiese engañado. Sin duda alguna, estaba loco. Era enamoradizo, pero aquella mujer fue la única que llegó a su corazón, pese a ser una perdida.

—Y ¿Davi y los otros?

—Con quienes primero nos topamos en la casa fue con ellos — notificó Hoover—. Los muchachos se encargaron de reanimarlos. Davi está muy malherido. Ya se le ha tomado declaración, descubriendo a sus compañeros, a los que dejó usted vivos. Se merece usted cualquier cosa, Skye.

—Oiga, señor: yo quisiera pedirle un favor... muy importante. No habría mejor premio para mí, si es que dice que lo merezco realmente. La señorita Mains fue engañada, ya le explicaré, y, en contra de su voluntad, casi por un accidente, mató a un hombre, un juez llamado Harding...

Hoover y Tarleton se echaron a reír, manifestando el primero de ellos:

—Un juez llamado Harding, ¿eh? ¡Valiente juez es el «pájaro»!

—¿Cómo? —preguntó Reynold, levantando la cabeza.

Eve Mains se inclinó, acariciando amorosamente la frente sudorosa del herido, y reteniendo las lágrimas.

—Se lo dije todo al señor Hoover. Por teléfono hicieron las averiguaciones y resulta que el tal juez Harding no existe en Washington. Y Davi ha confesado que todo fue un ardid para atarme a la banda, asustándome. El que se titulaba Harding era un canalla como ellos, y los cartuchos no tenían bala. ¡Ya estoy libre, Reynold!

Skye quedóse unos momentos en silencio, como meditando. Luego dijo, no sin cierto trémolo en la voz, a la joven:

—Saca hoy mismo billete para tu pueblo y márchate.

Ella no puso objeción alguna, sino que se echó a llorar desconsoladamente. Hoover y Tarleton se miraron, y guiñándose un ojo, salieron de la alcoba, sin despedirse siquiera. Traspasaban el umbral de la puerta, cuando oyeron preguntar a Skye:

—Oye, Eve: ¿tu pueblo es bonito?

Los jefes del

F. B. I.,

no llegaron a escuchar la respuesta, pero se la figuraron.



ALF MANZ

EL INOLVIDABLE AUTOR DE

¡CULPABLE! - ¡EL TAHUR! - ¡EL COBARDE!
¡SHANGHAI! - ¡TERROR EN LA ACADEMIA
DE QUANTICO! - ¡TANGER! - ¡ENTRE REJAS!
¡DESTINOS CRUZADOS!, y otras varias de igual
fama y mérito, es presentado por sus propias obras
de imperecedero recuerdo en la memoria de nues-
tros lectores.

ALF MANZ

ha escrito la obra que alcanzará los primeros
puestos de su producción literaria

LA MAFFIA

Este es el nombre de la poderosa organización cri-
minal formada por los sicilianos en Estados Unidos,
que actualmente representan **Lucky** Luciano, Char-
les Fischetti, y otros de su calaña, herederos del
«imperio» formado por los grandes maestros del
asesinato y el gangsterismo que se llamaron CA-
PONE, TORRIO, O'BANNION y otros de triste
recuerdo.

LA MAFFIA

¡CHICAGO SE ESTREMECE SOLAMENTE DE OIR
EL TERRORIFICO NOMBRE!

NOTAS

[1] Léanse las novelas de Alf Manz aparecidas en esta colección, en las que el excelente autor ha ido diseminando curiosos casos verídicos del

F. B. I.

(Nota del Editor). < <

[2] Rigurosamente cierto. (N. del A.). < <

[3] Léase «¡Culpable!» de Alf Manz. (N. del E.). < <

[4] Léase «Terror en la Academia de Quantico», de Alf Manz. < <